

**LITERATURA
CHILENA
en el
EXILIO**

12

OCTUBRE, OTOÑO DE 1979
EDICIONES DE LA FRONTERA
LOS ANGELES, CALIFORNIA

SUMARIO

VOL. 3 - No. 4 ••• AÑO 3 - No. 12

	1	Editorial
JAIME CONCHA	2	Alain Sicard: Le pensee poetique de Pablo Neruda
JOSE HIERRO	7	Elementos para un poema
JOSE LUIS CANO	8	Ha muerto Neruda
VICENTE ALEIXANDRE	9	La última vez que ví a Neruda
FERNANDO ALEGRIA	10	Pablo y el aguilucho
ENRIQUE KIRBERG	12	Neruda: poeta y luchador
JULIO CORTAZAR	14	Contra el olvido
EDGARDO MARDONES	15	El reloj de porcelana
JOSE NARANJO	17	Navidad en Puerto Williams
JORGE GUILLEN	18	Fuerza Bruta (Fragmentos)
CARLOS BOUSOÑO	18	Pablo, muerto
GABRIEL CELAYA	18	Carta mortal
JOSE AGUSTIN GOYTISOLO	19	Con las palabras de Neruda
RAFAEL ALBERTI	19	Con Pablo Neruda en el corazón
ARIEL DORFMAN	20	Travesía
JUAN ARMANDO EPPLE	26	De vuelos y permanencias
NICOLAS VEGA	31	Historia sencilla
	33	Libros
MARCELO CODDOU	33	Transtierro
ROSA REEVES	34	Fernando Alegría: vida y obra
YAMILA AZIZE	34	Postdata al testimonio de Osvaldo
SOLEDAD BIANCHI	35	El último disco de Isabel Parra
	36	Informaciones
	36	Taller de Literatura en Canadá
	36	La bicicleta
	36	Desde Nueva York
	36	Exilio y actividades artísticas
PABLO NERUDA		Contraportada

Los Autores

JAIME CONCHA	• Ver LICHEX No. 4
JOSE HIERRO	• Poeta español
JOSE LUIS CANO	• Poeta y ensayista español
VICENTE ALEIXANDRE	• Poeta español. Premio Nobel de Literatura
FERNANDO ALEGRIA	• Ver LICHEX No. 2
ENRIQUE KIRBERG	• Ultimo Rector de la Universidad Técnica del Estado
JULIO CORTAZAR	• Escritor argentino. Miembro de nuestro Comité Internacional
EDGARDO MARDONES	• Ex estudiante universitario en Chile. Actualmente exilado en Suecia
JOSE NARANJO	• Ver LICHEX No. 4
JORGE GUILLEN	• Poeta español
CARLOS BOUSOÑO	• Poeta y ensayista español
GABRIEL CELAYA	• Poeta español
JOSE AGUSTIN GOYTISOLO	• Poeta español
RAFAEL ALBERTI	• Poeta español
ARIEL DORFMAN	• Ver LICHEX No. 5
JUAN ARMANDO EPPLE	• Ver LICHEX No. 1
NICOLAS VEGA	• Exilado en Alemania Occidental. Actualmente en el Instituto de Filología Románica, Universidad de Gottingen.
MARCELO CODDOU	• Ver LICHEX No. 11
ROSA REEVES	• Doctora en Literatura. California State College en Hayward.
YAMILA AZIZE	• Escritora puertorriqueña
SOLEDAD BIANCHI	• Ver LICHEX No. 8

LITERATURA CHILENA

EN

EL EXILIO

Fernando Alegría
Director
P.O.Box 3723
Stanford, Ca. 94305

David Valjalo
Editor
P.O.Box 3013
Hollywood, Ca. 90028

Guillermo Araya * Jaime Concha
Juan Armando Epple
Consejo Editorial
René Castro * Artes Plásticas

Gabriel García Marquez, Presidente
Comité Internacional

Demetrio Aguilera Malta
Mario Benedetti
Ernesto Cardenal
Luis Cardoza y Aragón
Julio Cortázar
Paulo de Carvalho Neto
Miguel Donoso Pareja
Lawrence Ferlinghetti
Jean Franco
Eduardo Galeano

Victor Hernández Cruz
George Hitchcock
Pedro Orgambide
Miguel Otero Silva
Manuel Puig
Angel Rama
Juan Rulfo
Ernesto Sábato
Marta Traba
Roberto Vargas

Dr. Rafael Gutiérrez Girardot

Impreso por The Frontera Press, Los Angeles, California
Editado por Ediciones de la Frontera
Copyright: Literatura Chilena en el Exilio

Vol. 3

No. 4

Año 3

No. 12

Octubre de 1979, California, USA.

Las ilustraciones de este número corresponden a escenas del funeral de Pablo Neruda.

Este material ha sido tomado de las películas en 16 m/m filmadas en esa oportunidad, lo cual no ha permitido una normal reproducción.

Con el presente ejemplar, cumplimos una tarea de tres años sin interrupciones.

A seis años del golpe de estado y de la muerte de Neruda, dedicamos este número al poeta con algunos trabajos inéditos de nuestros colaboradores y con textos de un libro editado en España, sobre el mismo.(1)

España en el corazón, libro escrito durante la Guerra Civil española, e incorporado después a la serie de *Residencia en la tierra*, constituye un momento clave de la evolución de la poesía de Pablo Neruda.

El 'pronunciamiento militar' de Franco (eufemismo que copiaron los golpistas chilenos) y el desencadenamiento de la guerra civil, con secuela irracional de destrucciones, constituyó una dura experiencia que puso a prueba de manera frontal dos opciones de la vida contemporánea: la democracia, con sus posibilidades de realización plena a través del socialismo, y la dictadura fascista.

Para el poeta, fué el modo doloroso, íntimo, de confrontar las opciones de la historia y de redefinir sus deberes y su voz. Entre la generación del 98, caracterizada por un sostenido esfuerzo por redescubrir y redefinir la realidad de España, y la que comienza a perfilarse cuando estalla la guerra, se había consolidado en el país un poderoso movimiento intelectual, con figuras que se destacaban en la filosofía, en las ciencias, en las artes. Y singularmente en la poesía. Sin exageración, se ha señalado que España alcanza entonces su segunda edad de oro.

Esa fué la España que Neruda tuvo el privilegio de conocer y amar. Como Quevedo, Neruda encontró razones para su 'España defendida'.

De lo que se ha escrito sobre la poesía de lengua castellana del siglo XX, las páginas dedicadas a la nueva relación entre la poesía hispanoamericana y la española, y al rol que tuvo Neruda en este acto de recuperación de una identidad histórico-cultural enraizada en un común idioma, son aún insuficientes.

Pero la poesía, esa adelantada de la historia, esa voz de la experiencia sensible del hombre en la sociedad, ha seguido tejiendo sus puentes.

Los poetas españoles, y entre ellos los que compartieron el camino de la vida y la poesía, con el viajero incansable de ese rincón del sur de América, han reafirmado, la solidaria fuerza que tiene el idioma cuando se habla desde una experiencia compartida.

(1) *Aurora de Albornoz y Elena Andrés*, Chile en el corazón. Homenaje a Pablo Neruda. (Barcelona: Ediciones Península).

ALAIN SICARD: LA PENSÉE POÉTIQUE DE PABLO NERUDA

□ JAIME CONCHA

El hispanismo francés suele ofrecer, cada cierto tiempo, contribuciones de primer orden en el dominio de la especialidad. En el caso de los estudios peninsulares propiamente tales, que cuentan con prolongado desarrollo y una mayor tradición —y para nombrar únicamente cimas altísimas— habría que recordar la síntesis ejemplar de M. Bataillon sobre la historia espiritual del siglo XVI y, años más tarde, los decisivos, renovadores libros de N. Salomon sobre la comedia y el mundo rural del Siglo de Oro. En lo que respecta al área latinoamericana, de incorporación más reciente en los programas universitarios, esta Tesis de Doctorado de A. Sicard, presentada a la Universidad de Bordeaux III en marzo de 1977, representa sin duda un digno equivalente. No es casual, por lo mismo, que el autor sea justamente quien dirige el prestigioso (Centre des Recherches Latino-Américaines, dependiente de la Universidad de Poitiers, y que tanto ha hecho por promover el interés hacia la literatura latinoamericana. Neruda, Cortázar, Roa Bastos han apadrinado con su presencia esta empresa de conocimiento; y los coloquios dedicados a Vallejo, F. Hernández y a otros escritores avalan, con Actas ya publicadas, el rendimiento intelectual de una tarea cuyo constante animador ha sido Sicard.

Este mismo —quien puntualiza en su 'Avant-Propos' que viene trabajando en la exploración de la poesía nerudiana desde 1960 (p. V) —era conocido por algunos artículos, previamente publicados en revistas francesas y chilenas y en parte refundidos en el cuerpo de esta Tesis. A pesar de la calidad de esos trabajos (1) y pese también a que los especialistas sospechaban ya lo serio del conocimiento de Sicard en la materia, era imposible adivinar realmente la extensión y la profundidad de su saber nerudiano. De esto, su Tesis no deja lugar a dudas, imponiéndose al lector con elocuencia incomparable.

El libro, de vastas dimensiones, discurre de acuerdo a un método expositivo que el mismo estudioso nos explica con claridad. Cronológico y genético hasta el corte instaurado en 1936, después de *Residencia en la tierra*; sincrónico en su visión de una poesía con estructuras ya estabilizadas, vuelve a dar cabida y a reconocer la mutación de 1958, cuyo testimonio inicial no es otro que *Estravagario*. De hecho, la obra se organiza en una amplia y sólida armazón en siete partes, que iremos recorriendo paso a paso para ver lo que contienen de aportación original, al par que ir estableciendo nuestras discrepancias con algunas interpretaciones del autor.

La primera parte, denominada 'Génesis del pensamiento poético' (pp. 1 - 142), expone el progresivo surgimiento de la noción de tiempo en la poesía de Neruda. Se inicia con *Crepusculario* (1923), de neto y sintético recorrido. Puntualización metodológica, primero, de que la consideración retrospectiva del libro desde la plataforma de una producción ya cumplida conlleva un riesgo de ilusión teleológica, riesgo siempre presente, a mi parecer, en la valoración de las obras juveniles (p. 3). Descripción, en seguida, de las dos actitudes en que se manifiesta el sentimiento de lo infinito, a saber, la comunión panteísta y el desprendimiento, que coinciden en esencia con las capas o fases puestas de relieve por H. Loyola

en su estratificación cronológica de los poemas (pp. 6 ss.). Y observaciones, por último, sobre 'Maestranzas de noche', según Sicard 'uno de los mejores logros de *Crepusculario*' (p. 11); entre ellas sobresale, por su futura proyección, la que tiene en cuenta esa 'nuit du dehors', es decir, la atmósfera exterior que envuelve el poema. Con posterioridad, se conectará con acierto ese mismo ambiente con el de 'La huelga', admirable fragmento del *Canto general* (LAS FLORES DE PUNITAQUI, XIII). Con una de esas formulaciones cuyo secreto conoce bien, el autor resume así su idea de *Crepusculario*:

'L'infini découvre alors son véritable visage: un désir qui n'a d'autre fin que lui-même, et qui s'épuise en élans impuissants. Au terme de son premier recueil, le jeune poète a fait cette découverte, à savoir que l'échec n'est pas seulement le résultat fatal de l'entreprise mais son principe même'.

Se describen luego los avatares del mismo tema del infinito en *El hondero entusiasta* (1923, 1933), cuyo poema inicial lo recoge por primera vez de modo exclusivo (p. 33); en los *Veinte poemas* (1924), la búsqueda viene a coexistir con la inmaterialidad de la mujer y la aparición del paisaje, cuyas fuerzas principales (viento y crepúsculo) se cargan de connotaciones temporales (p. 49). Esto prepara la irrupción del tiempo, bajo la categoría del instante, en *Tentativa del hombre infinito* (1925, 1926), cuyo contenido Sicard caracteriza de la siguiente manera:

'La *Tentativa*... fondera le voyage au bout de la nuit sur l'indissociable trinité de l'amour, du temps et de la création poétique' (p. 36).

Todo lo cual nos sitúa ya en el umbral de las *Residencias*, en que el imperio de la discontinuidad temporal y su poder destructivo tratarán de ser contrarrestados por una intuición de signo inverso, la de una zona de continuidad y de objetación exterior del tiempo.

Naturalmente la perspectiva sistemática aplicada por Sicard no le permite abordar *Residencia en la tierra* como un conjunto poético, con leyes internas de composición, y ésta es una limitación seria, aunque inevitable. Lo cual tenderá a afectar a veces ciertas interpretaciones suyas, como ocurrirá, en mi opinión, con 'Entrada a la madera'. En todo caso, el autor está consciente del hecho y remite a los diversos momentos en que corresponderá analizar poemas del gran libro nerudiano (p. 102, n. 6).

Hay que fijarse antes que nada en el título que da Sicard a la sección en que estudia las *Residencias*: 'Hacia el materialismo'; y, un poco más adelante, al señalar su cometido, insiste: 'la génesis del materialismo nerudiano' (p. 102). Esto significa, en definitiva, que *Residencia en la tierra* cumple como ningún libro el papel de hacer avanzar a Neruda hacia el materialismo, pero sin que este proceso se consume totalmente, hasta el punto de que se nos hablará, algo después, de una 'dialéctica abortada' (pp. 233 ss.). *Residencia en la tierra* se sitúa, por consecuencia, en el gozne de un proceso que no ha terminado aún; y habrá que tomar en cuenta esta posición móvil e inestable para calibrar lo tornasolado de sus efectos y la complejidad que plantea a la interpretación.

El pensamiento fundamental de Sicard puede ser fielmente recogido en dos pasajes muy precisos. En uno, el autor subraya el desplazamiento que ocurre en la meditación nerudiana sobre el tiempo entre las *Residencia I* y *II*:

'Tout se passe comme si la réflexion poétique sur le temps mettait de plus en plus en évidence l'objectivité de la réalité qu'il traverse, et comme si, au delà de la destruction tempo-

relle, le poète découvrirait dans cette objectivité le secret d'une permanence.' (p. 108).

En el otro, refiriéndose a la noción de 'paciencia' como actitud ante un tiempo uniforme, escribe:

'La 'paciencia' nérudienne rêve, tout au long de la première *Residencia*, de ce temps uniforme et illimité. Quête d'une éternité? Sans doute, mais d'une éternité qu'on a renoncé à chercher hors du temps: une certaine façon de vivre le phénomène temporel est devenu la seule chance de s'y soustraire.' (p. 112).

Estas líneas condensan bien la idea de Sicard: en *Residencia en la tierra* empieza a descubrirse una continuidad bajo el cambio, al principio confusamente percibida como amenazante crecimiento y objetivada luego en la naturaleza, como algo ya muy próximo a la intuición de la materia.

Justamente, en cuanto pertenecientes a la *Residencia II*, revisiten especial interés los poemas 'de tema oceánico', a saber, 'El fantasma del buque de carga' (escrito después de 1931), 'El sur del océano' y 'El reloj caído en el mar'. El análisis del primero es un admirable aporte crítico, pues no sólo revela el complejo desenvolvimiento de la visión nerudiana, sino que resuelve de modo definitivo e irrefutable algo que había pasado inadvertido a los comentadores, tanto a A. Alonso como a otros: la unidad existente entre las aguas y el ser fantasmal, pues éste no es sino la emanación personificada de aquéllas (2). Más relevancia aún tiene para este asunto el rostro con que emerge 'Entrada a la madera', que no por nada corona el comentario de las *Residencias*, concluyendo a la vez la Parte I del presente estudio.

'Entrada a la madera' es, en verdad, un experimento crucial para *Residencia en la tierra*, ya que según sea la reacción interpretativa que se adopte ante él, habrá de decidirse no sólo la visión general de la poesía residenciaria, sino también cuestiones más amplias, relativas a la índole y al grado de la evolución poética de Neruda. De ahí la necesidad de 'entrar a fondo en materia', aun a riesgo de polemizar y de caer incluso en 'micrologías'.

Para Sicard, luego de una atenta lectura (donde habría que destacar la precisión sobre el doble sentido del 'hundimiento' y el mecanismo de 'inversión' que señala en la parte final del poema), el desenlace de 'Entrada a la madera' vendría a significar, en substancia, la aniquilación del sujeto en el seno del objeto. Escribe:

'Impuissant à dialectiser son rapport à la nature, c'est sur le mode de l'anéantissement qu'il réaliserait finalement son union avec le bois' (p. 140); y cita inmediatamente los dos últimos versos del poema.

Contra esta interpretación, se me permitirá aducir los siguientes argumentos: 1) 'Entrada a la madera' es el primero de los 'Tres cantos materiales' que diseñan claramente un ciclo vegetal, la rueda de las cosas que nacen de la tierra y que vuelven a ella (madera, apio, vino). Esto enmarca el poema en un contexto significativo, en el cual la presunta aniquilación del sujeto no puede desligarse de la experiencia de la fecundidad natural. 2) Todo el poema, tanto en sus tensiones extremas como en la sintaxis individual de sus versos, es un esfuerzo por reproducir la estructura de un orden dialéctico: es decir, movimiento, dinamismo, procesalidad, energía. a) Oposiciones de sentido que, en el curso del proceso, devienen polos de contradicción: *tréboles amargos*, concluye la primera estrofa; *Dulce materia*, comienza la tercera. b) Movimiento auto-contradictorio, no sólo en los versos finales —lo que resulta palmario— sino allí mismo donde Sicard quiere ver 'un mundo extinguido' (p. 141). Ciertos versos que se citan: 'pálidas espadas muertas', 'ceniza llena de apagadas almas', 'muertas palomas neutrales' representan, según creo, lo contrario de la extinción, en cuanto expresan virtualidades de vida. Las cualidades de muerte o de pasividad recubren al objeto, sin duda (espadas, cenizas, almas, palomas), pero no lo aniquilan, en la medida en que en él está latente el ataque, el fuego o el vuelo, potencialmente. Es, si se quiere, la *dynamis* aristotélica o la indeter-

minación hegeliana, como rasgos de una materia que se define por su potencialidad (3). 3) Y tal potencialidad aflora al final del poema, no sólo en cuanto amanece un nuevo ser, sino porque el fuego se impone al universo acuático que parecía dominar en la naturaleza. De hecho, estos extremos *agua - fuego* (y sus armónicos *seco - húmedo*), que Sicard no cree necesario subrayar, constituyen una contradicción decisiva en el poema. Curiosamente, en su descripción del aniquilamiento (p. 141, *supra*), Sicard recurre exclusivamente a la desintegración de la madera en lluvia material, sin mencionar su eclosión ígnea. Por lo demás, ¿no había afirmado el autor un poco antes, y con razón, que: 'on sait que 'lo sonoro' est chez Neruda associé à l'idée de Genèse?' (p. 121). ¿Y qué mayor celebración sonora que la de estos últimos versos, que expresan magistralmente, en sus hendiduras y en su ondulación, un poderoso forcejeo dialéctico anunciador del ser? :

*y hagamos fuego, y silencio, y sonido,
y ardamos, y callemos, y campanas* (4).

4) En principio, este sujeto colectivo que irrumpe al final del poema (imperativo plural muy poco frecuente en las *Residencias*, dicho sea de paso) no hay que entenderlo, es obvio, como un *fiat* jehováico, sino como la unidad de hombre y naturaleza en donde el uno es todavía indiscernible de la otra, pues con ella está compenetrado. Este me parece ser el sentido de la apertura del poema:

*Con mi razón apenas, con mis dedos,
con lentas aguas lentas inundadas...*, (5)

donde el individuo se prolonga en las fuerzas naturales y donde el proceso de conocimiento se concibe en la forma de la acción. Acción que, por lo tanto, no es humana ni social (no es praxis), sino que coincide, a esta altura del desarrollo nerudiano, con el sistema de energía de la naturaleza. Es un dinamismo que está construye por oposición y en la resistencia a sí misma. Las 'lentas aguas' son negadas por su mismo poder —'lentas', resultando, así, ellas mismas *inundadas*. El verso no sólo expresa insistencia o acumulación (lo que sería banal), sino transcurso por auto-negación. Y ello conducirá al resultado de una gradual transformación cualitativa. (El verso podría compararse con el sistema de las aguas de 'El fantasma del buque de carga', más rítmico en verdad, pero no menos consciente del paso de la cantidad a la cualidad: 'verdes de cantidad, eficaces y frías...'). Es, en otros términos, lo que con categoría del joven Hegel, reactualizada por Lukács, se denomina 'desgaste', primera forma, idealista y práctica a la vez, de concebir la relación instrumental. 5) Para todo lector de las *Residencias*, el inicio y el fin de 'Entrada a la madera' recuerdan necesariamente el arranque del libro y de ese gran poema que es 'Galope muerto', fijando por lo tanto un nuevo contexto interpretativo:

*Como cenizas, como mares poblándose,
en la sumergida lentitud, en lo informe...*

Digámoslo de una vez: las imágenes de caos que aquí prevalecen se harán, en 'Entrada a la madera', devenir y proceso, desde las aguas hasta el fuego, pues la 'sumergida lentitud', casi estática en estos versos, se convertirá en el 'Canto material' justamente en el poder de lo negativo: las 'lentas aguas lentas inundadas'. 'Entrada a la madera' fertiliza el caos de 'Galope muerto', constituyendo en consecuencia un *galope vivo* de la creatividad natural. Hay que sopesar, entonces, la proyección que esto tiene para el *corpus* residenciario en su conjunto.

Dicho brevemente, el universo residenciario se sitúa como algo previo a la distinción entre naturaleza y sociedad o entre materia e historia; distinción que ciertamente es cultural, o sea, histórico-social, y bastante tardía por lo demás. En esto el intelecto de Neruda es primitivo o, si se quiere, pre-socrático. (Lo cual me llevó a utilizar tiempo atrás la malhadada categoría de 'fundamento', no tanto en su uso heideggeriano, sino para traducir en parte la noción de 'arjé', olvidada después por el 'nous' de Anaxágoras, el movimiento sofístico y la consoli-

dación del pensamiento clásico griego). Ello exige —y en eso acierta Sicard— que sea imposible y aberrante hablar de praxis y menos de conciencia histórica a la altura de *Residencia en la tierra*. Pero tampoco es legítimo —y ahí reside nuestro desacuerdo con él— concebir el mundo natural de las *Residencias* como separado o independiente de otras zonas de la realidad. De hecho, lo impresionante del universo residencial, tanto en 'Galope muerto', en 'Entrada a la madera' como en todos sus poemas, es la simbiosis de vida psíquica y emocional, de mundo técnico y artificial, de geología y huellas históricas, en un todo confuso e indiferenciado gracias al poder de una visión alucinantemente homogeneizadora. La naturaleza no es sólo naturaleza, en *Residencia en la tierra*; está poblada de signos, traspasada de tráfago humano, con catástrofes que no son sólo cósmicas y en un torbellino que es natural, subjetivo y colectivo a un mismo tiempo.

De ahí que el dilema no se dé entre aniquilación o fertilidad, en el caso de 'Entrada a la madera', sino que consista más bien en si la fertilidad es imaginada o no de modo dialéctico.

Versos como éstos, que Sicard no cita:

ante tus corazones reunidos,
ante tu silenciosa multitud...;

y este otro, particularmente:

veo crecer manos interrumpidas,

hablan de la apertura de la naturaleza a un horizonte que la sobrepasa y de conatos de nacimiento y de acción, percibidos al nivel y en el seno de la germinación. Neruda descifra y aprende en la vida vegetal los mecanismos de su poder, sometándose a sus leyes y captando el devenir en la forma del anhelo, de la tensión y del esfuerzo. Pero su conciencia es poética, pre-reflexiva, es —como dirá él mismo con fuerte paradoja— ciega. De hecho, estas imágenes de ceguera son esenciales para entender el plano en que se sitúa la visión nerudiana. Visión nocturna, la de un 'vigía tornado insensible y ciego' ('Sistema sombrío'), ella consiste en un *tour de force* que sorprende a la fecundidad habitada por la contradicción; y esta lección vislumbrada en la naturaleza se generalizará después, sobre la base de su conciencia histórica, hasta postular la contradicción como la raíz de toda fecundidad (6). En otras épocas y desde un fondo milenar, los murales de El-Amarna propagaban la imagen de un Sol, el adorado por Ikhnatón, cuyos rayos eran como brazos humanos, terminados en manos o en palas para cavar. Pintura de sociedad agraria, en que los hombres del limo extendían y multiplicaban el poder superior. Así también, en esta percepción de las fuerzas naturales por un poeta perteneciente a un país huérfano de técnica, la 'silenciosa multitud' de la madera se congrega, pugnan 'manos interrumpidas' y algo termina por nacer, de la lucha elemental entre las aguas y el fuego.

'El proyecto nerudiano' (pp. 144 - 237), segunda parte del estudio, describe los temas dialécticos más amplios y constantes de la imaginación del poeta. Arquitectura y detalles se juntan en la descripción de Sicard para fijar las líneas de una poesía presidida por el 'demonio de la generalidad' (p. 145), que la ha llevado a emprender ingentes totalizaciones, como el *Canto general* (1950), los 4 libros de *Odas* (1954...) y el *Memorial de Isla Negra* (1964), para citar sólo algunas de ellas. Las ficciones totalizantes (*survol* y *enfouissement*), como perspectivas inventadas para captar la totalidad; las contradicciones mayores de lo uno y lo múltiple, expansión y concentración; las formas del movimiento, todo ello, unido a las disquisiciones sobre el tema del 'viejo día que nace' y la dialéctica de 'la gota y el grano', hacen de esta sección una impecable exposición de aspectos centrales en el poetizar nerudiano.

En 'El poeta y la historia' (pp. 238 - 323) enfrenta el autor la difícil tarea de trazar las 'modalidades específicas... de la meditación nerudiana sobre la historia' (p. 241), a través de tres momentos privilegiados: el balance poético de *Alturas*

de *Macchu Picchu*, *España en el corazón* y las secciones del *Canto general* relativas al Norte de Chile, esto es, 'Hacia Recabarren' (LOS LIBERTADORES, XXXVI) y LAS FLORES DE PUNITAQUI. Tengo que confesar que es ésta la parte que, como conjunto, hallo menos satisfactoria. Y es que, pese a la cautela que el mismo Sicard exhibe (pp.244-5), la poesía histórica de Neruda se le tiende a convertir en versión poética de tesis marxistas —cosa que el *Canto general* por cierto no es, no sólo en razón de su índole propia, sino por el hecho de que en él coexisten junto al materialismo histórico, otras experiencias ideológicas, un indigenismo difuso y cierto 'americanismo' o conciencia de identidad latinoamericana. Por otra parte, las referencias a cuestiones de género, tan importantes para definir el puesto del *Canto general* en la poesía mundial contemporánea, resultan escasas y demasiado rápidas (pp. 301 - 4). Esto no es óbice, desde luego, para que haya cosas excelentes en esta parte, como, por ejemplo, el balance poético de *Alturas de Macchu Picchu*, con el cual estamos completamente de acuerdo, y la discusión sobre el presunto anti-hispanismo de Neruda, a la cual volveremos más adelante.

En la sección IV, titulada 'El cambio de 1958' (pp. 324-378), Sicard trata de aprehender la novedad con que se presenta *Estravagario* en el curso, ya torrencial, de la poesía de Neruda. ¿A qué se debe el repliegue del poeta en sí mismo, cómo se explica su fuerte reivindicación del silencio y de la soledad? Sicard observa bien que no existe, en verdad, una ruptura, sino, como siempre, un cambio dentro de la continuidad, pues ni el poeta abandona sus compromisos políticos ni deja de escribir poesía marcadamente histórica, desde *Canción de gesta* (1960) hasta *Introducción al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena* (1973). No; se trata más bien de una inflexión provocada por un 'pesimismo histórico', que es producto del panorama de guerras que al poeta le toca vivir (la repetición constante del mal, esa 'mala continuidad' de que hablaba Hegel) y de las revelaciones hechas en el XX Congreso del PCUS (1956), que lo llevan a enfrentar el terrible 'episodio' (*Memorial de Isla Negra*) de una verdad convertida en dogma. Esto conduciría a una revaloración del reino de la soledad natural —lo inhabitado— no como evasión ni exclusión de la historia, sino, por el contrario, como confirmación del origen material común. Es lo que muestra el paraíso de *La espada encendida* (1970), magníficamente analizada por Sicard: se trata, según el crítico, de un Edén 'atravesado por la contradicción' (p. 351) (7). Me parece que esta parte IV, central en su Tesis contiene las mejores páginas del autor y también las más controvertibles. Las mejores: sin disputa, las relativas al 'olvido', que forman unidad, creo, con la sección siguiente, donde se estudiarán justamente las formas del gran olvido, esto es, la provincia de la infancia, la muerte y el océano. Las controvertibles: pues, al explicar el cambio de 1958 por el efecto del XX Congreso sobre el ánimo del poeta, se echa parcialmente luz sobre el desenvolvimiento nerudiano, pero se crea una distorsión mayor. Una verdad a medias, como diría Lukács, se convierte a menudo, y también aquí, en una falsedad completa.

Sin querer ser exhaustivos, anotemos simplemente algunos hechos. En Chile, y justo en el nudo de 1958: recambio de Ibáñez por Alessandri, lo que equivale a salir de un general anacrónico para entrar en un estado de anacronismo general. El país no se repone aún de las consecuencias de la dictadura de González Videla, que bloqueó por mucho tiempo la vida democrática nacional. Recién el año anterior, el 2 de abril de 1957, tiene lugar una masacre en la capital que conmueve poderosamente a toda la población. Hechos latinoamericanos: 1952; fracaso de la revolución boliviana; 1954, contrarrevolución triunfante en Guatemala; todavía no alumbra la revolución cubana, etc. ¿Por qué no tener en cuenta también estos hechos, por lo menos tan decisivos a

escala continental como las declaraciones del XX Congreso? En este punto, hay una valoración implícita del stalinismo que me parece difícil de aceptar y a la cual, aunque muy brevemente, quisiera referirme.

Llamar al stalinismo un 'criminal error' (p. 194) me parece, cuando menos... ¡un error! Ya se ha hecho ver suficientemente el peligro de que una noción como la del culto a la personalidad funcione al revés, atribuyendo a Stalin todos los males, reales o imaginarios, de la sociedad soviética. El stalinismo sólo en una de sus facetas, y en la menos significativa ciertamente, coincide con la personalidad de Stalin. El fenómeno, en lo profundo, es estructural e histórico, es decir, interno a una sociedad que construyó el socialismo desde un capitalismo atrasado y miserable, y producto del aislamiento de la Unión Soviética ante el cerco capitalista mundial. En cuanto al rol histórico de Stalin, aun las biografías más adversas, como la célebre de I. Deutscher, terminan reconociéndolo ampliamente (colectivización del campo, creación de una industria pesada, ampliación de la base educacional y técnica, victoria frente al fascismo, etc.). Ocurre con Stalin lo que con tantas personalidades de envergadura histórica. Los casos de Marat, Robespierre y Napoleón parecen hoy muy claros, después del enjuiciamiento certero de Marx y Engels en *La sagrada familia* (1844), corroborado por las investigaciones modernas de L. Gottschalk, A. Mathiez y G. Lefebvre respectivamente, nada sospechosos de marxismo ortodoxo. Lo mismo el de Cromwell, quien pese a su enorme significación para Inglaterra y para la evolución mundial, seguía siendo odiado y temido por los revolucionarios norteamericanos —sus continuadores de hecho— y condenado a su vez por Voltaire (v. el extraordinario artículo, muy influyente en los liberales latinoamericanos del siglo XIX: 'Cromwell', de su *Dictionnaire Philosophique*). Pienso, contra Ellenstein, Medveyev y los apóstoles del Gulag, que no existe en la actualidad un enjuiciamiento histórico definitivo de la personalidad de Stalin. Y es que ese hijo de siervos, que sale de lo más oscuro de la tierra rusa, encarna la trayectoria avanzada de la sociedad soviética, la que, a su muerte, está en el umbral de realizar el 'asalto al cielo'. Sí, objetivamente: con una industria atómica para la paz con una sólida infraestructura para la navegación espacial. Esto, en menos tiempo de lo que la democracia norteamericana tardó en eliminar la esclavitud (USA: 1776 - 1867; URSS: 1924 - 1957).

Ya he anticipado que la parte quinta, 'El poeta y lo inhabitado' (pp. 379 - 523), continuando en gran medida las reflexiones sobre el valor positivo del olvido, constituye algo verdaderamente excepcional, pues pertenece a lo mejor que se ha escrito en el curso de los estudios nerudianos. Es difícil, por lo mismo, hacer justicia a sus méritos y a la notable riqueza de su contenido. Señalo, muy de pasada, sus páginas sobre el sentido de la soledad, como experiencia y reconocimiento de la primacía del mundo material; su novedosa comprensión del nexo Quevedo - Neruda, que saca definitivamente el encuentro de estos grandes poetas del orden de la confluencia azarosa, para integrarla en el desenvolvimiento orgánico de Neruda y para confirmar, asimismo, lo que es una de las tesis básicas del estudio de Sicard: a saber, que la génesis del materialismo nerudiano reside en una metafísica de la temporalidad. Finalmente, no son menos valiosos los capítulos que se dedican al tema oceánico. En la misma dirección, 'El amor' (pp. 524 - 589) describe la poesía amorosa de Neruda no como una rama o dimensión separada de las otras, sino incorporándola globalmente en la unidad profunda de su universo poético. Podríamos decir que, así como hay una visión romántica del amor, cuya última aspiración coincide con el ideal de libertad y de los valores políticos jacobino-liberales (Shelley, Hugo; Espronceda, débilmente, en su 'Canto a Teresa', etc.), así también el tratamiento nerudiano del amor se vincula coherentemente a su materialismo poético; de hecho, es una expresión más, e importantísima, de esta concepción general de la realidad. Con ello, Sicard logra mostrar el significado de época que

tiene esta poesía. Escribe: 'L'originalité du rapport de l'amour á l'histoire tel qu'il se présente dans la poésie de Neruda tient á ce qu'il se fonde non point sur un humanisme sentimental —un amour qui s'élargirait jusqu'à devenir 'amour de l'humanité— mais sur le caractère matériel de rapport érotique. La connaissance amoureuse, c'est, pour Neruda, la conscience se connaissant matérielle'. (p. 588). Se impide, de este modo, gracias a esta larga perspectiva, que el alcance de esta poesía amorosa se disuelva en lo anecdótico o en lo biográfico (cosas, hélas!, casi siempre unidas), como ha solido ocurrir intermitentemente en la crítica nerudiana.

La parte final de esta gran investigación recorre 'La poétique nerudienne' (pp. 590 - 671), estudiando su doble faz de canto material y de trabajo de la escritura. En su intento de apresar la especificidad del trabajo poético, tal como lo concibe Neruda, Sicard pasa a analizar 'La línea de madera' (YO SOY, XV; *Canto general*), poema sobre el cual querría hacer algunas observaciones, relacionadas con lo ya dicho acerca de 'Entrada a la madera'.

Lleva razón Sicard al destacar la importancia de este poema, que no había recibido hasta ahora una atención condigna. Su título es ya revelador. Tiene que ver no sólo con lo que Sicard indica ('cette ligne qui oppose un présent á un passé...', p. 665), sino también, primero, con la actividad poética misma (las líneas del verso en el papel o, mejor, la escritura como una gran línea material que se prolonga sin cesar; cf., para diferenciarlas de ella, la 'larga línea fría' y las 'líneas de amor' en poemas adyacentes, 'El regreso' y 'El vino', respectivamente) y, segundo, con la línea de acero, en su sentido político, táctico-estratégico, de la cual se distingue y a la que, simultáneamente, complementa. (Los poemas que siguen son 'La bondad combatiente' y 'Se reúne el acero'; y, cosa ya observada por el autor, la antítesis es interna al poema, entre *madera* y *metalurgia*; es decir, la línea de madera anticipa y prefigura la línea acerada en que consiste el ser actual del poeta). Ahora bien, resulta sorprendente que Sicard: 1) reconociendo en el poema una función de 'balance' (p. 665), por mucho que, paradójicamente, lo considere desde el futuro, desde *Las manos del día* (1968); postulando explícitamente que 'el aniquilamiento del poeta está constantemente corregido por determinaciones de carácter dinámico' (p. 667); 2) escribiendo lo siguiente, que me parece substancialmente correcto: 'Todo ocurre como si en el seno mismo de la práctica poética, que Neruda opone a la 'metalurgia' de su nueva poesía, se manifestara un cierto trabajo...' (*ibid.*; subraya J. C.), resulta sorprendente, digo, que Sicard no aplique estas consideraciones a su lectura de 'Entrada a la madera'. Y es que claramente ambos poemas se relacionan, establecen un diálogo entre sí; se intertextualizan, diríamos hoy, para estar a la moda (8). Ello, no sólo en virtud de la oposición entre las aguas y el fuego (ahora: 'bajo las aguas, consumiendo frío' —'como un incendio bajo mi garganta'); no sólo porque una vez más el poeta construye hilando con fibras vegetales y cantando 'con labios de madera', sino, sobre todo, gracias a que el primer verso del poema es una exacta definición de su actividad al nivel de *Residencia en la tierra*. 'Yo soy un carpintero ciego, sin manos', reza la fórmula. Y el trabajo residenciario no es ciego porque esté obnubilado por su propia especificidad, como piensa Sicard, sino debido a que no reconoce todavía —consciente, reflexivamente— que en las operaciones del canto hay un canto al obrar de la naturaleza, congruente con el despliegue de sus fuerzas y de su vida material. 'Desconociendo mi oficio antes de ser', escribe el poeta. Por todo esto, es fundamental repensar el sentido de esos extraños versos penúltimos que, después de haberse opuesto el carpintero a la metalurgia, reinstalan la síntesis de la madera y del hierro:

O los aserraderos olfateados
por las cabalgaduras en invierno?

Imagen poderosa, visión compleja (pues 'las cabalgaduras'

reproducen y duplican la hibridez del aserradero, al ser vida animal unida al elemento del hierro; *cabalgadura* es algo así como caballo más herradura) que me confirma en mi interpretación de 'Entrada a la madera' como una especie de naturalización del trabajo forestal. Glosa: sobre el fondo de lo inhabitado, como diría Sicard (: 'en invierno', que retorna una vez más al dominio de las aguas), se configura un cuadro de palpitante vida natural, en que los caballos 'olfatean' los rastros, las huellas de los aserraderos. ¿Hundidos, enterrados? Imposible probarlo, pero es lícito imaginarlo, pues estamos nuevamente ante un paisaje primordial de Neruda. Y esta destecnologización de los aserraderos, su reducción a naturaleza viva, es una conciencia, tardía pero fidelísima, de lo que Neruda había hecho, íciegamente!, en 'Entrada a la madera'.

Pero, en fin, ¿cómo justipreciar esta obra de Sicard, incitante y magistral, llena de incontables observaciones y de tantas perspectivas inéditas sobre la producción nerudiana? Tarea imposible, por cierto, apenas iniciada en esta nota que ya se alarga en demasía. Antes de concluir, sin embargo, quisiera mencionar las certeras discusiones que emprende el autor contra algunas ideas recibidas, verdaderos clichés críticos, como el del presunto anti-hispanismo en el *Canto general* (pp. 304 ss.) o aquél del panteísmo inherente al poetizar nerudiano (pp. 607 ss.). Era especialmente útil combatir lo primero, pues constituye un íncesante *leit-motiv* de los estudios nerudianos. Sicard subraya con acierto la visión nada idílica de las sociedades pre-hispánicas (la explotación es un dato obvio en Macchu Picchu), el punto de vista de clase que adopta Neruda ante la Conquista y la valoración del legado hispano presente en 'A pesar de la ira' (lengua, comercio, técnica). Sobre el panteísmo, señala que sólo se puede hablar de él como un momento adolescente y temprano de su poesía (por influencia de Sabat Ercasty, creo) y que proyectarlo más allá es una manera de distorsionar el materialismo nerudiano, con las resonancias ideológicas que de allí derivan, a saber, la exaltación de lo mítico y la conexión con la mística oriental. Se podría agregar que la noción de panteísmo se ha manejado de un modo extremadamente laxo. Porque en Neruda no hay ni panteísmo a la manera presocrática (el animismo condensado en la fórmula de Tales: 'Pánta plere theôn', 'Todo está lleno de dioses'), ni panteísmo a la manera medieval (la derivada de la interpretación árabe del intelecto agente aristotélico, que culminará con el averroísmo paduano), ni panteísmo a la manera renacentista (la de Cusa o de Bruno, cuyo nexa con los jónicos fue admirablemente subrayado por E. Bloch: *Das Prinzip Hoffnung*, Frankfurt, 1959, t.2, pp. 993 - 4), ni panteísmo a la manera romántica moderna (la que resulta de la inflexión de H. Jacobi y del joven Schelling sobre la filosofía de Spinoza, cuyo panteísmo calificará más tarde Hegel, en su *Ciencia de la Lógica*, de 'acosmismo'). Por lo demás, en su tipología de las concepciones del mundo, con toda razón W. Dilthey incluye el panteísmo en la zona del idealismo objetivo, visión ajena al poetizar nerudiano.

En suma y para finalizar ya: por lo vasto de su plan, por el rigor de su razonamiento crítico que combina el estilo filosófico con una aguda sensibilidad para los detalles de la imaginación; por su conocimiento exhaustivo (hasta donde esto es humanamente posible) de los textos nerudianos y de la bibliografía secundaria (9); por su misma calidad polémica, que fija con nitidez deslindes y convergencias; por todo ello, estamos sin duda, con esta obra de Sicard, ante la publicación más importante aparecida hasta ahora sobre la producción de Neruda. Después de A. Alonso, después de los aportes de la crítica chilena y, sobre todo, de los decisivos estudios de H. Loyola, este libro de Sicard los continúa, los corona y los sobrepasa. Libro impar que, como toda auténtica obra de crítica literaria, posee también una vena personal, pues involucra la situación intelectual, ideológica y nacional del estudioso. Aunque recién se lo empie-

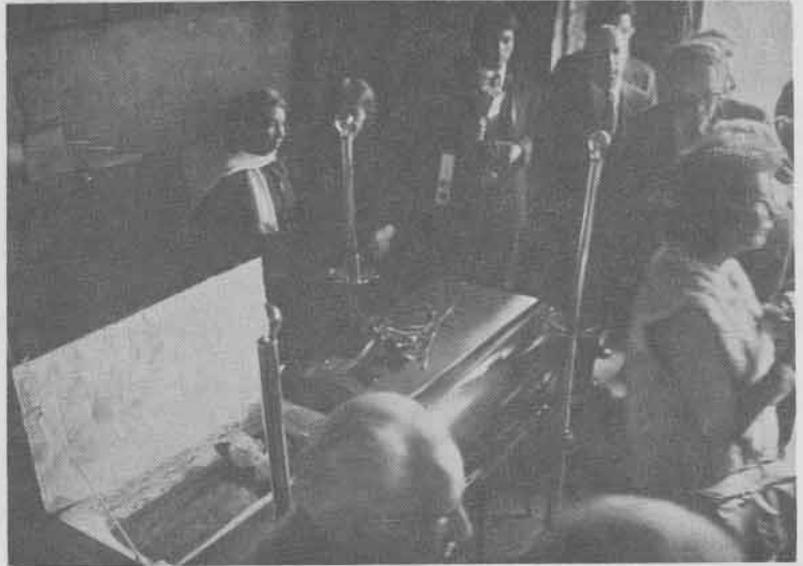
ce a juzgar, aunque muchas de sus ideas habrá que ir las decantando lentamente, es posible desde ahora grabar la imagen que nos entrega de la poesía de Neruda: la de una poesía austral y contemporánea, situada en el centro y en las márgenes del mundo, conmovida de energía histórica y plasmada con soledades, vuelta hacia el futuro pero a la vez sin tiempo —como la lluvia o el mar... Este —gracias a Sicard— quizá sea el rostro con que emerja esta poesía en los años venideros: una de sus máscaras para el transcurso póstumo: máscara, por cierto, de faz reconocible. □

NOTAS

- (1) Para mencionar sólo los dedicados a Neruda y sin cabal precisión bibliográfica: Sobre *La espada encendida*, en *Caravelle* (después de 1970; Toulouse); sobre *Tentativa...*, en *Anales de la Universidad de Chile (Homenaje a P. Neruda; H. Loyola, editor, 1971)*; 'Thème de la goutte et de la graine', en *Europe* (Janv. - Fév. 1974, pp. 187 - 197).
- (2) 'Le fantome et l'océan sont deux composantes d'un meme phénomène', escribe con exactitud Sicard (p. 127). Es curioso, sin embargo, que no comente el galope marino del fantasma, que cita por lo menos dos veces (p. 126 y p. 128).
- (3) El nexa histórico-filosófico ha sido destacado por E. Bloch, en *Avicena y la izquierda aristotélica*, 1952 (ed. alemana). Este mismo pensador ha hecho profundas consideraciones sobre la relación entre materia y potencialidad, en 'Sur la catégorie de possibilité' (*Revue de Métaphysique et Morale*, Janv. - Mars 1958, pp. 56 - 82).
- (4) En LA LAMPARA EN LA TIERRA donde, no se olvide, 'en la fertilidad crecía el tiempo', leemos: *Germinaba la noche... / en sonoras maderas... / ('Vegetaciones')*.
- (5) 'Aguas tautológicamente inundadas', comenta Sicard (p. 138). En absoluto. Estamos ya ante un movimiento incoactivamente dialéctico, que extrae el combate del seno de la identidad.
- (6) En su balance poético de ALTURAS DE MACCHU PICCHU (I), donde el poeta da cuenta de su descenso al mundo elemental, retorna al mundo humano 'como un ciego'. En el *Canto general*, en un poema que comentaré pronto, escribe: 'Yo soy un carpintero ciego y sin manos'. Me parece que el error inicial de Sicard, en su lectura de 'Entrada a la madera', deriva de separar el árbol de la conciencia del sujeto poético. La de Neruda es aquí, superlativamente, conciencia de integración. 'El poeta se maderiza', escribió C. Finlayson años atrás; y R. Young recientemente, en la Universidad de Alberta (Edmonton, Canadá), me observaba que el poeta adopta el punto de vista del árbol, del tronco enclavado en el suelo. Por ello, la inversión final, interpretada por Sicard como aniquilación, es el necesario cambio de orientación dinámico-espacial para experimentar, luego del hundimiento, la germinación del ser. Y esta germinación es canto, no se olvide, canto material: es decir, continuación sonora del poder vegetal.
- (7) No sé si se ha reparado que el título de este libro proviene de un verso del *Canto general*: 'es la espada encendida que me diste y que guardo'. (CORAL DE AÑO NUEVO..., 'Saludo (1949)', *infra*).
- (8) En realidad, como se trata de una recapitulación biográfica, casi todos estos poemas de YO SOY están sembrados de ecos de *Residencia en la tierra*. Un solo ejemplo, entre otros que podrían multiplicarse: 'El vino' habla de la 'incomparable ciencia varonil que profeso', lo que trae inmediatamente a la memoria el verso de la 'Oda a Federico...': 'mi amistad de melancólico varón varonil'. Es como si el 'Estatuto del vino' y la 'Oda...' de las *Residencias* se superpusieran acá, fugazmente.
- (9) Constato apenas una omisión, la del memorable ensayo de J. Giordano, 'Introducción al *Canto general*', publicado en el homenaje que la Biblioteca Nacional de Chile rindiera al poeta con ocasión de sus 60 años de edad (*Mapocho*, 1964; republicado en *Atenea*, 1972).

ELEMENTOS PARA UN POEMA

□ JOSE HIERRO



Estela del cometa americano, cielo condecorado con la Gran Cruz del Sur, araucarias multiplicadas entre los Andes y el Pacífico... Pablo Neruda, estas ideas trasmutadas en símbolos, en metáforas, en repertorio retórico para Juegos Florales, van avanzando hacia el poema impuesto por la pena. Otros elementos censados, aún sin ocupación inmediata —salitreros, mineros del cobre, cuecas, fauna y flora exóticas para un español (coños, nos llaman allá)— aguardan en la fila resignada, esperan ser llamados por el mester de clerecía que los instalará en el poema.

La poesía no se hace con ideas, mi querido Degas (gracias, Stéphane Mallarmé, por recordarlo), sino con palabras. De acuerdo, siempre que no se entienda que estorban las ideas. Forma externa e interna, contenido y forma, forma del contenido y contenido de la forma: los cirujanos de la estilística, del formalismo, del estructuralismo, sajan, separan y analizan para demostrar lo que está claro: que el poeta es aquel que dice más de lo que dice (significantes y significados); que las palabras cautivan antes de que capturemos su sentido.

Me he propuesto, Pablo Neruda, escribir un poema en tu memoria. Algo tan arriesgado como bailar ante Nureyev, pelear con Casius Clay (aunque esté ya en declive), representar una pantomina ante Chaplin (aunque hoy sea anciano). Pero es preciso hablarte en el idioma del poeta, ensanchado por ti. Ocurre, sin embargo, que la poesía es una caja fuerte cuya combinación desconocemos. Se abre desde dentro, cuando ella, y nada más que ella, quiere. El poeta ha de resignarse a acatar sus decisiones, porque la poesía ve más que el pobre pararrayos celeste. Si ella no irrumpe, de nada sirve la herramienta del poeta: la inteligencia. La acción de la inteligencia no es anterior, sino posterior al primer vagido del poema. La inteligencia no provoca el poema: lo controla, dicho sea con todos los respetos para Poe. Y para Valéry, a pesar del primer verso que nos dan los dioses.

Ando yo ahora eligiendo palabras, ideas, metáforas, forzando hallazgos, amueblando la habitación inexistente, fumando y cavilando, esperando que alce el vuelo el verso de los dioses, cavilando y fumando y volviendo a fumar. Acecho la palabra caliente, la más que lo que significa, cavilando y fumando hasta llenarse el cenicero.

Curioso: el cenicero es una concha de molusco. Lo acerco a mi oído, a ver si todavía no se ha marchitado el oleaje del Pacífico, el de tu playa de Isla Negra, Pablo Neruda, en donde yo lo recogí. Tal vez así el recuerdo encarna en ritmo. Un recuerdo por el que andas tú, Pablo Neruda, cubierto con tu manta de Castilla, rodeado de seres que peregrinaban a tu poesía. Y estás después, de noche, junto al fuego encendido —era agosto— junto a Matilde, Vargas Llosa y su mujer, Humberto Díaz Casanueva y dos o tres siluetas más, entre risas y versos, mascarones de proa, vigas con nombres tallados. Noto que el fuego de tu chimenea adquiere movimiento en este instante. Espero el verso de los dioses en el que ondeen las palabras vivas. Y así el poema no será imposible —como sucede ahora— antes de comenzar.

La poesía es dar nombre a las cosas: el nombre nuevo por el que serán, en adelante, conocidas. Es descubrir el nombre verdadero, tapado por los nombres falsos que ostentaban. He aquí un nombre falso de lo que utilizo como cenicero: 'Loco, molusco gasterópodo de las costas chilenas'. Lo leo en un Diccionario Enciclopédico. Es necesario penetrar ahora, círculo a círculo, en el nombre, hasta desvanecer la forma de la palabra, apoderarse de su esencia, darle una forma distinta. Es una operación poética imposible ahora, al parecer. Porque el nombre persiste, aunque desplazándose hasta designar otros contenidos. Es, primero, el orate medieval arrojado al pozo de las serpientes. Y es, después, otros seres melancólicos, ensimismados, idealistas, devanadores de imposibles: Hamlet, Alonso Quijano, el príncipe Mischkin. Y muchos otros locos cuyos nombres no quedaron en la historia o en la leyenda. El falso nombre antiguo permanece invencible, tenaz en su error, en su forma: 'Loco, molusco gasterópodo que simboliza a algunos hombres nacidos en las costas chilenas.' Hombres o playas a cuya orilla llegan, arrastrados por la corriente de Humboldt, seres que ellos creen hermosos, nobles, hermanos. Seres que nunca asaltarán tu casa cuando mueras, Pablo Neruda; que no asesinarán, ni harán trampas a quien respetó las reglas del juego; ni destruirán al que no quiso destruir para edificar sobre las ruinas del mundo antiguo —itópico conmovedor! — un mundo más justo.

Pablo, cuando las palabras adquieran su calor, podré empezar este poema a Salvador Allende. □

HA MUERTO NERUDA

□ JOSE LUIS CANO



La muerte de Pablo Neruda, cuya poesía es ante todo, como ha escrito Vicente Aleixandre, honor y gloria de la lengua castellana, llena de duelo el corazón de la poesía y de los poetas que escriben a uno y otro lado del Atlántico en esa misma lengua a la que él supo dar esplendor y ternura. Aquel corazón que escuchaba 'todos los sonidos del universo', ya no escucha el rumor de la vida ni el estruendo del mar frente a su casa de Isla Negra, aquella casa a la que consagró el más hermoso homenaje: su libro *Una casa en la arena*, y que hoy está saqueada y destruída.

El corazón de Neruda se ha parado definitivamente, quizá para no oír los disparos que abatían a sus hermanos de lucha y esperanza, en la trágica semana que ha conmovido al mundo. Como Machado herido de muerte en Colliure por el dolor de su España vencida, Neruda no ha podido sobrevivir a su Chile abatido. Porque no se puede separar, y menos en este momento dramático para el pueblo de Chile, al poeta y al hombre, enaltecer al poeta y olvidar al hombre, como si el amor y la lucha de ese hombre no latiesen en cada uno de sus poemas.

'La poesía —ha dicho Neruda— ha sido mi vida. Escribirla ha sido para mí como respirar: Y no puedo vivir sin respirar, sin escribirla.' ¿Cómo separar, pues, su poesía de su vida? Una y otra son la misma aventura, el mismo destino. Y ese destino era inseparable del latir de las cosas, de los seres, de los sueños. Ha cantado Neruda a las cosas grandes, inmensas, torrenciales, como a las pequeñas, tiernas y silenciosas; al océano y a la gaviota, a la selva y a la cebolla, a la estrella y a la rosa, al cobre y a la alcachofa, al fuego y a la madera. Como él mismo dijo en su discurso al recibir el Premio Nobel de Literatura en la Academia Sueca, 'cada uno de mis versos quiso instalarse como un objeto palpable; cada uno de mis poemas pretendió ser un instrumento útil de trabajo; cada uno de los cantos aspiró a servir en el espacio como signo de reunión donde se cruzaron los caminos, o como fragmentos de piedra o de madera en que alguien, otros, los que vendrán, pudieran depositar los nuevos signos'. Por eso, si recordamos la grandeza y el genio de la poesía de Neruda, no podemos dejar de recordar también, en este momento de su muerte y de la muerte de una esperanza, lo que el hombre, el poeta que ha escrito esa obra excelsa, declaró en aquel solemne discurso. He aquí sus palabras, que apenas han sido difundidas:

'Metido en el escenario de las luchas de América, comprendí que mi misión humana no era otra sino agregarme a la extensa fuerza del pueblo organizado, agregarme con sangre y alma, con pasión y esperanza, porque sólo de esa henchida torrenciosa pueden nacer los cambios necesarios a los escritores y a los pueblos. Y aunque mi posición levantara y levante objeciones amargas o amables, lo cierto es que no hallo otro camino para el escritor de nuestros anchos y crueles países, si queremos que florezca la oscuridad, si pretendemos que los millones de hombres que aún no han aprendido a leer, que todavía no saben escribir ni escribirnos, se establezcan en el terreno de la dignidad sin la cual no es posible ser hombres integrales... Hay que mirar el mapa de América, enfrentarse a la grandiosa diversidad, a la generosidad cósmica del espacio que nos rodea, para entender que muchos escritores se niegan a compartir el pasado de oprobio y de saqueo que oscuros dioses destinaron a los pueblos americanos... Yo escogí el difícil camino de una responsabilidad compartida y, antes que reiterar la adoración hacia un individuo como sol central del sistema, preferí entregar con humildad mi servicio a un considerable ejército que a trechos puede equivocarse, pero que camina sin descanso y avanza cada día, enfrentándose tanto a los anacrónicos recalitrantes como a los infatuados impacientes. Porque creo que mis deberes de poeta no sólo me indicaban la fraternidad con la rosa y la simetría, con el exaltado amor y con la nostalgia infinita, sino también con las ásperas tareas humanas que incorporé a mi poesía.'

La mano que ha escrito esas palabras es la misma que ha escrito *Veinte poemas de amor y Crepusculario, Residencia en la tierra y España en el corazón, el Canto general y las Odas elementales, Memorial de Isla Negra y Estravagario*, y tantos otros libros llenos de amor y de esperanza, de furias y penas, de fe en el hombre y en su destino. Recordando un verso de Rimbaud.—'A l'aurore, armés d'une ardente patience, nous entrerons aux splendides villes',— Neruda terminaba así su discurso: 'Sólo con una ardiente paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres. Así la poesía no habrá cantado en vano.' Aún hoy, si viviera, podría repetir Neruda, a pesar de la catástrofe que se ha abatido sobre su pueblo, esta última frase. Su poesía, en efecto, no ha cantado en vano, ni para Chile, ni para el mundo.

LA ÚLTIMA VEZ QUE VI A NERUDA

□ VICENTE ALEIXANDRE

Sonaban los cañones. De vez en cuando, lejos, el estampido sordo. A veces cruzando el cielo de la capital lo que en la jerga madrileña se llamaba un obús, que no se sabía dónde iría a descargar. Otras veces, días enteros sin un eco; sólo con su inminencia.

En distinta ciudad, en Valencia, se celebraba un Congreso internacional de escritores (era en 1937), para mostrar su simpatía por la causa de la República y recabar ayuda moral y material para la lucha entablada. Asistían intelectuales de Europa y América y en aquella época dolorosa tuvo gran resonancia entre muchos elementos de la inteligencia mundial. Entre los actos del programa estaba una visita colectiva al Madrid casi cercado, con una sesión en él que quería ser como un símbolo.

Yo estaba en cama, desde hacía tres meses, con una recaída de mi enfermedad renal, ajeno a las sesiones aunque no enteramente desconocedor de lo que allí se decía ni de lo que allí se quemaba.

Recuerdo la visita de María Teresa y Rafael Alberti, mi compañero de generación y mi amigo desde la adolescencia. La llegada de otros, por ejemplo Carlos Pellicer, el poeta mexicano, ya entonces de creciente renombre. Y algunos más que con generosidad, a veces sin conocerle, en la visita a la ciudad dedicaban algunos minutos al enfermo. Nunca lo he olvidado.

Una tarde, lo recuerdo muy bien, en la casa familiar se abrió la puerta para dar paso a un amigo entrañable. Yo, débil, con fiebre, sentí como una sombra adelantadora que me sonreía. Entraba sin hacer ruido, seguido de Delia, casi como si no quisiera ser sentido, como si la entrada fuere ya una forma de su cuidado. Penetraba como afelpadamente, blando como la pesadez de una ternura que se desvive, y sonreía casi como con un dedo en los labios para que yo no me alterase. Desde octubre no nos veíamos, y ahora yo no le esperaba.

Nos habíamos conocido tres años antes, cuando llegó a Madrid, como vicecónsul de su país (aún creo que estaba Gabriela Mistral) y fue Federico García Lorca el que lo llevó a casa. (Me lo había anunciado unos meses antes: 'Viene a España el poeta chileno Pablo Neruda, que he conocido en Buenos Aires, y seréis grandes amigos.')

Aquel día primero, meses después, con Federico entraba en Velintonia, grande, imponente, con una lentitud acariciadora, como envuelto en una enorme piel que te rozase confortadoramente. Un oso grande, dadivoso. ¡Pero qué ojos hondos y ensoñados dentro! Ojos compendiadores de la vida y resueltos en una mirada benigna y abarcadora. Entraba en Velintonia, octubre de 1934, no he olvidado la fecha, y con una sonrisa despaciosa te ofrecía los brazos. Oso grande, con el bien del mundo, que transmitiese al mismo tiempo el calor de la tierra profunda. En aquella tarde primera él me traía su regalo: un libro, uno de sus últimos, de entonces, 'Tentativa del hombre infinito', si no me equivoco. En la guerra

se perdió, entre tantos tesoros. Yo le ofrecí uno mío: 'Espadas como labios'. Allí sellamos una amistad que tiene su fecha indeleble hasta el fin.

Pero ahora, en 1937, tres años después, él se adelantaba. Toda nuestra vida participada de los años madrileños la veía yo en su rostro. '¡Puras y alegres tardes del pasado!' diría yo entonces, con un verso de Altolaguirre. Un pasado-presente, inmediato, latido, silencioso, veraz en medio del fragor de la guerra. Tardes de Velintonia, con Delia, con Federico, con Miguel Hernández. Tardes con la poesía de cada cual y el brío compañero. Con Federico, que en su hechizo se diría parecía haber arrebatao el fuego para iluminar los rostros con su mera presencia. Con Miguel, bravo y tierno al mismo tiempo, el más joven, el que parecía todavía llevar su pie desnudo y su olor de retama en el pelo nativo. Con Manolito Altolaguirre, el ángel contra todas las paredes, en cuya casa habitaría Pablo más tarde, cuando su vivienda, la llamada 'casa de las flores', pasase a ser frente de guerra. En la casa de Manolo surgió la idea del homenaje a Herrera y Reissig. Federico, Pablo, Manolo, alguno más y yo, todos tomamos parte, cada uno componiendo su poema. Quizá la última iniciativa amistosa meses antes de la guerra, y creo todos los poemas se han salvado. Todos se leyeron en Velintonia, un día como otro cualquiera (con Delia), sin el menor énfasis. Porque aquella reunión amistosa era eso: reunión de amigos; unas veces venía uno, otras veces faltaban otros; pero todos presentes siempre, con esa admirable continuidad de la juventud.

Todo esto se adelantaba en la sonrisa casi hecha de lana y luz cuando Pablo, en aquella otra tarde, tan diferente, ipero tan igual!, se acercaba hacia el enfermo, en julio de 1937. Los veo a los dos, a él y a Delia, sentarse en el borde de mi cama. Oigo la voz pausada, la voz acompañadora (que tenía como un ritmo lentísimo del alma) de Pablo. Probablemente, la voz más físicamente acompañadora que yo haya escuchado nunca. Delante, sentada, Delia; detrás, él, sentado lo mismo, con su brazo apoyado en el hombro de ella y desde allí adelantándolo, moviéndolo esclarecedoramente. Si sonaba el sordo cañón, Pablo lo oía y parecía neutralizarlo. Tanta compañía daba que parecía hacer una selva a su alrededor donde estuviéramos a salvo.

¡Tantos proyectos, tantas esperanzas! Pero él no quería hablar sino de mí, de mi invalidez, de mi enfermedad. Soñaba. 'Mañana te vienes con nosotros. Te llevamos a París. Allí, en un hospital que dirige un amigo nuestro, estarás como te hace falta, como necesitas.' Un brillo había en sus ojos, como un fogonazo que me transportase. Era imposible, pero él me veía como en las mil y una noches —a través de lo que él podía también tener de oriental— volando instantáneamente en la alfombra mágica, quizá sostenido sólo por la lumbre de sus miradas. Allí conmigo los dos. Tarde de metralla y cariño que veo aún presente.

Allí estuvieron los dos porfiando en lo que no podía ser. Pablo como con un ensalmo de su palabra nunca más de poeta, nunca más humano, nunca más poderoso del bien, que quería curarme de mi dolencia con el hechizo de su voluntad.

Se marcharon como una sombra. Casi como él dijo de otro poeta; con una 'voz de naranjo enlutado'. Y desapareció en el quicio de una puerta. 'Vendremos por tí', dijo como un susurro.

No he olvidado aquella tarde, la última de Pablo Neruda conmigo, y que no tuvo fin. Años y años ha alentado en palabras, en recuerdo, en envíos mudos hasta la culminación final de su poema, en 'Memorial de Isla Negra', donde, entre tantas cosas, al hacer recapitulación de su vida, revive los años cuando él venía a Velintonia 'donde está todavía Vicente Aleixandre', 'con sus ausentes'.

Sí, con él. El poeta que arrastró sangre y vida y experiencia totales y pudo decir: 'Estoy herido en solamente un pétalo. Sí, herido. Pero hoy muerto, trágicamente acabado, y su Chile en nuestro corazón.' □

PABLO Y EL AGUILUCHO

□ FERNANDO ALEGRIA



La muerte empieza por las piernas, me dijo Pablo Neruda una vez en un taxi, y miró los rascacielos, los ascensores, los voluminosos autobuses amarillos, y pareció cansado. Después, meses más tarde, escuché su voz por teléfono; estaba en cama junto al ventanal desde donde observaba a su gran padre, misterioso y lento, moviendo el tiempo como olas contra la materia oscura de las rocas de Isla Negra. Se acomodaba para morir. Manejaba papeles, escribía frases en una luz verde cada vez más opaca, examinaba la arena allá abajo, las espas azules y rojas de la portulaca, el oro de las amapolas, hubiese querido bajar a dibujar signos secretos con el dedo o con una varilla dirigir el humo del atardecer directamente hacia el cielo. Su aposento estaría más hondo, imperturbable y a la espera.

'No salgo al mar este verano: estoy encerrado, enterrado, y a lo largo del túnel que me lleva prisionero oigo remotamente un trueno verde, un cataclismo de botellas rotas, un susurro de sal y agonía. Es el libertador. Es el océano, lejos, allá, en mi patria, que me espera.' (1)

¿Qué patria era ésa? Creo que al final Neruda pudo referirse a una patria más allá de la muerte, morada extraña para él, materialista siempre, sereno evaluador de ruinas y de cuerpos. Neruda prefería no cegarse ante el esplendor primaveral de un cuerpo amado, ni se apartaba de la realidad última que debía, según él, consumirlo por completo. En *Residencia en la tierra* la muerte pudo ser una ola más en la medida del mar que va robándose día a día la playa, cierta consideración de materias-símbolos en su paso por el mundo, desgaste necesario, repartición en semillas, persistencia vegetal, algo que va envolviéndose con paciencia maternal y con el peso de una negación que no llegamos a comprender. Muy seguro de su ideología, en el *Canto general* puede hablar en nombre de un yo cósmico y distribuir sus bienes entre individuos y entes colectivos. Reparte libros y casas como quien reparte un tiempo no del todo suyo ni tampoco enteramente identificable. Su herencia es un credo, su muerte una bandera en alto. Pero, frente a la puerta estrecha, al considerar un cáncer avanzado, de pronto la muerte adopta nombre y apellido, se detiene frente a él y lo mira a los ojos, sin afeites ni alegorías, y, entonces, Neruda nos sorprende porque devuelve la mirada con igual seguridad y tranquilo desplante.

En su poesía última, ésa que se publicó póstumamente, Neruda especula sobre la muerte con la claridad cortante, iluminada, de los místicos españoles y, si no del todo como ellos, al menos a la manera de un místico al revés: con el aplomo de

Quevedo, descargando también el polvo sobre la luz:

*'Y para ti qué son en este ahora
la luz desenfrenada, el desarrollo
floral de la evidencia, el canto verde
de las verdes hojas, la presencia
del cielo con su copa de frescura?
Primavera exterior, no me atormentes,
desatando en mis brazos vino y nieve,
corola y ramo roto de pesares,
dame por hoy el sueño de las hojas
nocturnas, la noche en que se encuentran
los muertos, los metales, las raíces,
y tantas primaveras extinguidas
que despiertan en cada primavera.'* (2)

No es que Neruda adopte de pronto posturas metafísicas. No, porque la muerte a esas alturas deja de ser para él un paso hacia otra condición y se convierte tan sólo en la comprobación de lo que el hombre puede conservar consigo al entrar en las raíces de las que realmente no salió nunca. Nada de deslumbramientos. Cuerpo únicamente en proceso de redescubrirse, o de abrirse como una flor o un fruto para los cuales estallar es un acto de amor, es decir, un asalto y una pausa. En sus más hermosos y profundos textos poéticos de 1972 y 1973 Neruda habla con cierta conciencia muy firme de eso que Pierre Teilhard de Chardin llamó *unidad humana*.

Neruda busca el final como un anillo que va a ceñirlo en los dedos de otros hombres y mujeres buscadores, como él, de tiempo innecesario, de espacio sin abismos ya y sin fronteras. No busca transmutaciones sino al nivel de la tierra, del mar y de las estaciones.

Detengámonos aquí, pues creo que es el momento de contar una extraña experiencia de la muerte que da a Neruda una especie de confirmación de su intuición de la eternidad.

Una tarde de 1973, haciendo la pausa extensa, vigilia renovada, que seguía a sus siestas sonoras, Neruda le dice al doctor Francisco Velasco, que conoce muy bien su condición:

—¿Y tú crees que se acaba todo con la muerte?

El doctor, observando la mirada de perfil del vate, mezcla de superior sabiduría y burla, y presintiendo la confidencia, responde que sí. Todo se acaba.

—Yo, dice Neruda, creo, por supuesto, en la reencarnación.

La pregunta que sigue es como dictada por él: ¿Y en qué te vas a reencarnar tú?

—En pájaro, contesta Neruda, naturalmente.

¿Y en qué clase de pájaro?

—En águila.

El doctor acepta la respuesta como una metáfora. En septiembre de 1973, lúcidamente consciente de lo que ocurre a su alrededor, Neruda entra a una especie de agitación afiebrada en que constata con gran alarma dos hechos aplastantes: la muerte no es tan sólo una urgente confrontación individual; es, asimismo, un examen de responsabilidades en plano colectivo. Esta agitación va en aumento: su condición se agrava; ve y escucha detalles de lo que ya va en vías de concluir. Hay instantes de delirio, pero también de silenciosa reflexión. En esos días y esas

noches se desarrolla un discurso poético a niveles de profundidad no conocidos por él, progresión impetuosa de imágenes en conflicto interno. Si, en las circunstancias de un accidente, la víctima, según se dice, ve pasar toda su vida en un solo *flash* vertiginoso, en la agonía de Neruda parece ser que su poesía entera se prendió durante algunas horas y se quemó, luego, a fogonazos, entre frases destroncadas, sonidos aislados, voces perdidas en una corriente helada. Hay más de un intento de transcripción de tales momentos. Pero no es ésta la ocasión de comentarlos. En cambio, si será oportuno recordar sus palabras sobre la reencarnación.

En marzo de 1974 —enterrado ya Neruda en el Cementerio General de Santiago—, el doctor Velasco regresaba de su jornada diaria en el Hospital de Valparaíso a 'La Sebastiana', la casa que compartió durante años con los Neruda. Acercándose, advirtió una aglomeración de vecinos en la puerta de calle, alguna conmoción inusitada. A sus preguntas respondieron que un pájaro se había metido en la parte de la casa donde estaba el escritorio del poeta y que, a pesar de los esfuerzos del cuidador, resultaba imposible hacerlo salir. El doctor subió armado de una escoba, entró a la pieza y se enfrentó con el extraño visitante. Era un aguilucho, pájaro de las montañas chilenas, hosco, casi fiero, que de espaldas contra la pared aleteaba frenéticamente defendiéndose con todas sus fuerzas de sus atacantes. El aguilucho volaba desatentado dándose golpes contra la ventana y el techo, estirando las garras, perdiendo terreno. Crispado, pálido, el doctor consiguió abrir los postigos y, empujándolo con el palo, puso al aguilucho en libertad.

La pregunta es de cajón: ¿En libertad de qué? ¿De volar? ¿De quedarse? Neruda responde:

*'Por encima de todo fue pasando
un vuelo*

y otro vuelo

de aves oscuras, cuerpos invernales,

triángulos temblorosos

cuyas alas

agitándose apenas

llevan de un sitio a otro

de las costas de Chile

el frío gris, los desolados días.

Yo estoy aquí mientras de cielo en cielo

el temblor de las aves migratorias

me deja hundido en mí y en mi materia

como en un pozo de perpetuidad

cavado por una espiral inmóvil.

Ya desaparecieron:

plumas negras del mar,

pájaros férreos

de acantilados y de roqueríos,

ahora, a medio día

frente al vacío estoy: es el espacio

del invierno extendido

y el mar se ha puesto

sobre el rostro azul

una máscara amarga.' (3) □

NOTAS

(1) Jardín de invierno, Buenos Aires, Losada, 1974, pgs. 44 - 45.

(2) 'Con Quevedo en Primavera'. *ibid.*, p. 32

(3) 'Los triángulos', *ibid.*, p. 90.

NERUDA: POETA Y LUCHADOR

□ ENRIQUE KIRBERG

En esa madrugada los prisioneros de la Isla Dawson habíamos terminado de cantar la canción nacional cuando observamos extrañados que el soldado, al izar la bandera, la había dejado a media asta. Nos hicimos algunas conjeturas y al final le preguntamos a un teniente. Este vaciló pensando si era o no un secreto de la seguridad nacional y al final nos dijo: 'Neruda ha muerto y la Junta decretó duelo nacional.'

Para los prisioneros fué un golpe rudo. Sabíamos que estaba enfermo, pero no tanto. ¿Lo habrían asesinado? Al anochecer, escuchando clandestinamente la Radio Moscú conocimos los hechos: Neruda falleció porque no se pudo prestarle auxilio oportuno, el toque de queda no hizo excepciones para el poeta quien agravado por los acontecimientos de su patria, no pudo ser trasladado al hospital y así perdió la vida. Supimos de su casa asaltada y saqueada como también supimos que su funeral fué una valiente y vibrante demostración popular que ganó la calle y fué sepultado a los himnos de la Canción Nacional y de la Internacional, como él lo hubiese querido.

El duelo nacional decretado por la Junta Militar fué sólo un acto hipócrita, destinado a la publicidad exterior, ya que el mundo aún se estremecía con las noticias del golpe militar, el asesinato de Salvador Allende y de miles de patriotas.

La humanidad había perdido uno de sus más grandes poetas. Porque Neruda fué un poeta integral. Junto a la belleza de su poesía y la claridad de su expresión estaba su compromiso con la lucha del pueblo a la que se dedicó por completo como poeta.

Su trayectoria comienza con gran vigor a temprana edad. 'Crepusculario' es editado en 1923 cuando sólo tenía 19 años y al año siguiente apareció su célebre '20 Poemas de Amor y una Canción Desesperada'.

Su vida de cónsul, que comenzó en 1927 en Rangún, le abrió los amplios horizontes del mundo en una visión, no sólo poética, sino de la vida misma. Colombo, Batavia, Singapur, Buenos Aires y Barcelona fueron lugares vividos en cerca de una década para terminar en 1935 en Madrid, lugar de acontecimientos que iban a repercutir tan profundamente en su alma sensible de poeta.

Era la España del Frente Popular. Emergiendo de la larga noche monárquica y feudal, el pueblo se aprestaba para reconstruir su patria. El alzamiento de los generales contra el gobierno popular, que a los chilenos nos evoca trágicos recuerdos, se produjo en 1936 cuando Pablo Neruda era el Cónsul General de Chile en Madrid. Allí fué testigo del fervor popular, de la brutalidad fascista y de la decisión de lucha que emanaba del pueblo español. En su verso le dice a los generales:

*Frente a vosotros he visto la sangre
de España levantarse
para ahogarnos en una sola ola
de orgullo y de cuchillos.*

Y en ese mismo poema, a continuación, explica la evolución del poeta:

*Preguntareis por qué su poesía
no nos habla del suelo, de las hojas,
de los grandes volcanes de su país natal
Venid a ver la sangre por las calles,
venid a ver
la sangre por las calles,
venid a ver la sangre
por las calles.*

Allí y en ese tiempo comenzó a escribir su hermosa obra poética 'España en el Corazón' —que se editó al año siguiente 1937— y allí comenzó su convencimiento que sólo el artista era tal cuando vibraba junto a los que luchan contra la injusticia, cuando estaba junto al pueblo y sus gestas heroicas.

'Aunque el carnet militante lo recibí mucho más tarde en Chile, cuando ingresé oficialmente al partido —dice en sus 'Memorias'—, creo haberme definido ante mí mismo como un comunista durante la guerra de España. Muchas cosas contribuyeron a mi profunda convicción.'

Por su participación en la defensa de la República Española, el gobierno de Arturo Alessandri decidió alejarlo de su cargo de cónsul. Después de unos meses de intenso trabajo de solidaridad con el pueblo español desarrollado en París, en el cual figuró el Congreso Mundial de Escritores por España, regresó a Chile. Allí siguió participando en el vigoroso movimiento chileno de solidaridad con España.

Tengo fresco el recuerdo de algunas de sus actividades. Estaba programada la visita a Chile del Ministro de la República Española Indalecio Prieto que hablaría al pueblo de Santiago en el Estadio Nacional. Arrendamos un gran automóvil abierto, instalamos un equipo de altoparlantes de la época y Pablo subió y se instaló a hablar durante horas mientras el coche recorría lugares populares. En verso invitaba a la gente a concurrir al acto. Y fué un gran acto. También lo recuerdo recorriendo, con un grupo, la Avenida Bulnes donde se celebraba un festival de solidaridad con el pueblo español. Llevaba entre sus manos una gran alcancía cuyas monedas hacía sonar al compás de su grito 'Viveres para España' solicitando la ayuda de los transeúntes. Se trabajaba activamente por enviar un barco con viveres para España.

En 1939, elegido ya Presidente por el Frente Popular, Pedro Aguirre Cerda, en cuya campaña nacional Neruda jugó un activo papel, fué designado Cónsul Especial en Francia para preocuparse de los refugiados españoles después del término de la guerra. A él se debió el viaje a Chile de centenares de refugiados, la mayor parte en el famoso barco 'Winnipeg.' Durante el período de la guerra de agresión fascista, participó activamente en las tareas de solidaridad con las democracias. Por esa época escribe sus conocidos 'Canto de Amor a Stalingrado'. ¿Recuerdan?

*Yo escribí sobre el tiempo y sobre el agua
describí el luto y su metal morado
yo escribí sobre el cielo y la manzana
ahora escribo sobre Stalingrado.*

Su ingreso al Partido Comunista fué un acto natural y lógico en su vida. En 1945 fué elegido senador del Partido

por las provincias nortinas de Tarapacá y Antofagasta después de una hermosa campaña por las pampas de esas áridas provincias. En esas jornadas tomó íntimo contacto con los pampinos del salitre, los mineros del cobre, del yodo, del azufre y éstos jamás olvidaron la fecunda convivencia con el poeta.

*Norte, llego por fin a tu bravo
silencio mineral de ayer y de hoy
y no te traigo un corazón vacío,
te traigo todo lo que soy.
Porque la patria lleva en su cintura
talvez un ramo de copihue en flor,
pero en el esplendor de su figura
lleva brillando en su cabeza oscura
una corona de sudor.*

Al año siguiente comenzó la política represiva de Gabriel González Videla, colocando fuera de la ley al Partido Comunista, persiguiendo a miles de obreros, campesinos, intelectuales y estudiantes. Inauguró el campo de concentración de Pisagua que llenó de luchadores patriotas. Yo fui relegado a Empedrado. Los comunistas fueron tenazmente perseguidos, pero una vez más el Partido Comunista demostró que era indestructible.

En 1948 Neruda pronuncia en el Senado su famoso discurso 'Yo Acuso' por el cual se le sigue un proceso y la Corte Suprema, ¡cuándo no!, aprueba su desafuero como senador y los Tribunales ordenan su detención. Neruda permanece oculto en el país y escribe el 'Canto General'.

En 1949 el partido decide que Neruda debe salir del país lo que hace por el sur, cruzando la cordillera a caballo acompañado de fieles arrieros.

'Teníamos que cruzar un río. —escribe en sus 'Memorias'— Esas pequeñas vertientes nacidas en las tumbres de Los Andes se precipitan, descargan su fuerza vertiginosa y atropelladora, se tornan en cascadas, rompen tierras y rocas con la energía y la velocidad que trajeron de las alturas insignes: pero esta vez encontramos un remanso, un gran espejo de agua, un vado. Los caballos entraron, perdieron pie y nadaron hacia la otra ribera.

Pronto mi caballo fué sobrepasado casi totalmente por las aguas, yo comencé a mecarme sin sostén, mis pies se afanaban al gairete mientras la bestia pugnaba por mantener la cabeza al aire libre. Así cruzamos. Y apenas llegados a la otra orilla, los baquianos, los campesinos que me acompañaban me preguntaron con cierta sonrisa:

—¿Tuvó mucho miedo?

—Mucho. Creía que había llegado mi última hora —dije.

—¡bamos detrás de Ud. con el lazo en la mano —me respondieron.

—Ahí mismo —agregó uno de ellos— cayó mi padre y lo arrastró la corriente. No iba a pasar lo mismo con usted.' Estuvo un tiempo en la Argentina. Desde allí dice, y nosotros con él:

*En tierras argentinas
vivo y muero
pensando en mi patria,
escogiendo
de día lo que a Chile me recuerda,
de noche, las estrellas
que arden al otro lado de la nieve.*

En el extranjero desarrolló una intensa actividad en la solidaridad con el pueblo de Chile —como lo haría ahora si viviese— movilizándolo a miles de escritores, poetas y artistas.

En vísperas de Año Nuevo, Gabriel González asiste a un acto en la Universidad de Chile. A la salida, en la puerta, un joven estudiante logra acercársele y le dice que él es un

poeta y que ha escrito una poesía que quiere que el Presidente la honre leyéndola. Desaparece después que González le felicita y le promete leerla. El poema, que era de Neruda, fué dado a la publicidad clandestinamente y se titulaba 'González Videla, el Traidor de Chile' y contenía una despiadada condenación al gobierno de González. Poco después aparecía el 'Coral de Año Nuevo para la Patria en Tinieblas' en cuyo segundo verso decía:

*Feliz Año chilenos para la patria en tinieblas,
feliz año para todos, para cada uno,
menos uno.*

En 1952 regresa a Chile a participar en numerosas actividades tanto nacionales como mundiales. Organiza el Congreso Continental de la Cultura, participa en las campañas políticas y en las primeras candidaturas de Salvador Allende sin dejar de producir su copiosa poesía que es traducida a decenas de otros idiomas.

Su vida la consagró a la solidaridad con los hombres y los pueblos de las causas justas: España, Brasil, Vietnam, Santo Domingo, Guatemala recibieron su activa y combatiente adhesión.

La casa de Neruda, Michoacán, en La Reina se convierte en un centro de actividad cultural y política. Allí tienen lugar importantes reuniones de organizaciones populares y artísticas, tanto nacionales como extranjeras.

'Han pasado unos cuantos años desde que ingresé al partido —escribe en sus 'Memorias'—...estoy contento...Los comunistas hacen una buena familia...Tienen el pellejo curtido y el corazón templado...'

Finalmente la Unidad Popular elige a Salvador Allende a través de una intensa campaña en la que Neruda toma parte activa.

Fuó designado Embajador en Francia. Al decir de un grupo de intelectuales franceses, fué un regalo para Francia. La Embajada chilena fué el centro de actividad cultural al más alto nivel. Tuve el privilegio de asistir en dos oportunidades a almuerzos-reuniones en esa Embajada. Al año siguiente, en 1971, Neruda obtiene el Premio Nobel de Literatura, un galardón que hacía muchos años tenía ganado y que por razones políticas no le fué otorgado hasta entonces. Muchos de ustedes seguramente recuerdan la fiesta que ello significó para el pueblo chileno que a su regreso lo recibió en el Estadio Nacional. El general Carlos Prats pronunció el discurso de bienvenida.

La última vez que ví a Pablo Neruda fué a mediados de 1973 en Isla Negra. Había invitado a los rectores de las tres universidades de Santiago para darles a conocer su decisión de crear una Fundación destinada a ayudar a poetas y escritores. Tendría como centro la propiedad de Neruda en Isla Negra y se financiaría con un aporte inicial suyo y con el producto de sus libros después de su muerte. Proponía que las universidades tomaran parte en esta Fundación y tuvieran a su cargo la dirección. El rector de la Universidad Católica Fernando Castillo Velasco, el Vice Rector de la Universidad de Chile profesor Bitrán y yo por la Universidad Técnica del Estado, aceptamos con agrado la idea y recibimos los escritos conteniendo el proyecto. Pablo Neruda, su vida y su poesía tuvo y sigue teniendo un fuerte impacto en la juventud. Es... 'el Neruda que nos trajo al mundo' —escribió Castellano—, un joven poeta de la época 'DopoNeruda' como él la llama. 'En el corazón de nuestra adolescencia Neruda nos enseñó a fijar la imagen poética...Su poesía nos salvó de la castración, de la muerte del alma. Neruda ha sido y es una fuerza antifascista que opera desde la parte más viva y eléctrica de la conciencia', dice.

Al poeta lo acompañaron a su tumba los chilenos más valientes. Estuvo, en su muerte, rodeado por el pueblo, como siempre lo estuvo. Como él mismo lo dijo al recibir el Premio Nobel:

'Nuestras estrellas primordiales son la lucha y la esperanza. Pero no hay lucha ni esperanzas solitarias.' □

CONTRA EL OLVIDO

□ JULIO CORTAZAR

Acaso la totalidad de la literatura y del arte de la humanidad se explican esencialmente por un angustioso deseo: el de fijar lo efímero, lo que fluye en el tiempo y lentamente deriva hacia el olvido. Cuando Fausto, en el poema de Goethe, suplica al puro instante que apenas nacido se vuelve ya pasado: '¡Oh, detente! ¡Eres tan bello!', su grito resume la desesperación y la nostalgia de quien quisiera abolir esa fuga perpetua, esa corriente heracliteana en la que nadamos junto a todo lo que resbala y transcurre en el río del tiempo. Hay obras humanas que sólo se explican por responder desde lo más hondo a ese deseo irrealizable: la de Proust en la escritura, la de Alain Resnais en el cine. Y esto, que nada tiene de original, me volvió a la memoria hace unos días después de ver una película del chileno Sergio Castilla que se llama *Prisioneros desaparecidos*.

Digo de entrada que la obsesión de fijar el instante fugitivo no entra en las intenciones de Castilla, puesto que ese instante, ampliado hasta abarcar unos pocos días, es demasiado horrible y demasiado monstruoso para querer detenerlo. Muy al contrario, al reconstruir a base de documentos y testimonios la realidad de un centro de tortura de prisioneros políticos en Santiago de Chile, la película se propone abolirlo en el futuro a través de la denuncia, de la reacción que provoca en el público, y de la influencia que esa reacción pueda tener en la conciencia y por lo tanto la conducta de los espectadores. Pero al mismo tiempo Sergio Castilla ha tratado de condensar para la memoria una realidad infrahumana que estos últimos años latinoamericanos han ido filtrando y revelando a través de la prensa, de los libros, de las investigaciones de organismos internacionales como el tribunal Bertrand Russell, por ejemplo, pero que en esta especie de pantalla de televisión non-stop en que se está convirtiendo cada vez más la historia contemporánea, terminan por adelgazarse, diluirse y finalmente perderse en un olvido multitudinario a la hora en que las multitudes son reclamadas a cada instante por nuevos acaeceres de la historia, por nuevos juegos de circo del planeta.



Prisioneros desaparecidos no ha sido para mí una experiencia fuera de lo común, en la medida en que sus imágenes casi constantemente insoportables no hacen más que encarnar todo lo que a lo largo de estos años he escuchado a los argentinos, chilenos, uruguayos, paraguayos y brasileños que testimoniaron en las sesiones del tribunal Russell. Que nadie pretenda decirme que esas imágenes exageran o fuerzan la realidad, cuando precisamente es lo contrario puesto que sólo son imágenes y les falta el indescriptible horror que acompaña un relato dicho por las mismas bocas que un día dejaron escapar los verdaderos alaridos del torturado. Pero a la vez, vista con ojos de un escritor de ficciones, la película de Castilla me trajo un sentimiento de algo insólito, en el que lo conocido y lo imaginado se tocaban por encima o por debajo de la realidad usual. Más tarde, ya en la calle, comprendí por qué: sin saberlo, Castilla y yo habíamos trabajado en un díptico, en dos obras diferentes unidas por un eje central que anula esa diferencia y la vuelve unidad. Hace cuatro años, antes de que en Chile o Argentina los 'prisioneros desaparecidos' fueran las víctimas de una nueva técnica de la represión fascista, se me ocurrió un relato que titulé *Segunda vez* y que cuenta cómo una muchacha convocada a una oficina gubernativa en Buenos Aires descubre que la persona que la había precedido en esa oficina ha desaparecido bruscamente, sin que nada explique la razón y sin que una larga espera aclare finalmente las cosas. Poco tiempo después de escribir ese cuento, el método empezó a aplicarse en gran escala en mi país y en Chile, y nadie ignora hoy su patética denuncia por parte de esas mujeres a quienes se califica de 'las locas de la Plaza de Mayo'. No es sorprendente, entonces, que el libro donde se había incluido ese relato no pudiera aparecer en la Argentina; lo imaginario se había vuelto carne y sangre, al igual que en otro cuento llamado *Apocalipsis de Solentiname*, que respondía también a una realidad imaginada dos años atrás y que fue igualmente censurado por la junta.

La película de Sergio Castilla me muestra hoy la continuación exacta de mi relato, desde el momento en que alguien atraviesa una puerta y entra en el infierno del que ya no saldrá vivo o perderá toda condición humana. Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, sus imágenes empiezan exactamente ahí donde terminaban mis palabras. Y los dos, ahora, sabemos más que nunca que ese díptico que hicimos sin sospechar su alianza profunda, estaba y está destinado a luchar contra la memoria que desfallece, contra eso que llaman la ley de la fatiga, contra la aceptación de lo inaceptable en el avance del olvido, ese gusano que roe el presente para volverlo conformidad y mentira. □

EL RELOJ DE PORCELANA

□ EDGARDO MARDONES



Después de leer en el Mampato las historias de guerreros, pararan-pam-pam-pararan-pam-pam Pam Pam! desfilas con un palo, en círculo, haces giros, presentación de armas, paso de parada, la vista hacia el lado, saludas a tus generales. Me has reconocido. Yo con barba, dos meses incomunicado, labios hinchados, golpes impresos en el rostro. Nada. Ni mi nombre falso te engaño, lo ví en el tic nervioso de tu ojo derecho, el paseño mantenido en toda la entrevista. En tu pieza dejas caer con suavidad las botas recién lustradas, enciendes un Pall Mall, llenas medio vaso de Johnny Walker lo bebes de un trago, te recuestas sobre la cama, mierda, dices, miras tu diploma, colgado frente a tu cama, embutido en un marco de falso estilo barroco. Mierda, buscas alguna humillación, alguna traición, una simple mariconada que yo te haya hecho en la infancia, para así poder justificar tu odio, resistir con una sonrisa leve, mis gritos de dolor. Llenas un vaso de Johnny Walker, mierda, Dios, Patria, Bandera, se desvanecen, pienso que vas a llorar, mierda, vacías la botella, mierda, deja ya de gritar, dices, pones tus manos sobre los oídos.

Tu adolescencia solitaria, rumiada en silencio, en rincones oscuros, soñando bailar, bailando con la Rosarito: pelo negro, sobre los hombros, tez morena, ojos verdes, tetas duritas, cuerpo de venus, vientre de brasa que hace mojar nuestros calzoncillos de pendejos que éramos. Nunca quisiste a Galileo, menos a Aristóteles. Nada con los poetas del siglo de oro. En tardes calurosas de verano recibes en tu pieza a Carlo Magno, a Bernardo O'Higgins que repite para ti, infinitas veces el salto del desastre de Rancagua. Quien nunca entra a tu pieza es Napoleón, no le perdonas Waterloo. En 1971 me invitas a tu graduación como sub-teniente, no es sorpresa. Como ahora capitán, finalmente famoso, te envidian; te envidiamos, quisiéramos levantarte una estatua, una de carne, capitán, levantarla con cada trozo de tu cuerpo. El ascenso a teniente lo recibes en el burdel de la Tía Juana, es tiempo que tenga su paloma, dice el comandante, una hija de hacendado, teniente, suaves, refinadas, sumisas, cero kilómetro, virgencitas, teniente,

a tí te parecen consejos de un superior, pero es una orden, hay que casarse, tomas impulso para contarle al comandante, tengo una novia que se llama Mariá, hija de un jubilado del servicio público, comandante, es criolla, nació entre mañíos, calafates, y el olor espeso de bostas de ovejas, machos cabríos, machos como usted, comandante, que es re-quetemacho, el padre es hombre de empresa tiene un par de camiones de transporte, un negocio de abarrotes, tres casas, cómo se llama, corta el comandante, quién, el padre teniente, Juan Gonzalez, y la madre, Rosa, mi comandante, se te atraganta el aire, el apellido, teniente no ponga esa cara de pollo degollado, cara de huevón borracho, teniente le pregunté el nombre de la madre, hace calor no? comandante, no cree usted abrir una ventanita, teniente le pregunto el apellido de su suegra, Millalonco, dice una voz delgada y pitilenta que apenas logras articular, así que Millalonco, teniente, dice el comandante, se soba la cara, se acaricia el bigote, hace pedir otra botella de pisco, el comandante, paternal; piensa casarse teniente, sí, mi comandante, con una india teniente, creo en el amor mi comandante. Me gustan los románticos, teniente, no los calzonudos, enciende un cigarro, aspira profundo, ahora pues teniente que estamos ordenando esta casa de puta que existía en este país, pasea su mirada, delirante, ojos rojos por el alcohol, sobre el auditorium constituido principalmente por putas de rostros somnolientos y aburridos, si pues teniente, necesitamos románticos dispuestos a emular a los grandes próceres, llevando a feliz término la gran cruzada patriótica contra el marxismo internacional, contra el comunismo, el Papa rojo de Moscú, el Papa blanco del Vaticano, usted no sabe como se le meten en todas partes, como se infiltran los rojos, en las iglesias, en las escuelas, universidades, en la luna, en el sol, en el boliche de la esquina, quién no le dice que la misma puta Juana no sea también comunista, salud teniente por la gran cruzada, alza el vaso, tomado muy por el borde, tal vez con ligereza, despreocupación, sin que el comandante lo note o pueda impedir, el vaso se desliza de sus dedos cae precisamente en el marrueco del comandante, el líquido se esparce libre, mierda, dice el comandante cuando siente que el líquido toca e invade sus testículos. Tome asiento teniente, se sirve un Whisky? Es por la Mariá, lo quiero ayudar, usted sabe? favor por favor, hay un puesto para usted, de confianza, teniente, ser fiel a nuestro Mesía general en jefe, comandante vitalicio de las fuerzas armadas que llevado por un perentorio deber histórico gobierna desde aquí y hacia todo el universo y galaxias por descubrir, enemigo secular, celular del comunismo, amigo irrestricto de los boys del norte de América, ¿otro Whisky? moralista indisoluble por la preservación cristiana, occidental, en medida tal que ha entrado en serio conflicto con la santa sede por cuestiones teóricas y prácticas; debiera exterminarse a todo aquel que por rasgo hereditario, de vecindad o simplemente se apellide 'Rogelio', Rojas o Rojas, sí, mi comandante, como usted diga, yo apechugo con la causa, por la patria libre, soberana, a limpiar moral y políticamente la corrompida, prostituida realidad nacional. Viva Chile, salud, teniente, sí,

mi comandante y venga un abrazo, seré como el Llanero Solitario meta bala contra los rojos, qué rico tener autoridad, poder fornicar con la Mariá, le diré, mi comandante, que la Mariá es re-cache- raza, cuando usted quiera se viene al casino y le hago el pase al wing, porque ahora estamos en confianza, no? mi comandante. Sale borracho a la mierda de la oficina del comandante con el nombramiento verbal y sectarial bailándole en los oídos la palabra Dina. Nos recuerdas a nosotros, huevones hipientos que un día se dejan barba, te cambian los malones de Rosarito por sábados musicales, otros barbudos que cantan canciones denunciando las injusticias, revolución, dale que hay que hacerla, y tú te la imaginas una masa invisible que entra a tu casa, sube las escaleras se mete a tu pieza a tu cama en tus testículos rompe los tomos ilustrados de Friás Valenzuela tus Húsares Trágicos de Jorge Inostroza la colección de Mampatos cuidadosamente empastada, te baja y te sube un miedo visceral que nunca te deja abrir los ojos a la altura de la verdadera historia, la que anda rodando por la calle, realidad miserable en que vive tu pueblo pero tu patria es Tarzán tu república el Llanero Solitario la serie de Walt Disney las novelas de guerra. Nosotros los barbudos, compañeros de Liceo leemos a Sade, Marx, Lenin, Mao...

Terminas la otra cajetilla de Pall Mall, bebes de una segunda botella de Johnny Walker, finalmente me odias, hay ese espacio necesario donde ubicar tu odio, ahora esperas, ahora sí, con una sonrisa leve, a que yo afloje, electricidad en los cocos en las encías en los dientes en las sienas; la información que te hará merecedor a una nueva medalla, otra que habrá de lucir tu mujer en algún desfile de moda, fiesta, té canasta, tú mujer que no es Mariá González Millalonco sino Piá Pereira de Echegirre. Por ello, para ganar ningún tiempo, porque sé que los que caemos aquí, soltemos o no la pepa, la denuncia, el nombre, la dirección; igual somos tirados en algún basural o enterrados en tu cementerio privado, pedí hablar contigo, capitán. Te hice llamar nada más que, sólo por ver el tío de tu ojo. Nombre y direcciones, preguntas con unos lentes oscuros que no te conocía, yo por joder enumero nombres: Juan Ruiz, Garcilaso de la Vega, Pedro Urdemales, Carlitos Gardel, Gabi Mistral, Piazzols, en Miguel de Cervantes y Saavedra pierdo el conocimiento, un balde de agua fría me trae nuevamente tu imagen, parece desconocer su situación, dices con un refinamiento que tampoco te conocía, si habla lo soltaremos, con indiferencia acaricias un anillo de rubí. El viento. El viento botó el reloj, digo y busco tus ojos, y a pesar de los lentes veo el tic repetido doblemente, con un gesto rápido haces como que arreglas tus lentes, no lo has olvidado, capitán, paranparanparan pam pam - paranparan - paran pampam! la guaripola de palo toca el reloj, lo bota, el reloj de porcelana que tu madre ama tanto. No me acuses, dices llorando. Fué el viento, el viento botó el reloj de porcelana digo a tu madre, a tu padre, a todo el mundo. Entiendes que esta vez tampoco voy a hablar. □

NAVIDAD EN PUERTO WILLIAMS

□ JOSE NARANJO

A Gary Becker, gran amigo, este cuento del mar de mi patria.

Había estado casi un año conmigo en la grandiosa soledad de la Isla Nueva. ¡Daba gusto verlo corretear las ovejas por los pastizales! Sus afilados colmillos apresaban las patas de las que abandonaban el rebaño, y, sin dañarlas, las hacía volver. Muchas veces, de vuelta de alguna cacería, nos sorprendió a medio camino el enloquecido revoloteo de la nevada, pero nunca sentí miedo porque - conociéndolo - confiaba en su instinto y en su olfato.

Había días en que corría horas y horas por la playa detrás de las gaviotas, entonces parecía un albatros que planeaba sin poder alzar el vuelo. Y en las noches, cuando algún buque pasaba por el canal - despertado por el traqueteo de los motores - sus metálicos ladridos me hacían abandonar la litera, muchas veces lloviendo o nevando. Todo lo captaba vivazmente y el vuelo de un pájaro, el chillido de una rata o la caída de una hoja, lo hacían erguirse y observar inquieto.

Fué el mejor centinela del Beagle, sólo le faltaba hablar, pero si hubiera hablado - seguramente - no habría sido tan humano como era...

A principios de Diciembre me avisaron que me iban a relevar. Pasó a buscarme el Remolcador 'Fuentealba'. Por supuesto que no dejé a mi perro, lo embarqué conmigo de regreso a Puerto Williams. Nunca sospeché lo que nos esperaba. ¡Qué distinta estaba la Base, ahora convertida en infierno por el fatídico Capitán Ibarra! ¡Cuánta desolación había sembrado ese Atila sin caballo, que quemaba el pasto con su sola sombra!

Ya no quedaban perros en la isla con todas las cacerías que había ordenado. Decenas y decenas de animales fueron a engordar centollas en los centolleros de la Base, a vista y paciencia del abúlico Comandante Cancino, que nunca dijo nada. Silbaban las balas disparadas contra las indefensas bestias, que caían muertas después de dos o tres macabras volteretas.

¡Pobre 'Coné'! Me pesó mil veces haberlo sacado de la isla Nueva. Fué avanzando Diciembre. En la población soplaban aires navideños. Se respiraba alegría, a pesar del siniestro Capitán Ibarra, y las tarjetas llegaban del continente - como vistosos heraldos - portando augurios.

El día 23 llegó la Flotilla Antártica. Dos buques fondearon a la cuadra de nosotros. Hubo fútbol entre las dotaciones de tierra y las de a bordo y estuve casi toda la tarde en la cancha presenciando los encuentros.

En la noche, cuando fuí a llevarle la comida al 'Coné' no lo encontré en el escondite donde lo ocultaba. Lo busqué por todos lados, infructuosamente, pero - como no había escuchado ningún tiroteo - tenía la casi certeza de que no lo habían muerto. Seguí buscándolo para esconderlo de nuevo, con una minuciosidad absurda, pero no pude hallarlo. Al día siguiente me contaron que lo habían visto con el Suboficial Seman.

- El viejo se lo llevó de aquí - me dijo Peña. Y alguien hizo un comentario que me heló la sangre:

- Pobre perro, el viejo se lo va a comer...

Me aseguraron que acostumbraba hacerlo; que no todos los perros que mataba con sus artilleros iban a engordar las centollas, muchos - convenientemente adobados - se transformaban en apetitosos asados que él hacía pasar por corderos.

Fui a la Cámara de Suboficiales. Nadie supo informarme de nada, y no hubo forma de encontrar al perro ni al Suboficial.

Esa noche hubo cena de Navidad para una delegación de la Flotilla. Me dijeron que el cordero que se estaban comiendo era el 'Coné'. No podía creerlo; no quería creerlo... Miré por la ventana la borrachera de adentro y me corrieron las lágrimas, mientras la angustia me oprimía el pecho con la despiadada dureza de sus garfios.

Esa Navidad de 1968 fué la peor Navidad de mi vida, la más amarga de todas. Al día siguiente, temprano, fui a rondar la Cámara. El cuero del 'Coné' colgaba de un vallado, como blanco jirón de una bandera de parlamento. □

(Primer Premio Radio Universidad de Concepción, Diciembre de 1973).

□ J O R G E G U I L L E N

FUERZA BRUTA
(Fragmentos)

'Guarda tu luz, oh patria, mantén
tu dura espiga de esperanza en medio
del ciego aire temible.'
Pablo Neruda, Canto general

1

*La vida poco importa sin allende.
El primero es honesto, más, heroico.
Oposición. Ni guerra. Gran matanza.
Todo se hunde en criminal aquende.*

2

*El orden se levanta
Sobre una firma planta
De terror.
Hecatombe, cien bueyes, muchos hombres.
Sí, tengo mucho miedo
Todo te lo concedo
Gran terror.
Hecatombe, cien bueyes, muchos hombres.
Dios y su Economía
Se salva por la vía
Del terror.
Hecatombe, cien bueyes, muchos hombres.*

3

*La fuerza bruta es tan bruta
Que pesa sobre el opreso
Con una gravitación
Que parece gravedad
De carácter con su ética,
Y no es más que pesadumbre
De brutalidad en bruto.*

4

*¿El proceso legal de una reforma
Se acabará de modo congruente
Bajo un golpe feroz de fuerza bruta?
En absoluto no.
La intromisión más criminal irrumpe,
Y aquella convivencia es aplastada
Por un innumerable asesinado.
¿Y cómo una conciencia, la cristiana,
Puede aceptar, y sin remordimiento,
Que por una Razón se sacrifiquen
Existencias humanas en raudales?
¿Cuál es el horizonte de estas almas?
Profunda realidad: la Economía,
Que prevalece estrepitosamente.
Los ilegales son los más ignaros
Sólo saben rendir acatamiento
—Con la más silenciosa reverencia
A los Grandes Señores Materiales:
'Que todos al dinero fazen gran omildad'.
Y el poder retrocede hasta su base
De explotación, de abuso, de injusticia.*

□ C A R L O S B O U S O Ñ O

PABLO, MUERTO

*Pablo,
te hablo.
Neruda.
Pero la tierra está muda.
Pablo,
el venablo
alcanzó el centro de tu pueblo pablo.
Alzate de tu inmortalidad
final, retablo.
Principio vivo de tu pueblo, Pablo.*

□ G A B R I E L C E L A Y A

CARTA MORTAL

*Pablo:
En medio de lo oceánico te digo
que no, no nos veremos.
Llegó tu invitación un poco tarde
y, ¡quién sabe!, quizá por eso aún vivo.
Llegó con tu amistad, y parecía
que igual que años atrás, allá en 'Correos',
al lado de Cibeles, o más tarde,
en Sao Paulo, ¿te acuerdas?, sería todo fácil.
Y mira, cuando estaba ya haciendo mi maleta,
invitado por ti, por los amigos, por un Chile creciente
me llegó la noticia —parecía imposible—
Y ahora, ¿cómo explicarte y explicarme a mí mismo
este inmenso desastre, esta absurda tristeza,
esta farsa reinante de Pinochet y los suyos?
Pero tú bien sabías de la verdad alzada
que crece sobre todo, desde el fondo del fondo
de ese metal del pueblo que no enterrará nadie.
Y como tú me diste la fe, ya ves, estoy haciendo
otra vez la maleta para volver a Chile.
Pues, ¿quién podrá enterrar la verdad insurgente
la luz que es sólo luz, y el aire que es el aire?
Muy pronto nos veremos. Nos daremos la mano.
Quizá no estés tú allí. Quizá yo esté ya muerto.
No importa. Habrá dos hombres: un vasco y un chileno.*

□ JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

CON LAS PALABRAS DE NERUDA

*Después de todo aún siguen confundidos
se pasaron de largo en el asunto
y muerte vejaciones hogueras y saqueos
ya no pueden borrarse
quemar igual que el sol en los desiertos
del salitre de Chile.*

*Después de todo queda esa vergüenza
y no por la injusticia
sino por el erróneo sistema de aplicarla
porque lo injusto ya no asombra hoy día
si se guardan las formas
pero ellos se ensañaron y ahora tiemblan.*

*Después de todo sobran los lamentos
—no le gustaron nunca recordarlo—
y así está la cuestión
hasta que llegue la segunda vuelta:
el camino es difícil pero andamos
con sus palabras como un estandarte.*

□ RAFAEL ALBERTI

CON PABLO NERUDA EN EL CORAZON

*Lo anunciaron primero (lo oí una madrugada):
Pablo Neruda ha sido asesinado.*

*Desde muy lejos me mandaba cartas,
voces de auxilio, soledad y angustia
por encima del mar.*

*Sucede que me olvido del idioma,
perdona mis errores.
Envíame un diccionario.*

*Un manuscrito un día, una tarde de invierno,
como las hojas últimas perdidas del otoño,
vino a abrirse en mis manos.*

Se llamaba:

Residencia en la tierra.

*Como cenizas, como mares poblándose,
en la sumergida lentitud, en lo informe,
o como se oyen desde lo alto de los caminos
cruzar las campanas en cruz...*

*Era un galope muerto,
un corazón batiendo a la distancia,
un grito, más que desde la tierra
desde las raíces hundidas del fuego,
desde el dolor del árbol por nacer todavía,
la piedra calcinada por el rayo.*

*Pablo Neruda ha muerto. (Lo oí otra madrugada.)
Habían rectificado, aunque daba lo mismo
A través de las lágrimas recuerdo ahora estas cosas.*

*¿Cómo olvidar aquella mañana en mi azotea,
la última nieve al fondo azul del Guadarrama,
las primeras palabras del encuentro,
su imagen tan lejana al fin hecha presencia?*

*Nos diste entonces todo,
tu dulzura de hermano recién aparecido,
tus desolados cantos torrenciales
y nosotros en cambio te dimos la alegría
y con ella la mano que esperabas desde hacía tanto tiempo.
Y así tu soledad inmensa fue poblándose
y fue Miguel y fue Manolo, Vicente, Federico...
fue toda la voz lírica de España
la que montó las alas de tu caballo verde
porque eran hermosos los vientos que partía
y el nuevo resonar de sus cascos en la gastada piedra.*

2

*Pero un día la sangre bañó el rostro de España,
su viejo corazón lo atravesó un cuchillo,
una tromba de odio se alzó de las tinieblas
y no hubo mar y no hubo puertas ni murallas
que impidieran el choque de la luz y la sombra.*

*¿Preguntaréis por qué su poesía
no nos habla del sueño, de las hojas,
de los grandes volcanes de su país natal?
Venid a ver la sangre por las calles...*

*Así dijiste entonces
y ahora puedo, como lo confesaste tantas veces,
decir que cambiaron de pupilas tus ojos,
que se te metió España dentro del corazón
y ya por ella, tocado de su luz acribillada,
saliste nuevamente al mundo con tu canto
cubierto por la sangre de las calles.*

*Han pasado los años,
han pasado las guerras más feroces, más tristes,
han sucedido (pocas veces el sol) la oscuridad y el llanto,
ha mandado la noche tanto tiempo con su espada de sombra,
mientras tú, Pablo, hermano profundo de la paz,
del bien para los hombres,
de la palabra desencadenada
por encima del mar y de las cordilleras,
Pablo de los ríos solemnes y los más finos pétalos,
de los cielos australes sin orillas,
de la pasión abierta y los justos castigos,
cuando eras más la voz de la esperanza,
cuando alzabas a cimas la luz para tu pueblo
(lo oí una madrugada), te morías
de dolor, rodeado de asesinos,
mientras corría en Chile la sangre por las calles.*

*Venid a ver ahora su casa violada,
sus puertas y cristales destrozados,
venid a ver sus libros ya cenizas,
a ver sus colecciones reducidas a polvo,
venid a ver su cuerpo allí caído,
su inmenso corazón allí volcado
sobre la escoria de sus sueños rotos,
mientras sigue corriendo la sangre por las calles.*

TRAVESIA

□ ARIEL DORFMAN

'Los apellidos de esos generales y comandantes sirven hoy para nombrar avenidas y plazoletas, sus retratos al óleo cuelgan en museos y quintas, los escolares recitan sus hazañas con veneración, y los caballos que entonces montaron son ahora estatuas ecuestres en las intersecciones de los bulevares. Y a él, en cambio, no le había tocado ni una mención a pie de página, ni un rincón en los grandes retablos de la época. Ni una callejuela de mala muerte, ni el fragmento de un discurso, ni unas palabras grabadas en una tumba que nadie conoce o visita. Es posible preguntarse si sabía acaso que las cosas ocurrirían así. Quizás sí, quizás no. Lo único de que podemos estar seguros es que, para él, estos problemas no existían, no tenían la menor importancia, no se hizo jamás esa pregunta. Estaba preocupado por otras cosas'. Bruno Santelices (pseudónimo), 'Prólogo' de Nueva Historia Popular de las Guerras de la Independencia.

- No hay demora - anuncia la señorita detrás del mesón de informaciones, así que todo a horario, faltan sólo cuarenta minutos para que aterrice el avión de Buenos Aires, el avión en que se supone que vienes. Imaginarte abordo no es una tarea imposible. Como siempre, ocupas algún asiento del corredor, le has explicado a Arturo que prefieres no sentirte como sardina, para eso basta y sobra con nuestras propias jaulas. Quizás ahora mismo estés escuchando la voz excitada de algún niño - cómo no va a haber uno sentado cerca, por ahí resulta en tu misma fila - que señala por la ventanilla exigiendo a su papá que mire el panorama.

Y simultáneamente la intervención del piloto que notifica que a su derecha, señores y señoras, el Aconcagua, con sus consabidos seis mil y tantos metros de altura sobre el nivel del mar, desde tu último viaje no ha crecido ni un gris centímetro, la reina de los Andes, la cumbre de las Américas, y es inevitable que te invada el murmullo agitado de los pasajeros, una marea de exclamaciones y bisbiseos, de dedos que apuntan y flash que explotan, y por un instante aliviado es como si se aboliera el zumbido de los motores.

Tú no puedes, aunque deberías, aunque eso te ayudaría a pasar el tiempo, tú no logras inyectarte en el rol de turista, extraer asimismo el Fushica que descansa en el canasto abierto a tus pies junto a los documentos de viaje, unos libros intocados y una muñeca inmensa de ojos celestes, pestañas acariciadoras y cabellera dorada que haría un lindo regalo para una hija, si la tuvieras. Pero no buscas tu máquina, no la buscarás, por suerte sólo faltan cuarenta minutos. Te tocas el cinturón de seguridad. Menos mal.

No importa cuántas veces hayas realizado la travesía, a estas alturas se vuelve asfixiante una sensación que ha comenzado antes, apenas franqueas la puerta del avión y registras este callejón sin salida, una sensación que pudiste sofocar y que no deseabas definir, pero que ahora, con la cordillera silenciosa abajo, cruzando la incierta frontera de lo que debe ser Chile, va adquiriendo un nombre bastante claro: esto se llama miedo, un miedo que puedes confesar después con una de tus sonrisas burlonas y alejadizas, pero que de todas maneras se te va apoderando, te enmaraña como una garganta ajena, te avanza como sapos aplastados desde el fondo de unas manos que se humedecen a pesar de las órdenes de tu cerebro, se mojan, se han puesto a sudar. Y tomas conciencia de tu propia columna vertebral, qué fácil imaginar la manera en que percibes la aceleración del latido vivo y rotante que es tu cuerpo entero, tu cuerpo tan lleno de gorriones débiles y vulnerables que te podrían traicionar, algo que te socava desde el sexo, desde las ganas súbitas de ir al baño, de salir por la puerta del lavatorio y encontrarte en casa abriendo los ojos después de una pesadilla, o en otra época que está habitando otra espina dorsal, las ganas de amarrarse un paracaídas a la espalda, un miedo que exige ser reconocido como tal cuando asoma en la distancia esta cadena de montañas, tanta roca irreal y amenazante y cadáver allá abajo, y la sombra del jet sobre las nieves que nunca se derriten y que golpean la vista del pasajero como

una cachetada blanca y violenta.

- Es natural el miedo - te ha dicho Arturo cuando, inevitablemente, han terminado conversando de esto también, te lo dijo al retorno de tu primer viaje. - Yo no confiaría en alguien que no tuviera miedo. -

- Gracias - dijiste tú.

- De nada - dijo Arturo. Y añadió rápidamente:

- Pero en cuanto al miedo, sabes, yo que tú no lo trataría de ignorar. Esa es una pésima costumbre, avergonzarse de algo que existe. Yo le contemplaría la cara, es lo mejor que se puede hacer. Tratarlo con familiaridad, como quién dice. -

Tú intentaste minimizar el asunto, echándole a la broma.

- Lo que pasa es que no me gusta la cara que tiene. Es una cara muy fea. -

Arturo no es de los que convencen a los otros con discursos o moralizaciones. La tranquilidad viene por presencia, debido al modo en que endereza para ofrecer un cafecito aunque el mundo se esté viniendo abajo, por la forma en que prende un cigarrillo armándolo de a poco y deja que el fósforo se apague solito en el cenicero y admira con cariño el primer humo y lo goza por mucho que uno sepa que está super - apurado, por la serenidad alerta y desparramada con que se reclina y te absorbe cada palabra, por las cosas chicas, por esas.

- ¿Y tú qué dijiste? - le pregunté después a Arturo, cuando él conversó el asunto conmigo, como quién no quiere la cosa, como midiendo mis propias reacciones, invitándome a tomar cartas en el asunto, yo que nunca hablo de cosas personales, que no estoy hecho a las confidencias.

- Le dije que es como la cara del enemigo - me respondió Arturo, escogiendo con cautela su versión, mientras me buscaba los ojos, - si nunca le contemplas la foto, le dije, imposible que lo reconocas a tiempo, y entonces te agarra de sorpresa, te das cuenta, a la vuelta de cualquiera esquina. - Yo no hice ningún comentario, pero según Arturo tú sí, tenías una respuesta en la punta de los labios.

- Despacito por las piedras - replicaste. - Tampoco se puede vivir sacando la foto del enemigo del álbum familiar a cada rato para examinarla, ¿no?

- Tampoco - convino Arturo, lo mismo que hubiera dicho yo.

- Si le dedicas mucho tiempo, el miedo termina por crecer tanto que te paraliza, te devora. Yo conozco gente que se ha enamorado de su propio miedo. -

Y yo no dije nada, pero tú: - Eso sería enamorarse del enemigo. -

- Lo que te puedo ofrecer - sonrió Arturo - son unos ejercicios mentales, disciplinar la mente poniendo la atención en otras cosas. -

- Gracias - dijiste tú.

- De nada le dije yo - me explicó Arturo, sin detallar el tipo de ejercicios que te había recetado, esperando quizás alguna respuesta mía, una opinión, qué sé yo, pero me quedé callado.

Tú pensaste que el segundo viaje sería diferente, al haber conversado las cosas con Arturo iría

cambiando tu estado de ánimo. Pero los consejos, como siempre, no habían servido de mucho. El miedo estaba allá, en el itinerario regular del vuelo, como si el piloto pudiera haberlo anunciado junto con la velocidad de la nave y los vientos norestes que encontrarían en minutos más, abrocharse los cinturones, prepararse para vertiginosas caídas, el miedo naciendo gradualmente con los faldones de la cordillera, un líquido paruzco, lento y sinuoso como los cerros cada vez más prominentes del lado de Mendoza, hasta que de repente, cuando aparecían cortando el cielo esas primeras rocas gigantescas, torcidas por millones de años de erupciones, también se alzaba el miedo allá, como un demonio que acude a una cita, cumpliendo su horario.

Así que lo único que te quedó entonces es lo mismo que ahora, pensar en mí, tratas de imaginar mi presencia, esperándote en Pudahuel, agradeciendo a la señorita del mesón de informaciones el dato tan preciso, sólo faltan cuarenta minutos, tienes que fijarte en mí, hacerme cuerpo en tu fantasía, clavar mi figura en tu memoria y anclarte a ella, pensar en Pedro que ahora seguramente caminará hacia el baño con lentos pasos sólidos, atisbando con confianza de animal terrestre los altoparlantes, Pedro que empuja la puerta de 'CABALLEROS' y que decide entrar aunque no tenga necesidad.

Por un momento, tú también te imaginas en el toilette del Boeing, casi sientes el refresco de una toalla de papel empapada en agua, una salpicada de eau de cologne, tu imagen súbita y sorpresiva en el espejo, ese pelo castaño, los ojos oscuros y restallantes que no contienen el menor asomo de temor, ese cuerpo tan alejado que no trasunta ni una duda, que no expresa lo que una sensibilidad excesivamente fértil te hace vivir a cada paso. Pero mejor no moverse, no arriesgar la certeza del vacío bajo los pies, sólo responder a la hostess que te pregunta si precisas algo, que gracias, que todo está de lo más bien pero que sí, en realidad, un pequeño whiskey no te vendría nada de mal, y los dos dólares en monedas y contarlos y ver cómo cae el hielo en el vaso plástico transparente, y sin agua, gracias, así no más, aunque después no lo toques, no te lo llesves a la boca, lo tengas ahí cerquita como un amigo que entiende todo y te calma. Quizás en ese mismo momento por una de esas extrañas casualidades, yo también sigo de largo hasta el bar después de secarme las manos y frotar los anteojos, desde el segundo piso del aeropuerto se divisa la pista, el ir y venir de camiones militares que cuidan las instalaciones, es natural que yo también pida un trago para empujar el tiempo, para que el avión se apure y baje de una vez, siempre que estés a bordo, uno nunca sabe. Pero tú debes suponer que yo sí que me lo beberé, sin mirar al hombre que exige un Tom Collins con gesto impaciente a mi lado, de a poco primero y después con la sed que aumenta apurándome, queriendo conservar algo para después mientras el trago se agarra de la garganta y no la suelta, y entonces mirar el cielo abandonadamente azul más allá de la cordillera por donde no se te vislumbra, ni siquiera un helicóptero o un pájaro, y terminar



con lo que queda de una vez, justo en el momento en que le traen el Tom Collins al hombre que está a mi lado, y apremiar las manos en el bolsillo y calcular que sí, que podemos darnos el lujo, otro Gin con Gin.

Es ahora que los momentos se estiran y se hacen imposiblemente pegajosos, es ahora que hay que pasear la atención por lo que nos rodea, esas operaciones de higiene mental, es ahora que yo me encuentro mirando una señora vestida completamente de negro, una señora vestida pobremente y de negro, que desentona en Pudahuel entre tanto turista y viajante, acompañada de dos pequeñuelos y que da visibles muestras de haber estado llorando, y que quién sabe qué viene a hacer al aeropuerto, a buscar un ataúd del extranjero, a despedir a algún pariente que está siendo deportado, este es el momento para interesarse en la suerte de otras personas para no tener que examinar de cerca la vida propia, el futuro inmediato incierto, notar que detrás de la mujer, a unos buenos quince pasos, viene caminando un hombre maceteado, que el hombre se detiene, indeciso, cuando la mujer entra al baño y que ahora comienza a moverse hacia el bar y que se sienta cerca mío, al lado del hombre que pidió el Tom Collins, es ahora que tú tendrías que fijarte también en quiénes te rodean, concentrarte en la conversación, por ejemplo del niño ese que está en tu misma fila, con su padre. Se me ocurre que el padre puede haberle prometido un cuento, algo para cuando empezara el descenso. El niño ha demandado quizás un relato sobre la cordillera, el padre duda, carraspea, y ahora accede.

Así que tú pones atención porque no te queda otra cosa que hacer, y por mi parte, yo me puedo imaginar la escena como si se tratase de mi propio hijo ahí al lado de la ventanilla, como si yo le contara alguna historia antes de dormirse, como lo haría yo si él no estuviera con su mamá en el extranjero, como lo haría yo si él no se hubiera ido y no tuviéramos que comunicarnos con carta

en que nunca se puede decir nada de lo que importa, en que se tarda semanas antes de responder a la inquietud, a las perplejidades, a la lejanía. Es fácil concebir los personajes, el avión, el escenario, fácil y necesario llenar este rato exasperantemente lento con algo más que la señora que no sale nunca del baño y el hombre que no pide absolutamente nada en el bar, que no ha desprendido sus ojos de la puerta marcada 'MUJERES', fácil suponer que podría ser yo el que está hablando allá a tu lado en vez de estar acá cuidando el gin como si fuera una joya gota a gota porque ya no me queda un centavo para otro y qué falta me haría, mientras tú cierras los ojos y tratas de no perderte ni una sílaba, y qué mejor que matar los minutos tuyos y los minutos míos con una historia de la cordillera, con un arriero que vivió hace cientocincuenta años como protagonista, una de esas historias extrañas que le gusta contar a Arturo, uno de sus ejercicios mentales quizás, y que escuchamos junto al niño ahora que el capitán anuncia que ha comenzado el descenso sobre el valle central y que en aproximadamente veinte minutos más aterrizaremos en el aeropuerto internacional de Pudahuel, donde tienes la esperanza, aunque no la certidumbre, de que yo te esté aguardando, tal como siempre, que el fiel Pedro esté allá a la salida de la aduana leyendo un diario.

- Era peligroso cruzar la cordillera en esa época - supongo que dice la voz del hombre a tu lado, una voz que concibo como la de Arturo, como la mía. - Y el peligro no venía precisamente de las montañas. Porque las montañas no podían hacerle daño al arriero. El se conocía cada desfiladero, desde niño los había ido explorando con su propio padre. -

Aún con los ojos cerrados no es difícil dibujarle la cara al niño, al niño que debería preguntar si acaso no existían aviones en esa época. Y el papá que ni avión ni tren ni auto ni nada, el trayecto había que hacerlo a pie o en mula. Claro que el arriero había efectuado el cruce mil veces, en

todas las condiciones: entre nieve, en medio del polvo traicionero del verano. Y el arriero no llegó nunca tarde a una cita.

Y ahora, si yo fuera el padre, yo le tomaría la mano a mi hijo, le examinaría el cinturón de seguridad, ver si está bien ajustado, mientras el piloto recuerda a los señores pasajeros que se ha iluminado la señal de 'NO FUMAR', que tengan la amabilidad de extinguir todos los cigarrillos, y justo en ese momento te acomete una urgencia de aspirar aunque fuera una última boconada, y te cruza la cabeza la idea absurda de alguien condenado a muerte al que se le niega un cigarrillo, de un descenso hacia la muerte, pero para borrar ese pensamiento bastará con evocar al arriero que según la voz a tu lado no llegó nunca tarde a una cita, claro que no. A la hora convenida aparecía, calmado, imperturbable. Ni los cóndores sabían tanto acerca de los Andes. Conocía los glaciales, las cataratas secretas para la sed, los trucos de la neblina, los aluviones antes de que cayeran. Las hogueras del Ejército Libertador tejían leyendas en torno a su figura. Se decía, por ejemplo, que con meses de anticipación había ido dejando, en cuevas y refugios, leña y algún alimento seco, aunque no fuera para su propio uso, para alguien serviría.

El avión tiembla ligeramente en el aire, se sacude con un golpe de viento, luego gira y se ladea y comienza a bajar. Un rayo virulento de sol ilumina el ala y desaparece después. Abajo podrías ver, si te diera las ganas, si quisieras abrir los ojos, la ciudad de Santiago envuelta y mareada con su smog.

No, después de todo, no es tan complicado pasar el tiempo, participar yo también en el descenso, ir anticipando las palabras probables del papá, la cara absorta del niño, tu propia cara echada hacia atrás respirando profundamente el buen oxígeno que sale a raudales encima de tu asiento. Ya que tú no puedes fumar, tendrás que suponer que lo hago yo, lo haré yo por los dos, miro el cigarrillo con esmero antes de encenderlo como si fuera algún bicho raro, sigo la primera voluta de humo que monta y mis ojos se van más allá, al cielo arriba buscando el avión, faltan dieciséis minutos según el horario, y cuando mi mirada vuelve a tierra, la mujer de negro está pasando frente al bar, con los dos cabros de la mano, llega hasta la escalera que conduce al hall de recepción, se ha puesto en movimiento como una especie de robot o títere el hombre aquel, llega hasta el borde de la escalera y se detiene allá, la contempla con una mano en la pasarela. De repente, sin que me dé cuenta de cómo ocurre, se le une otro hombre, se la ha unido el hombre que estaba a mi lado, el que pidió y se tomó el Tom Collins. Uno de ellos dice algo al otro, esperan un rato breve sin hablar más, ahora ambos van bajando cuidadosamente, como si les doliera los pies.

- Pero no era el ventarrón lo que amenazaba al arriero - prosigue el papá, tendría que explicar a estas alturas el papá. Y le preguntaría al niño si él sabe qué podía hacerle daño al arriero, qué era lo único temible, y no, no se trataba de los pumas, tampoco de los terremotos o las inunda-

ciones. Le pregunta al niño si se le ocurre qué cosa, quién, podía hacerle daño al arriero.

- No sé - dice el niño.

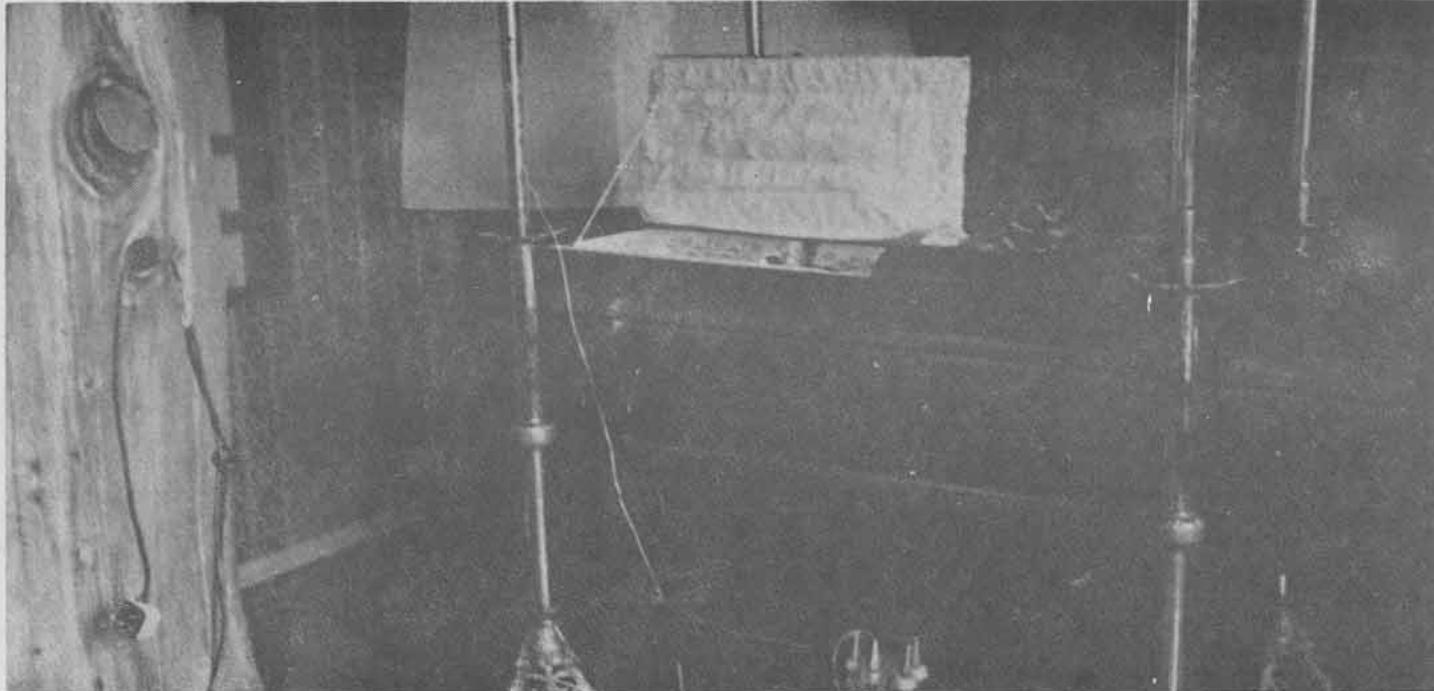
Yo apago el cigarrillo, consulto mi reloj, pido la cuenta al barman con un gesto decisivo. Es como si yo mismo estuviera allá arriba, respondiendo la pregunta, como si Pedro estuviera al lado de su hijo en las noches antes de que se duerma, calmando la pesadilla, trayendo un vaso de agua, educándolo, respondiendo:

- Los hombres, hijo. Los hombres podían hacerle daño, eso. -

- ¿Los hombres? - Tú escuchas, yo escucho, los dos escuchamos la voz del niño que no comprende, que por cierto no comprende que haya refinamientos en el dolor. Cómo hacerle entender, sin aterrorizarlo, sin destruir su inocencia, que hay lugares más oscuros que los calabozos, algo más duro y puntigudo que una bala, algo mucho peor que la soga en la nuca. Cómo fortalecer al niño, prepararlo para la vida, quitarle su ignorancia, pero sin atiborrarle el espíritu de problemas para los cuales no está listo, cómo responder cuando te coloca la pregunta que no debería hacer, la que no debería hacer pero que es legítimo, es justo que la haga. Cómo explicarle al cabro que el arriero no quería particularizar eso, era mejor borrar el asunto, no pensar en lo que podía sucederle si en vez de Manuel o Fernando, si en vez de Manuel Rodríguez al final del camino había otro, había otros, hombres leales al rey de España, tropa del Capitán San Bruno, prontos a cogerlo.

Ahora sí, LAN - CHILE anuncia, por intermedio de una voz femenina por los altoparlantes, el arribo próximo de su vuelo 112 proveniente de Buenos Aires, Montevideo, Rio de Janeiro. Pago mis Gin con Gin y decido salir a la terraza de Pudahuel, no bajar todavía a la sala de recepción, no tener que ocuparse de la figura de negro de esa mujer, los cabros agarrados de sus polleras, los dos hombres, ahora quizás tres hombres, examinándola desde lejos o desde cerca con sus ojos de arena. La terraza está repleta de familias excelentemente vestidas que esperan, un griterío de niños que ocupan la varanda chillando con cada avión que despega, diciéndole chao a pasajeros invisibles, otros que corren como endiablados en un juego eterno de pillarse y esconderse, entre las piernas de los adultos dedicados a otros vaivenes supuestamente más importantes. Y allá arriba, en efecto, se alcanza a ver el avión que viene bajando, con demorosa gracia, el avión en que con toda probabilidad vienes tú, que ni siquiera o apenas has notado cómo se sueltan las ruedas de aterrizaje, el cuento del arriero sigue su curso, y volviendo a cerrar los ojos subes el vaso de whiskey hasta tu boca y sientes el líquido amargándote la lengua, un poco diluido por el hielo, se podría afirmar que por un momento logras gozar ese estado en que nada depende ya de ti, en que todo está entregado a otras fuerzas, en que tu voluntad ya no cuenta para nada, los naipes ya se repartieron.

No puedes saber que yo estoy acá abajo, quizás supongas mi presencia en la sombra para vigilar el momento en que por fin el avión tome contacto con tierra chilena y casi no sientes el sacudón



con que aterrizas, todo es tan suave que es imposible darse cuenta de que están rodando a trescientos kilómetros por hora todavía y que las montañas están ahora dónde deben estar, allá atrás, allá arriba, y que ese rugido son los motores que frenan y ya no te cabe duda de que Pedro te estará esperando en el edificio gris de Pudahuel que se avista adelante, Pedro que después de seguir con su mirada la trayectoria limpia del jet decide ir bajando pausadamente las escaleras que conducen hasta el hall de recepción, Pedro que consulta el reloj, calculando el tiempo que tardará inmigración, policía internacional, aduana, revisión, acá abajo ya no se divisa la mujer de negro en ninguna parte, lo que sí se puede ver al lado de una oficina de seguros de viaje es una pareja de enamorados besándose, abrazados como si fueran estrellas apasionadas en la pantalla de un cine o en la televisión y no acá, en pleno hall de Pudahuel, entregados el uno al otro con abandono y furia, agarrándose los hombros y las nalgas a la luz pública, sin importarles un bledo de nada ni de nadie, no se entiende si es ella la que se va o si es él, los abdomenes pegados como un clinch de boxeadores obscenos, a modo de estatuas que se desnudan y tiemblan, y a ella se le resbala la cartera al suelo y el contenido se desparrama entre los zapatos y ninguno de los dos hace caso, siguen tratando de traspasarse y fundirse como si el hecho de permitir un milímetro de aire traidor entre cuerpo y cuerpo suprimiría todo derecho al retorno, a un nuevo abrazo. Yo registro la escena sin saber qué hacer con mis ojos, dónde guardarlos, cómo seguir presenciando tanto dolor a tan pocos metros, no sé si quedarme ahí atraído por una curiosidad todopoderosa o si girar la cabeza para otro lado y ver ahora sí a los dos hombres aquellos en un ángulo del hall, cerca de la salida de los pasajeros, los dos hombres que conversan y fuman y miran al par de amantes con los mismos ojos con que miraban a la mujer de negro hace unos instantes.

Pero tú nada sospechas de esto, mientras el avión rueda como una pluma, con más razón quieres escuchar el final del cuento del arriero, que se va acabando con la morosidad de las historias que se relatan al borde de las camas infantiles, en torno a las hogueras antes de que cambie la guardia nocturna, a la vuelta del colegio cuando hay asuntos que no se comprenden, en los momentos en que aterrizan los aviones y llegan los trenes y hay que tranquilizar el coraje y hay que desplazar los temores y hay que desenganchar los ojos de un par de cuerpos agitados por un solitario, interminable viento de amor, dejar de recordar un rouge, un pañuelo, unas llaves, a sus pies, preocuparse por encontrar un buen asiento frente a la salida de pasajeros, escuchar una voz que puede ser la del padre del niño que dice que San Bruno hubiera dado cualquier cosa por capturar a ese arriero, por obtener la información tan valiosa que sólo él tenía. Cualquiera hubiera apostado a que ese hombrecito tan modesto no podía saber nada muy especial. Pero él era un mensajero, llevaba cartas que San Martín en persona le confiaba. Y luego el arriero debía esperar la respuesta que la gente en Chile daría, volvía a Mendoza dónde se iba formando el Ejército Libertador. Y San Bruno lo buscaba, no conocía su rostro ni su nombre, pero lo acechaba a través de sus espías y agentes delatores. Porque el arriero sabía otras cosas, además de llevar cartas. El General hablaba de todo en su presencia. Se fijaban fechas, discutían escondites y alternativas, redactaban proclamas que el arriero no podía leer, pronunciaban apellidos franceses o británicos, repetían estrategias o dudaban de ellas. El arriero asistía a esos conclave secretos sin decir una palabra, tranquilo, impávido, sin mostrar otra emoción que la paciencia. Un mes más tarde, estaría de vuelta.

- Y cómo se llamaba el arriero, papá? - Ya no sé quién hace esa pregunta, si el niño imaginario en el avión, si mi propio hijo, ya no sé quién. Y tú también la haces, no te das cuenta de que los

motores se han detenido, que el piloto agradece a los señores pasajeros la confianza de haber volado con LAN - CHILE, la temperatura en Santiago es 25 grados centígrados en la sombra y son las cuatro de la tarde hora local, esperamos tenerlos a bordo con nosotros en otra ocasión y ahora se repite la despedida en inglés, tú prestas cada vez menos atención, esperas, igual que yo, la respuesta del padre, el nombre del arriero, cómo se llamaba. - Sé tanto como San Bruno - dice el papá, escuchamos que dice el papá. - Fíjate que no tengo la menor idea. Creo que por allá en algún libro especializado de historia debe encontrarse el nombre, pero yo nunca lo averigüé, te das cuenta. Entonces sonríes y te levantas de tu asiento. No puedes tener todavía la certeza de que yo estoy instalado frente a la salida y que abro *El Mercurio* de hoy y que me pongo a leer la página editorial, pero de todas maneras sonríes y bajas con calma la escalinata y te despides de la hostess y caminas con paso firme llevando ese canasto con tus documentos y esa muñeca inmensa y dorada, primero la cola de pasaportes, pasaportes dónde te lo timbran sin la más mínima pregunta, tal como las otras veces, ahora a reclamar el equipaje, al portero le señalas la valija café oscura que él coloca sobre la mesa de revisión, una ligera inspección, las preguntas habituales mientras los dedos exploran con transitoria y casual avidez los rincones y la ropa, las respuestas también acostumbradas, no traes nada que declarar, algunos regalos, ningún trago, cierras con precisión y habilidad, el portero te atraviesa la valija en su carrito y ante su mirada de interrogación le indicas que tomarás un taxi hasta la ciudad, y a los dos hombres que fuman parados a la salida no les brindas ni una mirada, no te fijas en ellos, los vas a pasar sin siquiera mover la cabeza en su dirección, estás pasando a territorio chileno sin el menor problema, igual que la primera vez, tal como todas las otras veces, y entonces, por encima de mi diario, por fin yo te veo, por fin tu cuerpo llena el horizonte y la luz, después de tanto imaginarte parece un milagro que en efecto vienes en este vuelo, que se trata de ti y no de otra persona, te veo antes de que tú me divises a mí, sales con la tranquilidad y la compostura de siempre, y antes de que me vislumbres, antes de que me descubras sentado allá frente a la salida, leyendo *El Mercurio* con mi cara normal de aburrimiento, y yo bostezo de lo más bonito y tampoco me digno mirarte, tengo los ojos puestos como alfileres en los dos hombres que no se han movido de su posición, aún antes de que me veas el temor se ha ido y no distingues siquiera en qué momento desapareció, y no va a volver hasta el próximo viaje, y quizás se haya esfumado para siempre, y ahora sí, me estás pasando, sin decirme ni buenos días ni hasta luego, está pasando primero tu valija y luego tú con el canasto, y hubiera sido hermoso informarle a Arturo que yo te he visto al mismo tiempo que tú a mí, en el exacto preciso precioso matemático idéntico instante iluminado, que en ese instante sin que nadie se diera cuenta nuestros ojos se encontraron, pero no es cierto, yo te vi antes como debe ser y ahora sigo leyendo el diario, estás

pasando a mi lado, a centímetros de mi cuerpo, y ahora sabes que no hay dificultades, y yo también sé que venías en el avión presupuesto y que tampoco has encontrado obstáculos porque llevas el canasto colgando de la mano izquierda y no de la derecha, el canasto que casi me roza la rodilla al pasar, sabes que todo ha seguido marchando a las mil maravillas durante tu ausencia, que esta vez puedes nuevamente llamar al número de teléfono que te han dado en Buenos Aires y que te has aprendido de memoria y que tendrías que haber olvidado con verdadero terror primordial si Pedro, si yo, no estuviera como siempre en el aeropuerto para aliviarte la linda existencia, si los dos hombres se te hubieran acercado amablemente pero con ojos intangibles, sabes que puedes llamar a ese teléfono que yo por cierto no conozco, para que te pasen a buscar a una esquina que ya te indicarán, para que después te lleven a un departamento donde nunca has estado antes y adonde nunca volverás y en el cual sin duda te espera Arturo, que te ofrecerá un cafecito y uno de sus cigarrillos hechos a mano y entonces recién una vez terminados los chistes y alguna pregunta por tal y por cual, preguntas van y respuestas vienen, le entregarás la muñeca a él, que tampoco tiene una hijita, y ya pasaste a mi lado, aquí mismo dónde quién sabe en cuántos años más estaré de nuevo esperando a mi hijo que volverá al país cuando toda esta pesadilla se haya acabado, ya pasaste camino al taxi que te aguarda, sin siquiera tocarme a la distancia el brazo, yo no sé siquiera cómo sería el calor de tus dedos, cómo será tu voz cuando no hablas con un portero, cuando no actúas un rol, tú que me ves sólo en este infinitamente mezquino instante, yo que te miro de reojo por sobre un diario cada dos meses pero con quién nunca he intercambiado ni una sílaba, ni una crestonada frase, y cuyo nombre verdadero ni siquiera deseo adivinar, tal como tú no sabes nada de mí fuera de que me dicen Pedro y leo *El Mercurio* si todo anda bien y tengo una gran guata tranquila y uso anteojos y no necesito más que eso para cumplir la tarea, periódico y bostezo y gran guata tranquila y una intuición de los mil demonios para olfatear a los hombres que se paran fumando a la salida de pasajeros y nervios de acero para murmurarte sin palabras que estamos a horario, que no hay demoras, que la cosa va lenta pero puchas que camina, que heme aquí en mi sillón de aeropuerto, más solitario que nunca, acompañado desde lejos por ti y por miles como tú cuyo nombre no conozco imagino, que te digo con mi sola presencia, te digo, está bien, hermanita linda, bienvenida otra vez a Santiago, estamos bien, estamos de lo más bien, te veré en dos meses más, hasta la próxima, Mónica, tal vez algún día te pueda esperar de verdad y levantarme de un brinco y abrazarte como el loco que soy, ganándonos ese derecho también, hasta la próxima, y ya el taxi debe estar partiendo y yo doy vuelta la cabeza, y sabes, Mónica, yo también tenía miedo, sabes, aunque no se lo dije a Arturo cuando me lo insinuó, yo también, compañera, yo también tenía miedo. □

DE VUELOS Y PERMANENCIAS

□ JUAN ARMANDO EPPLE



Las calles comenzaban a llenarse de bocinazos, frenadas, gritos de vendedores ambulantes, gente que pasaba por aquí por allá con su prisa anónima, perfectos desconocidos para otro día más que no sabía cómo repartir su aire todavía frío. Sólo la plazuela conservaba algo de esa intimidad provinciana que ya estaba añorando, apenas dos semanas en Santiago y sin haber conocido ninguno de los sitios importantes que los demás contaban al regreso, dándose ínfulas y mirando sobradamente a los no iniciados. Parpadeó la luz verde y él esperó un momento a ver si alguien más cruzaba, pero tuvo que decidirse a hacerlo solo, sin mirar la fila de autos con sus motores amenazantes, caminando con un cauto descuido que sólo se aflojó cuando llegó a uno de los bancos de fierro de la plaza, que vista desde su centro le pareció aplastada y vacía. Una vez me pilló el cambio de luces en la mitad de la Alameda (el Catulo, levantando las cejas), ¿y sabís lo que hay que hacer en estos casos? (el Oscar, canchero), ni sospecha, hay que quedarse parado, sin mover ni las orejas, y así los autos te van haciendo el quite, cachai?, hasta que pasan todos y te dejan cancha libre, bueno, yo lo hice así (el Catulo, choreado), pero no hay que meterle tanta teoría: igual te quedas tieso con el vientecito de las máquinas.

Se abrió un poco la camisa para dejar que el sol hurgue-teara entre los pelos que empezaban a teñirle el pecho. La brisa entretenía los papeles sucios y el polvo, y las palomas parecían correr ufanas detrás de sus primeras migas, ajenas a los escasos transeúntes que cruzaban por el lugar. Un helicóptero apareció de pronto en el cielo, sin que él alcanzara a descubrir de dónde, dió un par de vueltas como si buscara un punto de la ciudad donde posarse, y luego se alejó. Para hacer tiempo repasó su listita mental de turista fuera de época: los juegos Diana, tenis que irte con cuidado porque está lleno de mafiosos y maricones (otra vez el Oscar), el cerro Santa Lucía, te llevas tu guapa mina y la haces ver Santiago en pelotas (el Catulo, que cree que en todas partes las están dando), el Cinerama, es como estar participando en la función, el Zoológico, capaz que te confundan y te dejen enjaulado (el Gringo, chistoso), un partido del Colo Colo en el Nacional, la Alameda, chis, pero en la tardecita (el Catulo, dispuesto a inventarse otra historia), ahí siempre se ven cosas raras, y no te olvides de las librerías de viejo de la calle San Diego (el Gringo, aprontándose a encargar lo que no hay). Pero de allí habían salido, con seguridad, *La Montaña mágica* y los tomos kilométricos del *Juan Cristóbal* que su papá se empeñaba en hacerle leer cuando iba cada verano al lugar aislado que el viejo conservaba tercamente como casa, allá en el Sur, y que podía ser campo lleno de alfalfa jugosa para morder al descuido, mirando a las alemancitas que pasaban a tostarse sus delicatesen a la playa, caleta de pescadores cuando el aire tibio atraía los robalos o un verdadero cementerio si empezaba a llover. ¿Y tú en serio te dedicaste a leer eso? (el Gringo, invitando una pilsener en el Vienés), ni amarrado, pero yo usaba las tapas para despistar, porque el viejo no sabe que ya me había conseguido *El Amante de Lady Chatterley*. Con desasosiego y ternura lo imaginó pegado a la radio, o deambulando por el muelle en busca de alguna embarcación que lo lleve río arriba, hasta el puesto de correos de Trumao. Hubiera querido decirle que el golpe había sido más terrible de lo que habían sospechado muchos, hablarle del zumbido de los aviones y las bombas, del Chicho Allende cumpliendo a la letra lo que él ya había escrito, sólo acribillándome a balazos podrán impedir..., los tres encerrados en la casa de la hermana, los que caían luchando desesperadamente y luego eran un número más en el recuento tendencioso de los bandos militares, y de la extraña impasibilidad diurna de esa ciudad que visitaba por primera vez, y que sabía que ya no era la misma. Pero sólo deletreó que todos estaban bien, iba a ver si encontraba los repuestos que le había encargado y luego se volvía al sur, no vaya a ser que se reinicien las clases de un día para otro. Se paró a estirar las piernas, guardando en la chaqueta el libro con las tapas azules ya estropeadas. Caminó hasta una esquina, tratando de retener la imagen de unos edificios

antiguos, háblenme de rascacielos, los buses que pasaban sacando chispas de las interferencias de los cables, el San Cristóbal recortando en la cima una virgen algo borrosa por el smog, háblenme de cielos, la Estación Mapocho alzada al final de la avenida como una catedral oscurecida por el Kollín. Se dejó llevar, indolente, tras la figura de una muchacha que se destacó entre el gentío, pero que desapareció demasiado pronto. Si vas a Santiago no te olvides de llamarme, para que salgamos conmigo. Y luego, tierna y teatral: despidámonos aquí, en medio del paisaje que nos ha enseñado a ser felices, nunca voy a olvidar este verano, ¿y tú?. Esta naturaleza tan distinta a esa alienación de la ciudad. Por suerte los meses pasan rápido, otro verano y volveremos a vivir este amor bajo el mismo cielo. Chitas que estaba lanzada al romanticismo (el Gringo, confidente) ¿y te ha escrito?, lo único que me mandó fue un disco estúpido, de esos que editan en la época de clases, sobre la playa, tu piel con sabor a sal, las gaviotas y otras pendejadas por el estilo. ¿Y tú como te lo tomaste? Usted sabe, compadre, uno tiene experiencia en estas cosas... los pololeos hay que tomarlos deportivamente. Aunque, para serle franco (otra pilsener, la pago yo) los primeros días como que anduve algo noqueado, porque la verdad es que me había quedado gustando. Algo que a cualquiera le pasa... porque ¿cómo estamos por casa? Además, tenía esa manera de asombrarse por todo lo que veía, con esos gestitos, que uno se sentía importante. Claro que metiendo a veces unos terminachos que te dejaban en calidad de tarado. Siempre la misma onda: vienen al Sur a descubrir las maravillas del campo, aburridos de la capital, lateados con estos paisajes provincianos (el Gringo, sus meditaciones), el hombre es un ser descontento por naturaleza (el Oscar, agarrando la onda filosófica), habría que proponer una mudanza colectiva (el Catulo, meando fuera del tiesto), bueno compadres (el Gringo, descubriendo el vaso vacío), aquí el compañero explicó sus desapariciones veraniegas, y en resumen: lo pasó mejor que nosotros, que no agarramos ni papas últimamente.

De pie en medio de la plazuela, olvidando un momento los ruidos circundantes, se regaló otra vez los versos que una vez había memorizado, y que le habían caído justos, como hechos por encargo, *'Tu presencia es ajena, extraña a mí como una cosa. / Pienso, camino largamente, mi vida antes de tí. / Mi vida antes de nadie, mi áspera vida. / El grito frente al mar, entre las piedras, / corriendo libre, loco, en el vaho del mar. / La furia triste, el grito, la soledad del mar. / Desbocado, violento, estirado hacia el cielo'*. Se dedicó a leer los letreros de los buses, mirando de vez en cuando el reloj, como para justificar la espera. Las calles no ofrecían ningún movimiento especial. Expandió los pulmones para atrapar un poco de aire fresco, y tuvo otra vez la sensación molesta de haber errado el vuelo, de haber caído en un valle de cemento donde los seres y las cosas arrastraban el reverso de la vida, en un remolino espeso y sin forma: rostros sin sonrisas, árboles aturdidos por el polvo, pasos desmenuzándose en una prisa inexplicable, hojas sueltas de periódicos usados. Me equivoqué de fecha para venir a Santiago, pensó, y con la suertecita que me gasto últimamente ahora falta que me haya equivocado de plaza.

Entonces vio el cortejo. Surgiendo de una bocacalle imprevista, como una pequeña sombra que se siente desorientada por el vaivén de la avenida principal y luego ubica el rumbo correcto, fue avanzando en una lenta ondulación que poco a poco permitió distinguir el furgón negro, cubierto de coronas de flores, y detrás el grupo heterogéneo de obreros, mujeres, estudiantes, y uno que otro de aquellos personajes que había visto antes en los diarios.

Notó, con sobresalto, que una patrulla policial iba a corta distancia del desfile, manejando con pericia las enormes motos, deteniéndose para mirar hacia atrás y bajando las

botas al descuido, como si su única preocupación fuera abrirle paso a otro de los tantos personajes que habían marchado por esas calles hacia una cita trascendente, para ser aplaudidos y muchas veces olvidados. Pero aquí tienen que andar otros de civil, pensó, ubicando gente y tomando fotos. Empezó a caminar por la vereda, a una distancia que le pareció perfectamente ambigua, mirando a la gente como quien observa un hecho gratuito, una curiosidad más de las que se regalan en cualquier ciudad a cualquier hora del día. Trató de olvidar el cosquilleo en el estómago, pero el silbido se le deshizo en la lengua con un ruido estúpido.

En la primera fila distinguió a la mujer pelirroja, cuya sonrisa ancha, de dientes grandes y labios firmes y carnosos, se había prodigado en innumerables fotos durante los últimos años del poeta. Todo el mundo sabe cómo se llama, se dijo, reconociéndola. Caminaba con cierta decisión, el pelo cayéndole de soslayo en los ojos, dejando entrever una mirada ausente. No ha tenido tiempo de llorar, pensó. La imaginó deambulando por la casa, entre los ventanales rotos por el saqueo de la patrulla militar, recogiendo libros estropeados o caracoles con trizaduras. También distinguió a otra mujer de luto, que a veces se adelantaba desde la segunda fila y con voz enronquecida, a punto de gritar, recitaba largas estrofas inconclusas que él no supo distinguir, pero que le parecieron trozos de historias de esas que deberían conocerse en las plazas públicas o en los mercados. Era una mujer baja, morena, con anteojos gruesos que hacían más redondo el rostro a la vez tierno y enérgico. Calculó que tendría hijos grandes, que lavaba ropa en una artesa y que sería conocida y admirada en su barrio. No pudo adivinar su oficio, pero tuvo la seguridad de que había vivido cada año de su vida, que había leído otras cosas y que no tenía miedo.

Cuando el cortejo llegó a la próxima esquina, deteniéndose mientras un policía modificaba el tránsito de vehículos, aprovechó la confusión momentánea para colarse en la fila y quedar oculto entre la gente grande, como un pájaro. Miró a los que iban a su lado, pero todos parecían concentrados en el furgón que encabezaba la marcha, y que volvía a moverse flanqueado por las motos de carabineros.

Al comienzo el grupo le pareció pequeño, pero estando adentro lo sintió crecer y ramificarse con la gente que salía a las ventanas y luego tornaba a cerrar los postigos, o con los que los acompañaban un trecho, caminando por las veredas como transeúntes indiferentes, y luego se perdían en alguna esquina, volviendo subrepticamente la vista. Metió las manos en la chaqueta, palpando el lomo del libro. Entonces sintió que le tocaban suavemente el hombro.

- Qué lleva en el bolsillo.

Miró con desconfianza, y vio que su acompañante de la izquierda le dedicaba un guiño y luego desplegaba una mirada impasible hacia las primeras filas.

- Es un libro - le contestó, sin mirarlo.

- ¿Del poeta?

- Del poeta.

- Será de los que no están prohibidos. De los que uno puede llevar en el bolsillo sin problemas.

- Son los veinte poemas - trató de que en la respuesta no se le enredara esa vergüenza adolescente que le apretaba los riñones.

- Es un lindo libro - le dijo su acompañante, suavizando la voz. Y dedicándole una sonrisa:

- Un libro que leí igual que usted: yo también he estado enamorado. Pestañeo rápido, como ocurría cada vez que se le perdían las respuestas. Se rascó la nariz y se dedicó a observar al hombre. Llevaba un traje oscuro, bastante viejo pero planchado con esmero, una camisa blanca con las puntas dobladas y una corbata gruesa y oscura. El rostro, muy tostado y con arrugas firmes que modelaban su propia sonrisa cuando entrecerraba los ojos, dibujaba esa edad que se queda en una interrogante que nadie va a tomar en cuenta cuando se trabaja al aire libre. Pensó

es un obrero de la construcción, un estibador, un ex tripulante de la marina mercante. Recorrió la figura que marchaba con una solemnidad incómoda, con las manos cortas y gruesas cruzadas cerca de la pelvis, como aceptando una fotografía, y pensó en un dieciocho de septiembre, en niños manoteando globos y banderitas en el parque mientras los mayores buscaban las fondas.

- Pero no es mi caso - se defendió - . Lo traigo por pura casualidad. Además, ya no es tiempo de andar pensando en las niñas y alabándoles sus caras bonitas...

- Siempre ha habido tiempo para todo - le dijo el hombre, como hablando para sí - lo importante es saber vivirlo. Y aquí el poeta - y señaló con el dedo a la figura invisible - tiene mucho que decir al respecto.

Avanzaron en silencio. El cielo se limpiaba a retazos, con nubes que borroneaban la capa cenicienta instalada en el aire, hasta dejar caer un poco de sol.

- Usted de dónde es, si no es indiscreción - dijo de pronto el acompañante, para anudar el diálogo - , quiero decir, antes del golpe...

- Soy del sur, de Río Bueno - y tratando de precisarle a un capitalino - queda entre Valdivia y Osorno, donde está el río que divide...

- Ah, Río Bueno - el hombre extendió su sonrisa - buenos patos y truchas se suelen encontrar bajando hacia La Barra...

- ¿Usted conoce? - el muchacho lo miró abriendo la boca como un iluminado.

- De conocer, conozco. Pero digamos que sólo de pasada, puntualizó. Fue cuando volví del Norte, donde la pega en las salitreras se ponía difícil, y pensaba que en Chiloé o Aysén las cosas se darían mejor. Luego volví a tentar suerte en el puerto, en Valparaíso.

El muchacho sintió que se acercaba a alguien que llevaba cosas especiales para compartir, cosas que estaban más allá del día y sus calles vigiladas pero al mismo tiempo más cerca que las palabras y las preguntas de reconocimiento.

- Y usted ¿dónde trabaja? Quiero decir, antes del golpe...

El hombre se dedicó un suspiro ostentoso, y extravió la mirada en el aire:

- Esta es una pregunta difícil. La verdad es que he estado en varias partes. Como ser: le he trabajado al salitre, a la pesca, a la agricultura, le trabajé al pan aquí mismo en Santiago, y así. O sea que he andado en muchas partes: también en el mar y la cordillera. - Lo miró como calibrándolo - también le he trabajado a la organización sindical, y otras cosas que ahora no es del caso.

- ¿Y no ha tenido problemas estos días? Digamos, todo esto que está pasando...

El otro contrajo la quijada, le echó una ojeada al muchacho y borró la sonrisa apretando los labios como una ostra:

- De haber problemas, problemas hay. Pero baste saber que estoy cesante.

- Era sólo por preguntar - se disculpó el muchacho.

- En todo caso, lo importante es que estamos aquí - el hombre indicó con la vista a la gente que marchaba - .

Además, compañerito - el muchacho sopesó en el hombro la mano gruesa y afable - qué le puede hacer el agua al pescado ¿no?

El joven notó que el grupo iba creciendo. Algunas personas que había visto al comienzo ya no estaban. Pero se habían integrado otras, saliendo de alguna esquina, un paradero de buses, la puerta de un almacén, un bar con sus puertas semicerradas, un quiosco de diarios.

- Pasando a otra cosa - le dijo el acompañante, después de escarbarse un trozo de comida inexistente con el dedo meñique - ¿usted alcanzó a oír a esa compañera que venía recitando algunas cosas del poeta? ¡Qué memoria! - movió la cabeza con admiración.

- Sí, alcancé - y se atrevió con la pregunta - ¿pero qué poemas eran esos?

Ahora no lo miró, sino que dejó caer una respuesta seca, suficiente:

- El Canto General.

El joven se vio a sí mismo hojeando desesperadamente páginas y páginas de una edición Losada, saltando cosas que no sentía suyas, buscando únicamente aquellos versos que fueran solidarios con su condición de amante pobre y desgarrado rondando una ventana que en un momento fue complaciente. Meterse con minas casadas es peliagudo (el Oscar, sentencioso), te dan el golpe del conejo y si no te agarras bien, a la lona (el Catulo, escarbándose la propia herida), pero todo depende (el Gringo, conciliador), a lo mejor te pusiste muy puntudo y olvidaste el toque romántico: a la mujer el corazoncito también le palpita en el pecho. Y por último, como dijo Platón (o sea, el Oscar) al mal tiempo buena cara. Porque además hay otras cosas que han andado medio descuidadas: ¿qué tal andamos con las actividades del centro de alumnos?

- Creo que no he leído el Canto General - le dijo, retador, - pero en cambio me acuerdo bien de España en el Corazón. Hay un poema donde Neruda se acuerda de sus amigos, tres amigos que vivían en un barrio de Madrid, compartiéndolo todo, hasta que vino el fascismo y destruyó el vino, los cantos, las flores... Es ese que dice: '*y una mañana todo estaba ardiendo*' y al final explica '*venid a ver la sangre por las calles*', y antes '*pero de cada niño muerto nace un fusil con ojos, / pero de cada crimen nacen balas / que os hallarán un día el sitio / del corazón*'. ¿Qué me dice de eso?

- Yo vivía en el Sur, en Puerto Montt - habló el otro con voz lenta, como escarbando los recuerdos - era más joven que usted y creíamos que en Europa se definiría el curso de la revolución. Cuando estalló la guerra civil, estuvimos pendientes de las noticias que llegaban de España, y como habíamos tenido nuestra propia República Socialista, decían con orgullo los mayores, y más enredada que abrazo de pulpo, soñamos como niños chicos con la madre patria. Una vez, con un grupo de compañeros estuvimos esperando un barco que pasaría a buscarnos como voluntarios para las Brigadas Internacionales. No me va a creer. Habíamos juntado pan, charqui, papas, nuestras escopetas... La cuestión es que el barco nunca pasó, vaya uno a saber por qué, y cada cual tuvo que volverse a la casa. Pero luego vino el Frente Popular, y de allí en adelante nos dedicamos a esta lucha, que tanto nos ha costado.

- O sea que usted lleva mucho tiempo en la chuchoca. ¿Y no cree que esta derrota se debe a que los dirigentes no fueron capaces de superar los esquemas del Frente Popular e impulsar una vía distinta? ¿Que éstos eran otros tiempos, que exigían otros métodos de lucha?

El hombre le dirigió una mirada rápida. Se rascó una oreja, como si le costara encontrar las palabras.

- Usted habla bien. Se nota que ha leído cosas de avanzada. Qué le podría decir ahora. Lo único que sé es que las vías de lucha no las programan los dirigentes con la pura inspiración: que no nacen de los discursos ni se forman con la pura voluntad.

- Pero que ha habido errores, los ha habido. Y del porte de un buque. No supimos defender el proceso, y ahora estamos pagando las consecuencias.

- Es verdad que nos están dando duro. Qué quiere que le diga: nos están sacando la cresta - había alzado sin querer la voz, y al darse cuenta que uno de los que iba adelante volvía la cabeza, bajó el tono - pero eso no significa que estemos liquidados. Lo peor que nos podría pasar es caer en el derrotismo, y sobre todo ustedes, los más jóvenes. Aunque a veces, cuando hay poca experiencia en las cosas que hay que enfrentar, yo le voy a decirle que...

- Si es por experiencia, no es poca cosa lo que hemos vivido los jóvenes hasta ahora: el gobierno momio de Alessandri, el terremoto del sesenta, la revolución en libertad de Frei, otro terremoto, la vía al socialismo, y ahora esto. ¿Le parece poco?

El hombre lo miró de soslayo, y lejos de enojarse con la



interrupción, pareció complacido con esa irritación orgullosa que marcaba la enumeración del muchacho. Este había empezado a mirar hacia una de las ventanas entreabiertas, dispuesto a desentenderse del viejo.

- Es verdad que estos han sido años muy movidos - el hombre movió la cabeza y chasqueó la lengua con admiración - ¡la cantidad de cosas que han ocurrido en estos tiempos! ¿Pero sabe qué más?

El muchacho le lanzó una mirada distante.

- Que yo no he estado de vacaciones todos estos años.

El muchacho iba a replicar algo, pero el viejo le hizo un gesto amistoso:

- Lo que quiero decirle es que lo importante es que estamos aquí. Usted ha venido aquí por lo mismo que yo, y nosotros estamos aquí por lo mismo que están todos estos compañeros. A lo mejor si nos ponemos a discutir como si estuviéramos en una asamblea o tomándonos un vino en el bar de la esquina tendríamos la tremenda discusión, cada cual ofreciendo su pomadita para resolver los problemas. Pero éste no es el caso. Es cierto que ha sido un golpe fuerte, que no sabemos cómo vamos a aguantar. Es cierto que estamos perdiendo mucho, unos más que otros - al viejo se le quebró la voz, quiso decir algo pero se contuvo - pero por alguna razón estamos caminando juntos y seguimos hablando: yo a un mocoso como usted y usted a un viejo porfiado como yo.

El muchacho sintió que se le atravesaba un hueso en la garganta. Era como retroceder de pronto a una mesa familiar donde salta el malentendido en el momento más inoportuno, por ejemplo cuando la mamá aparece con el postre de leche nevada y se queda con la bandeja en la mano, diciendo miren si van a volver a las mismas es mejor que se levanten y se vayan, ya están grandecitos para saber cuándo tienen que discutir y cuándo hay que compartir los momentos en que podemos estar juntos.

- Creo que no sacamos nada con ponernos a discutir ahora. Además, qué podemos solucionar nosotros, ¿no le parece? No vamos a cambiar el mundo con palabras.

- Sí, tiene razón. Y no le niego que no hayamos tenido equivocaciones, algunas muy graves. Y que no hayamos sabido defender este proceso, que era un sueño de muchos años, de antes que usted naciera. Pero cuando hay dos, tres, diez personas que se juntan, que empiezan a recono-

cerse, a hacer algo, es porque no todo está perdido. Nosotros solos no hacemos nada: nos quedamos hablando de nosotros mismos, sobándonos las heridas, y terminamos por mirarnos el ombligo o por empezar a chochear. Pero si uno confía en la capacidad del pueblo para superar los errores y volver a la pelea, entonces uno puede empezar a vivir de nuevo. Siempre he pensado que el pueblo es más que una palabra que se puede usar en un discurso: que es como una planta capaz de crecer en cualquier parte y en cualquier tiempo, aunque le nieguen el sol o la lluvia, y aunque le nieguen hasta el nombre. ¿No se ha fijado usted que mientras los momios, con toda la comida que pueden comprar, apenas crían uno o dos hijos largos y huesudos como jotes, que viven escondidos en sus palacetes y no se atreven a andar a pie por las calles, en las poblaciones los compañeros le dan como bombo en fiesta a la cuestión y los hijos nacen como callampas? Si la cosa va así, a pesar de toda la represión, los estados de sitio, toques de queda, las detenciones, tenemos reservas para rato.

El cortejo llegó a la Avenida La Paz. A lo lejos se hizo visible la mole amarilla de un hospital y más allá el edificio del manicomio.

El muchacho quiso preguntarle algo, pero ya el otro extendía la vista hacia las casas descoloridas, como si el mundo se hubiera reducido a un paisaje conocido pero que se recorre con la misma desapacible curiosidad.

De pronto le dijo:

- Volviendo al poeta, ¿sabe cuál es el poema que más me ha gustado?

Entrecerró los ojos, como si no le interesara que le respondieran:

- Uno que se intitula 'Las flores de Punitaqui'. ¿Lo ubica? - No - le dijo el muchacho, disculpándose otra vez - es que ha escrito tanto.

- Quizás debe ser porque estuve allí una vez, no sé. ¿Usted conoce el Norte? - Se quedó con la vista suspendida un momento, como saboreando un paisaje íntimo, y murmuró: Las flores de Punitaqui.

En un momento el grupo pareció apretarse imperceptiblemente, sin dejar de avanzar. Pasaron varios carros con militares, que doblaron por una calle lateral.

Los que marchaban parecían concentrados en sus propios

pasos, pero con la piel sensible ante lo que ocurría a su alrededor.

El muchacho tuvo la sensación de estar pisando el umbral de un territorio extraño, prisionero voluntario de hechos no previstos, pero que lo rozaban con un estremecimiento de algún modo escrito o leído en una época distinta. Pensó en los amigos que estarían viviendo su propia zozobra, su propio ajuste de tiempo. Recordó la ciudad del poeta, el día en que había caminado muchas calles que ahora no sabría nombrar porque empezaba a palpar el abismo entre el amor y el mundo y sabía que tarde o temprano vendría la despedida. *'Abandonado como los muelles en el alba / Es la hora de partir, oh abandonado!'*

Notó que su compañero había avanzado a la fila siguiente, intercambiaba unas palabras con otra persona y luego volvía a su puesto con el rostro duro y ensimismado.

Acomodó los pasos sin mirarlo, sin deseos de preguntar, buscando sólo la cercanía, esa intimidad nueva que se palpaba en el grupo como un hallazgo necesario.

'No tengo tiempo para mis dolores / Nada me hace sufrir sino estas vidas / que a mí me dieron su confianza pura / y que un traidor hizo rodar al fondo / del agujero muerto, desde donde / hay que volver a levantar la rosa.'

- ¿Usted estuvo en la casa del poeta? Dicen que destruyeron todo...

- El joven buscó anudar el hilo de la conversación.

- No, no pude asomarme. Pero hubo otros compañeros que se hicieron presente. Estaba el piso inundado, las ventanas rotas, sus cosas pisoteadas. Como si hubieran querido echar a pique la casa.

'En tí se acumularon las guerras y los vuelos / De tí alzarón las alas los pájaros del canto. / De tumbo en tumbo aún llameaste y cantaste / De pie como un marino en la proa de un barco.'

- Pero no han sido capaces de impedir esta despedida.

Aunque prohibieron avisar el día y la hora en los diarios, de todos modos se supo.

- Es una despedida, pero también es una manifestación - le susurró el compañero - . La primera manifestación después del golpe. Ya le dije que al pueblo no le agachan el moño así como así, y que sabe hacerse presente cuando es el caso.

'Cuando el verdugo presionó a los jueces / para que condenaran mi corazón, mi enjambre decidido / el pueblo abrió su laborinto inmenso / el sótano en que duermen sus amores / y allí me sostuvieron vigilando / hasta la entrada de la luz y el aire.'

La marcha se había hecho más lenta, y un silencio oscuro, pesado, flotaba en el aire como si la tierra se hubiera puesto de pronto boca arriba y los pasos recién estuvieran inventando un camino para salir. Debe faltar poco para llegar, pensó el muchacho. Recordó que una vez su viejo le había dicho, acordándose de la capital, donde había vivido y se había casado por primera vez: lo más grande que tiene Santiago es el cementerio, es como una ciudad dentro de la ciudad.

De pronto, en algún lugar de las filas alguien aventuró, a media voz: compañero Pablo Neruda.

Los pasos se desordenaron, y algunas voces respondieron: presente. De las filas de adelante una voz enronquecida de mujer volvió a repetir: ¡compañero Pablo Neruda!

Y un coro ahora decidido, rehaciendo sus voces sobre ese tiempo acallado a balas y decretos, gritó más fuerte: ¡Presente!

De los camiones que se habían apostado en las inmediaciones comenzó a bajar la tropa. Los oficiales daban órdenes rápidas, nerviosas. Uno de los vehículos partió delante del cortejo, acelerando la marcha.

- Putas, aquí va a quedar el despelote - dijo el muchacho a media voz, mirando a todos lados, desconcertado - nos van

a sacar la cresta a todos.

Dos o tres integrantes intentaron salirse de la fila. Pero estaban demasiado nerviosos como para disimular.

- Manténganse en el grupo, compañeros - dijo alguien, evitando mirar hacia atrás - si estamos juntos no se van a atrever a hacer nada, pero si empiezan a desbandarse nos van a ubicar más fácil y nos van a agarrar como pollos. Una nueva voz se alzó: ¡Compañero Salvador Allende! Y esta vez la respuesta fue un grito de desafío en que parecían repercutir marchas incontables, años de afirmaciones y derrotas, calles que se llenaron y vaciaron en una ola de pasos y voces que seguían rehaciendo precariamente su cauce, pero con la fuerza y la seguridad que tienen los sueños compartidos, y que volvían a emerger en el momento más difícil, buscando rehacer el sentido del tiempo:

- ¡Presente!

- ¡Ahora!

- ¡Y siempre!

El joven fue mirando los rostros de los que marchaban, y entonces supo que asistía a algo importante, a algo más importante que el propio poeta, algo que no estaba en los libros ni en las conversaciones fabulosas de los amigos, y que algún día sería necesario contar con sencillez pero sin acomodar la historia a las palabras, porque brotaba como una verdad pequeña y dura igual a una semilla: supo que toda esa gente, paradójicamente, estaba negando la muerte en sus propias narices, y que el funeral era una celebración de la vida, un acto de recuperación de todos esos sueños, aislados o truncos, que pueden unirse y recrearse en el espejo profético de la poesía.

Un murmullo comenzó a desplegarse sobre las cabezas, un murmullo de dientes apretados que ahora rehacía una melodía familiar. El muchacho se mordió los labios, entreabriéndolos en las palabras finales, *mundo*, sintiendo una respiración helada en la espalda, *pan*, mientras miraba de reojo a su compañero, *unidos*, que dejaba caer sin pudor un par de lagrimones que alcanzó a espantar de un manotazo, *ternacional*.

Respiró hondo, miró hacia donde estaban apostados los militares, y presintió que esta vez no harían nada, que sus armas eran aún más precarias que las voces que crecían de ese grupo desarmado.

Cuando el cortejo se acercaba a las puertas del cementerio, algunas floristas abandonaron de improviso sus puestos y lanzaron una apretada lluvia de pétalos sobre el féretro, sacándolos de sus canastos a puñadas. Del cortejo se adelantaron varias personas para ingresar directamente al recinto y estar más cerca de la ceremonia final, y otras se acercaron al furgón para cargar las coronas.

En el momento en que la columna se detenía, y el grueso de la gente empezaba a arremolinarse en la puerta, el viejo se desprendió del grupo y empezó a caminar hacia el centro de la ciudad.

El muchacho lo miró con sorpresa, luego se le acercó a la carrera:

- ¿Que ya se va? ¿Usted no va a quedarse al entierro?

El viejo se detuvo, lanzó una mirada alrededor y se rascó la cabeza como si lo pillaran en una falta grave:

- La verdad es que nunca he sido bueno para los entierros - le dijo, y haciendo el gesto de mirar un reloj inexistente - además, ya se me hizo tarde, y tengo que volver a trabajar. El muchacho lo vio alejarse, movió la cabeza con extrañeza, luego empezó a sonreír.

De dos zancadas se le puso al lado y sin mirarlo, dándole una patada a una piedrecilla que le estorbaba el paso, le propuso:

- Ya que vamos por el mismo lado, podíamos seguir juntos unas cuadras más. A mí también se me está haciendo tarde.

Los pasos, o el viento, levantaron unos pétalos sueltos que volvieron a posarse en el suelo, como un homenaje de adiós. O de bienvenida. □

HISTORIA SENCILLA

□ NICOLAS VEGA

'Muchos de mis amigos están lejos: unos desaparecieron en sus celdas otros viajaron a países remotos y desde allá se hacen señas con la mano.'

(Exilio, fragmento. Juan Armando Epple).

'...imponiéndole las manos le preguntó: Ves algo? Mirando él, dijo: Veo hombres, algo así como árboles que andan... De nuevo le puso las manos sobre los ojos, y al mirar se sintió curado, y lo veía todo claramente.'

(Marcos, 8).

En estos meses que nevó tanto, aquí en este mundo, cuando ya parecía que nunca más volveríamos a ver el sol y todo estaba cubierto y no se veía otra cosa que blanca en las llanuras y los cerros y el cielo cada vez bajaba más, yo comencé a sentir aquella gelatina que me cubría toda la piel, algo que se me metía por los poros y por debajo de las uñas. La veía a ella toda vestida de negro, desde diferentes ángulos y distancias, con diferentes cargas de luz. Unas veces desde arriba; otras, desde una quebrada. Me seguía en silencio. Yo bajaba la vista y seguía mi camino, pero al volver la cabeza, estaba de nuevo allí. Entonces sentía que mi corazón pronto se iba a reventar, porque las gotitas de sudor me empezaban a correr frías, abriendo pequeñas grietas en mi frente, o deslizándose por la nuca hacia la columna vertebral. Empecé de repente a sacar la cuenta de cuánto tiempo me encontraba acá en este otro mundo y que toda mi caminata sin rumbo era la búsqueda de lo que se había quedado allá tan lejos. Ahora estaba equilibrándome justo en el borde del abismo. Sacando la cuenta, daba lo mismo o no seguir adelante o terminar allí mismo con todo. Me volví a mi casa a meditar, a entretenerme con la idea, a jugar con el límite, a acercar aunque fuera con curiosidad la puntita del pie a esa zona prohibida. Entonces se descubre que no hay nada lógico, que todo esto es pura casualidad, gratuidad. En eso estaba... dándole vueltas a la idea ('Para ella eres un ejemplo en todo sentido y se siente toda ancha al recibir tus cartas') de terminar este exilio de un balazo ('Día a día estás presente en esta familia').

'Yo he pasado por días muy oscuros, pero ya veo la luz y me esfuerzo por seguir adelante'. (Me fuí con ese grupo de latinoamericanos a la fiesta de despedida que organizó aquí este gringo texano que se vuelve. Las paredes del local estaban decoradas con motivos de Texas: yanquis con botas altas, dos revólveres en las manos, disparando. Allí me encontré con mi amigo Hong y mi amigo Hué. Ellos reían, reían sin carcajada, con una sonrisa suave y sus ojitos oblicuos, vibrando, cuando contaban de la invasión china a su patria. Por qué te ries Hong, le dije. Porque hay que reír, me dijo. Pero si todo es tan terrible y trágico. Sí, me conté, pero nosotros podemos reír, porque estamos



seguros de la victoria: todos los invasores se han quebrado los dientes en Vietnam. Y seguía riendo con su sonrisa de querubín y su ternura inmensa). 'El otro día ayudé a una chilena a parir su primer hijo. Ocho horas pujando junto con ella. Al principio tenía miedo y dije a la matrona en los últimos minutos: voy a salir porque no me encuentro lo suficientemente fuerte. Pero esto me fué agarrando y perdí el miedo y me olvidé de todo



y sólo pensaba en ayudar a ese ser humano en sus dolores y al otro a poder salir a este mundo de una vez, ya que lo veía cómo se revolvió en el vientre y no encontraba salida. Fué esa sensación increíble, ocho horas pujando con ella y por fin salió disparado'. (Están bombardeando el norte, Hué, los invasores. Pero Hong y Hué estaban tocando, Hong en su guitarra y Hué en un instrumento pequeño de cuerdas, vietnamita, y era una canción que traía gotitas de la lluvia de Vietnam, sonidos de los ríos ahora pisoteados, de los árboles desintegrados por los cohetes chinos. Y seguían tocando. Ahora ya estaban tocando una canción de Theodorakis y el Chipriota Neoklis la estaba bailando. Y se la repitió. Las bombas, las bombas, Hué. Pero Hong y Hué seguían sonriendo con su sonrisa transparente. Venceremos Hué le grité y pararon la música afinaron un poco las cuerdas y tocaron 'Venceremos', sin entender casi lo que cantaban, pero la cantaban). 'Me mandaste a decir que quizás pueda hacer una escultura o algo, 'crear', no fué realmente esto sino un cuadro de cobre. Me lo pidieron de la 'Asociación de ciegos de Vestlands'. Un cuadro que ellos pudieran reconocer con el tacto. El tema: un lugar de vacaciones,

tres casas rodeadas de jardines y un bosque. No me sentía capaz, pero recordándote y no teniendo de dónde agarrarme, me pesqué de aquí y después de 15 días salí con el cuadro y conmigo a fuertes empujones. Bueno, a todos les gustó mucho y los ciegos dicen reconocer todo...' (Yo vengo de Chile Hong, soy del Sur. Quiero decirte que cuando ya estábamos uno o dos meses en la cárcel, logramos pasar de contrabando una radio portátil de onda corta y comenzamos a escuchar por las noches, secretamente, la gran ofensiva vietnamita contra las tropas invasoras, contra los yanquis, y aplaudíamos calladitos y adentro de la cárcel celebramos el triunfo de la revolución vietnamita. Desde adentro de la cárcel nos alegrábamos y decíamos 'vamos ganando', porque Vietnam era una cuenta pendiente y era también el ideal hecho realidad. También escuchábamos radios chinas y comentaban no sé qué discurso de Mao allá por el año 1930 y ni media palabra de solidaridad. Ni media Hong, ni media palabra tampoco de condena al golpe fascista en Chile). 'Tenía el compromiso de escribirte. Siempre quiero escribirte la mejor carta, pero qué se le va a hacer. Hay que conformarse con lo que uno puede hacer y no vivir de ilusiones'. (Hace mucho tiempo que deseo comprar un Charango, porque a mí me gusta mucho la música latinoamericana. Y cuando me vaya a Vietnam quiero tocar allá a la gente de mi pueblo. Hué, yo tengo uno, le dije. Lo compré para regalárselo a mi amigo Helmuth, compañero de celda en Chile y que vive en Inglaterra ahora. En el exilio. Salí de la fiesta a buscar el Charango y se lo regalé a Hué. Hué se lo quedó mirando, lo dió vuelta por todos lados y no lo podía creer. No. No era posible. Si él, el día anterior solamente había querido comprar uno. Y ahora tenía uno en sus manos que era de él y para su pueblo. 'Spiele etwas vor' le dije en alemán, lo que en buen chileno significa 'tócate algo' y Hué paseó sus deditos finos por las cuerdas del Charango hasta dejarlo bien afinado. Todos se callaron y lo juro: Hué cantó 'Gracias a la vida' y después 'No nos moverán'. Sigue tocando Hué le dijimos. 'Ich kann nur zwei Lieder' contestó siempre riendo. 'Sé sólo dos canciones' dijo... 'Por ahora', debe haber pensado. Después dejó el charango sobre una mesa y siguieron tocando con la guitarra y el otro instrumento. Y vino la música de Guantánamera cantada por Neoklis. Entonces el estudiante africano tomó el charango, se puso al medio del salón y con el charango en la mano comenzó a sacar un ritmo con el cuerpo. Llevaba el ritmo de Guantánamera, con el cuerpo, con los dedos, con las caderas, sin mover un centímetro los pies del suelo y al compás, movía también el charango, siempre hacia adelante, volviéndolo, y de nuevo adelante...). 'Soy una amiga y camarada que también piensa en volver, en superarse, en ayudar, en reconstruir, en vivir...' Hoy día vino Hué a mi casa. Se va con el Charango. Sacó un paquetito de su maleta, me lo entregó y se fué sonriendo. Al abrirlo, encontré la bandera vietnamita. Adiós, Hué. Hasta la victoria... □ (Göttingen 4.03.79)

LIBROS

Gonzalo Rojas. TRANSTIERRO (versión antológica: 1936 - 1978) Madrid, Colección de Poesía Nos Queda la Palabra, Ediciones Taranto, 1979.

Por Marcelo Coddou

'Todo auténtico escritor es espléndidamente monótono', anotó alguna vez Cesare Pavese. En Gonzalo Rojas encontramos al poeta que sabe, con certeza, de la fundamental unidad de todo cuanto ha escrito: no la inesencial de la autobiografía o del gusto, sino la de temas, la de intereses vitales (propicia lo que llama una 'poesía activa'), la de obstinaciones siempre reiteradas, propias de quien supo que había tocado, el primer día, un mundo verdadero. Por eso no quiere —no puede— hacer otra cosa que dar vueltas en torno a un grueso caudal, desprenderle fragmentos y trabajarlos con profundidad a una luz oscura que busca lo germinante.

De ahí que su nuevo libro no sea sino, magníficamente, lo que su subtítulo anuncia: una 'versión antológica'. De los noventa y un textos que lo componen, sólo dieciocho no figuraban en *Oscuro* y, de éstos, cuatro son de muy antigua data: 1935 y 1936, que el poeta rescata de papeles inéditos ('Cuaderno secreto'). Las variantes de textos son inesenciales y más de alguna, al parecer, debida a errata en la nueva versión. Suprime epígrafes (así en 'El gran vidrio', 'Una vez el azar se llamó Jorge Cáceres', 'Publicidad vergonzosa' y en 'Los días van tan rápidos'), elimina datos (lugar y fecha en 'Un bárbaro en el Asia', fechas en 'Retrato de mujer', 'Juguemos al gran juego' y 'Figura mortal'), borra dedicatorias (así en 'Encuentro con el ánfora'), cambia un título ('Culebra o mordedura' de *Oscuro* pasa a llamarse 'A esa empuja'). Cambios mínimos si se comparan con el muy cuidadoso trabajo cumplido en la presentación de diversas versiones de textos que hay desde *La miseria del hombre* (1948) a *Oscuro* (1977), pasando por *Contra la muerte* (1964), en donde la labor de reducción era extrema y, casi siempre, enriquecedora.

Un ejemplo muy nítido de ese tipo de atención morosa a poemas que sufren así alteraciones esenciales lo encontramos también en este último libro: la versión original de 'Yo que no lloro' —que poseemos en ejemplar manuscrito remitido por el autor—, tenía como estrofa final los versos que ahora componen un poema autónomo, bajo el título 'Morar el muro'. La supresión del verso 4o de 'Yo que no lloro' es lamentable errata en la publicación.

La justificación de un nuevo libro a escasos dos años del anterior, en este poeta *larvario* que es Gonzalo Rojas —en *Oscuro* había dicho 'no creo gran cosa en la letra pública hasta que no se nos impone como palabra viva y necesaria'—, está no sólo en el hecho de que incorpore textos recientes (algunos de ellos son de los más notables que lo conocemos: 'Transtierro', que cierra el volumen y le da título, 'Díspora 60', sobrecogedor poema en que la dimensión existencial atiende, más allá de la simple referencia, a un exigir ético y 'Papiro mortuorio', canto de solidaridad sin facilidades panfletarias y de visión trascendida en profundidad). Con esta aparición se le abre al autor un ámbito, el español, que, si bien no le estaba vedado por completo —José Olivio Jiménez publicó en *Insula* una inteligente entrevista que le hiciera hace un año en New York y *Oscuro* logró algunas reseñas de importancia en Barcelona—, necesitaba romper, como se dice en la presentación, 'el inexplicable olvido de nuestros editores (los peninsulares) ante una obra poética de tanta jerarquía en América'. Sobre todo si se tiene en cuenta que la editorial caraqueña de *Oscuro* (Monte Avila), no se caracteriza por una distribución concorde a sus realizaciones de publicación.

Novedad total del libro reciente, y que hace de su lectura una experiencia completamente inédita, es la falta de distri-

bución de sus textos en partes, como ocurría en los tres volúmenes anteriores del poeta. Ahora se obliga a una lectura de tonos variados yuxtapuestos y saltados, sin proposición formal ordenadora. Acierto nos parece la apertura del libro con una reproducción facsimilar de un 'Mapa de una parte de Chile', de 1777, correspondiente, claro, a la zona natal del poeta, la de Lebu. Un breve prólogo, substancioso y sugerente como tantas otras páginas en prosa dispersas aún de Gonzalo Rojas, anuncia lo que es poética del autor y prepara a la mejor lectura de la obra. Esa unidad y continuidad a la que aludíamos, aparece explícitamente formulada: 'No hay *Transtierro* en mí si no hay *Oscuro* en la simultaneidad del oleaje: *Contra la muerte* ahí, *La Miseria del Hombre*. Que todo es todo en la gran búsqueda del desnacido que salió de madre a ver el juego mortal, y es Uno: repetición de lo que es. Antología de aire, metamorfosis de lo mismo'. Y esto es lo que efectivamente encontramos en la nueva 'versión antológica'. Los poetas hispanos de la predilección permanente aparecen una vez más nombrados, mostrando esa consubstanciación de lectura y vida que es el oficio poético de Rojas: 'Transtiértrate, le entonces digo a mi alma, y verás. El origen verás, la patria honda del transtierro. Que es Tierra y más, palabra viva y rehallazgo; aquí, allá, sin nadie, con Quevedo. Que nos amó y nos hizo; con San Juan de la Cruz. Y Vallejo, y Huidobro, y Pablo, y Luis Cernuda, y el otro Pablo'.

El texto mayor del poemario —entre los nuevos—, 'Transtierro', ha sido objeto ya de un lúcido análisis, hasta el momento inédito, de Nelson Rojas, quien discute el término como un caso de 'violencia léxica'. Neologismo, evoca *entierro* asociándose a connotaciones mortuorias y, desde perspectivas morfológicas, sugiere, muy claramente, *destierro*. Efectivamente, el tema básico del poema es el de *la muerte en el exilio*, pero muerte que, en esa búsqueda de los orígenes decisiva en la poesía de Rojas —recordemos: 'el origen verás, la patria honda del transtierro'—, se transfigura en gestación de nueva vida, otorgadora de identidad. De allí los versos finales, con toda su polisemia (*partir* y *parir*):

Parto
soy, parto seré.
Parto, parto, parto.

El mismo Cesare Pavese que citábamos al inicio de esta nota ha escrito: 'son raros los creadores que saben hacer coincidir la profunda exigencia formal, implícita en la huella de su más remoto contacto con el mundo, y los medios expresivos provistos por la cultura a toda una generación'. De estos raros es Gonzalo Rojas, cuya lengua poética es la más genuina entre sus coetáneos. Así lo han reconocido escritores chilenos de hornadas más jóvenes. Lihn, por ejemplo, aprecia en él una autenticidad que no niega sus filiaciones, pero que las asimila, poniéndolas al servicio de necesidades expresivas: ve cómo el poeta de *Contra la muerte* se desprende del surrealismo 'por la importancia que le da al lenguaje, a las operaciones lingüísticas, por su instalación en una lengua' y considera que su *retoricidad oratoria*, su *aparataje discursivo*, 'pone de relieve la necesaria fragmentación ante una experiencia *inefable*'.

Mucho de esto es lo que volvemos a ver en textos nuevos como los mencionados 'Papiro mortuorio' e 'Imago con sonido'.

Al reconocimiento ya generalizado que de la obra de Gonzalo Rojas se está produciendo —el último número de la *Revista Iberoamericana*, dedicado a Huidobro y la vanguardia consagra a Gonzalo Rojas toda una sección, con tres substanciosos ensayos; éxito total fueron sus recitales en Florida, Pennsylvania y New York el año pasado y su presencia fue acompañada de la más fervorosa audiencia en el reciente congreso del Instituto de Literatura Iberoamericana celebrado en Pittsburgh—, viene a sumarse la edición de este nuevo libro, para así consagrar, en definitiva, al poeta que muchos reconocen como una de las voces más válidas de la poderosa literatura chilena actual.

Rene Ruiz. FERNANDO ALEGRÍA: VIDA Y OBRA. Madrid: Colección Nova Scholar, 1979. Por Rosa Reeves, El profesor Ruiz conocido ya por su obra: *George Lukács, teoría literaria* y por sus esfuerzos en crear dentro de la enseñanza un mayor interés hacia los diferentes aspectos de la cultura y literaturas latinoamericanas, logra dar en este libro una certera imagen de Fernando Alegría.

En su estudio el profesor Ruiz describe con acierto diferentes aspectos de la vida y obra del escritor F. Alegría, que hoy en día es la figura más importante dentro de la generación del 38 de la literatura neorealista chilena. El propósito de Ruiz es el de seguir las teorías literarias del escritor húngaro George Lukács (1885 - 1971) y aplicarlas a un análisis de siete de las obras de ficción de Alegría (1918 -).

A través del método lukasiano y en la forma de cuatro capítulos —una introducción, conclusión y bibliografía— se hace un análisis literario limitado a ciertos aspectos. En la introducción se presenta una breve biografía y análisis de la filosofía de Lukács. El aspecto fundamental del análisis crítico literario lukasiano es la determinación de la realidad objetiva que es conformada artísticamente en la obra. Según Lukács la opinión personal del autor no debe afectar el resultado final de la obra analizada. Lo menos importante dentro de una obra es el concepto que el escritor pueda tener de la realidad; lo importante es que esta realidad aparezca en la obra. Fernando Alegría, según Ruiz, un innovador y revolucionario en el campo de la literatura experimental, ha expresado en varias ocasiones qué es para él la realidad y esta realidad es la que se expresa en su obra narrativa. El método de análisis crítico lukasiano consiste en el estudio detallado de un texto literario a la luz de los problemas filosóficos, económicos y políticos que se relacionan con la conformación artística de la realidad que es la obra. El punto de partida del análisis debe ser el escritor, la época de su formación artística y cultural. Para conseguir este fin, el primer capítulo del libro de Ruiz trata de la vida del escritor y continúa en el segundo capítulo con la generación literaria a que Alegría pertenece: la del 38. Por medio del análisis de qué es una generación, de las influencias literarias, los objetivos, unidad y marco histórico-social de la generación del 38, René Ruiz presenta una gran parte de los elementos constituyentes de la formación artística y cultural de F. Alegría. El tercer capítulo es un estudio de la novelística del escritor chileno con una breve síntesis de los elementos formativos del espíritu nacional chileno. Del análisis de la obra Ruiz pasa a buscar los nexos histórico-sociales más constantes que según el autor son el imperialismo y la religión y que fundamentan la obra de Alegría.

René Ruiz advierte con claridad analítica como esta obra tiene un germen unificativo en lo que él llama 'esencias'. Estas esencias, pasando por las figuras y escenas literarias típicas forman el medio estético artístico usado por F. Alegría. Este medio presenta la época con sus contradicciones y tensiones y demuestra la posición que según Ruiz tiene Alegría frente a la sociedad y a la vida. Expresa, entre otras cosas que Alegría muestra una profunda preocupación estética que no ha recibido el reconocimiento que se merece. Este aspecto, aunque expresado, no es objeto de la investigación de Ruiz. En cambio se insiste en el análisis de la posición del escritor chileno ante la sociedad y ante la vida así como su evolución en este aspecto. El aspecto evolutivo en la obra del escritor, que Lukács considera muy importante, está trunco en este libro sobre F. Alegría, como lo dice el mismo Ruiz. *El Paso de los gansos*, obra publicada en 1975 apareció cuando el libro *Fernando Alegría: Vida y obra* ya estaba en prensa. *El paso de los gansos* y el resorte histórico-social del golpe militar de Pinochet en Chile que le originó, constituyen un libro y una época definitivos en la posición y evolución de Alegría como escritor.

El libro de Ruiz, considerando sus limitaciones, es un acierto. Se nota que el profesor Ruiz ha hecho una investigación profunda y amplia, conoce bastante bien a Alegría y es claro en su presentación. El libro tiene pequeños errores lamentables. Los llamo lamentables porque son de imprenta. El Dr. Ruiz

quien tuvo tres o cuatro entrevistas con Alegría, sabe cuál es el apellido de la esposa del escritor o cómo se deletrean dos de los nombres de Presidentes de Chile. Son estas pequeñas caídas que necesitan corregirse. Quizás su bibliografía sobre el escritor debería haber sido un poco más completa. Es un encaje lógico.

Puede que a un lector el método crítico lukasiano no le interese, no le convenza y por esto le desagrade el libro de Ruiz. El punto aquí es si el Dr. Ruiz conoce y aplica bien el método de Lukács. En esto no hay duda. Sin embargo, es justo decir que el libro de Ruiz no parece sobrepasar suficientemente esta base inicial. Aunque advierte con gran claridad y paso a paso los nexos y elementos propios de la vida y obra de Fernando Alegría, su análisis, en el fondo, es la comparación sin comparar. En resumen, Ruiz logra plenamente lo que se ha propuesto, pero quisiéramos que se hubiera propuesto más.

POSTDATA AL TESTIMONIO DE OSVALDO.

A Raúl Barrientos, poeta y compañero chileno.

A Luz Esther Benítez, con la esperanza de que algún día Osvaldo escuche tu cantar.

Por Yamila Azize

Un día, hace ya varios años, meses después del sangriento y terrible golpe chileno, tarde en la noche, intentaba apaciguar un poco el revuelo que me ocasionaban cientos de tarjetas y fichas bibliográficas, y encendí ese tubo eléctrico capaz de sorprendernos con las más inesperadas cosas. Y fue terrible la imagen que me impactó y por supuesto me obligó a abandonar todas aquellas fichas, que aunque interesantes (trabajaba entonces en un estudio sobre las luchas de la mujer puertorriqueña a principios de siglo) podrían esperar, y siendo la figura de una mujer la que ocupaba la pantalla, de algún modo se integraría al estudio. Sorprendida en primer lugar porque lo transmitido era una grabación completa de uno de esos extensos festivales de canciones CELEBRADO EN CHILE, finalmente quedé atrapada por los personajes que comentaban el acontecimiento, muy en especial por unas embujadas declaraciones lanzadas por 'la INCOMPARABLE MUÑECA DE LOS OJOS BRUJOS' —puertorriqueña, criada en Nueva York, conocida también por Nidia Caro. Todo el acontecimiento impresionaba por la fachada de paz, armonía y tranquilidad que intentaban. Luego la ira e indignación iban creciendo por ver y escuchar a un grupo de cantantes latinoamericanos entonando melodías en un festival patrocinado por uno de los gobiernos— que por aquellos días —había cometido uno de los más horrendos crímenes contra la música latinoamericana como fue el asesinato de Víctor Jara— cantautor chileno apresado junto a miles de chilenos en el estadio Chile de Santiago, torturado, hasta morir desangrado, creyendo que así enmudecían su voz y música:

'La sangre del compañero Presidente golpea más fuerte que bombas y metrallas, así golpeará nuestro puño nuevamente— afirmaba Víctor en su último poema.

Pero a pesar de la orquesta, los cantantes y las canciones, las bombas y metrallas de Santiago todavía podían oírse. Y desgraciadamente era una puertorriqueña quien ofrecía su voz en la orquestación de aquella carnalada: festival de canción y muerte. La MUÑECA cantó y también habló. Lo que cantó pudo haber sido muy bien su 'cantar por cantar', por cantar sin más motivo ni preocupación (canción ganadora del festival) porque ella era todo alegría. Y no bastaba ni su cantar, ni el de los otros artistas participantes. Ella y ellos necesitaban más. Pero era precisamente aquí donde surgía 'un pequeño problema' que confluía con la realidad del Santiago de Chile del año 1973. La ciudad —afirmaba la cantante en un intermedio de la transmisión— estaba en Estado de Sitio. El por qué, o ella nunca lo dijo o yo no lo logré escucharlo. Pero —proseguía ella— esto no es mayor problema para nosotros que a pesar de algunas pequeñas restricciones como los toques de queda celebramos unas estupendas fiestas que por su duración y ambientación han sido bautizadas 'las fiestas de toque a toque'. En aquel NOSOTROS y en aquellas FIESTAS la Nidia olvidaba

quizás algo turbada por las bombas y metralletas —haber invitado a su fiesta a un Víctor Jara y otros cientos de artistas, cantantes y pueblo chileno, que aunque apresados, también cantaban melodías orquestadas por la sangre, el llanto, los tiros. Melodías que eran el alimento para reafirmarse en la vida y quizás una esperanza. Se olvidaba también la Muñeca de lo que Víctor, meses antes, en su canto con sentido y con razón había cantado a los cantantes que como ella cantaban por cantar:

<i>Yo no canto por cantar, ni por tener buena voz Mi canto es de los andamios para alcanzar las estrellas Que el canto tiene sentido cuando palpita en las venas</i>	<i>del que morirá cantando las verdades verdaderas... Ahí donde llega todo y donde todo comienza Canto que ha sido valiente siempre será canción nueva.'</i>
--	--

Que el canto de Víctor Jara ha sido canción nueva es algo escuchado y sentido en muchos de los sonos de nuestra América. Con el de la Nidia algo muy diferente sucedió...

Las fuerzas policíacas chilenas intentaron acallar la voz de Víctor apresándolo en un estadio junto a miles de chilenos. No sabían que eran precisamente los estadios grandes y las multitudes el mejor ambiente para dar su canto en constante crecimiento. En el Chile de Pinochet, aquel que Nidia festejó en sus fiestas de toque a toque, su canto saldría de los límites del teatro donde se celebró el festival para ser confinado en los estrechos espacios de una prisión...

Hace unas semanas leía en el número más reciente de 'Literatura Chilena en el Exilio - Primavera 1979 —un testimonio-historia titulado 'La vida a través de una reja' y me sorprendió ver otra vez el nombre de la cantante puertorriqueña ligado a Chile. Antes —en aquella transmisión del festival de 1973— era Nidia quien comentaba de la canción y fiestas en Chile, AHORA es Osvaldo Ahumada —preso político en una prisión chilena quien comenta la canción de la MUÑECA:

'Estar preso no significa estar privado de la libertad solamente, existen varias penas anexas, que si bien es cierto no están estipuladas en ningún código, los reos tenemos que sufrir igual a causa de ellas, creo que a mí las que más me mortifican es el castigo de la Abstinencia Sexual Obligatoria y la Nidia Caro; la primera es fácil de entender, hace más de 1,552 días que no hago el amor con mi mujer, el segundo es una tortura cotidiana que trata de lo siguiente: El capitán de los carceleros leyó en alguna parte que los animales se calman, se tranquilizan cuando escuchan música y decidió aplicar el mismo sistema a los presos... obligó a colocar música por los parlantes para solaz de los encarcelados, pero olvidó dos detalles el primero que todos nosotros tenemos radios, televisores, equipos modulares y refrigeradores y podemos escuchar música que queramos y a la hora que deseemos y el segundo que en la caseta del parlante sólo hay un sólo disco, un long play de NIDIA Caro, y por lo tanto para cumplir con su orden lo tocan unas diez veces diarias y todos los días. Nidia Caro, te odio con todas las fuerzas de mi corazón. Me conseguí un retrato de ella, lo pegué en la pared de la celda y cada vez que consigo un alfiler se lo clavo, ya le he clavado 127, además le dibujé un gran candado en su boca. ¡Te odio maldita Nidia! ¡Cállate de una vez! ¡Muérete! ... (1)

Muy probablemente Osvaldo Ahumada nunca supo de aquella visita de la cantante puertorriqueña a Chile en el año 1973, y menos aún de aquellas fiestas y comentarios que la cantante manifestara luego en Puerto Rico. Mientras la Nidia se dirigía a abordar su avión, abandonar las fiestas de toque de su 'tranquilo' Santiago, sin olvidar haber hecho todas las transacciones con las agencias pertinentes para seguir difundiendo su despreocupado canto; Osvaldo y otros miles de chilenos eran dirigidos a una prisión que los confinaría a estar detrás de unas rejas. Nidia salía, volaba y creía dejar su música en un Santiago para ella libre, sin sospechar el destino carcelario que tuvo su canto. Osvaldo tampoco conoce otros detalles de la cantante que ahora en el Puerto Rico de 1979 intenta armonizar su canto despreocupado con la ¿Danza libre? en su discoteca Isadora. No sabe Osvaldo que la Nidia en 'este mundo civilizado' sigue padeciendo la misma confusión que manifestó en Santiago de Chile. Pero Osvaldo privado de los aviones, festivales, disco-

tecas y fetiches de Isadora; sintiendo, mirando y escuchando 'la vida a través de una reja' nos ofrece otro testimonio más que como el de Víctor Jara sube andamios, atraviesa rejas, recorre distancias, y desenmascarando el canto hueco de uno de sus torturadores, acerca más la fértil cosecha en la que reventarán miles de semillas anunciando la primavera.

(1) 'La vida a través de una reja', pág. 23, Literatura Chilena en el Exilio. Abril, Primavera, 1979. Edic. La Frontera, Los Angeles, California. (Subrayado nuestro).

EL ULTIMO DISCO DE ISABEL PARRA.

Por Soledad Bianchi

'Acerca de quien soy y no soy' se titula el último long-play de Isabel Parra, editado recientemente en París por el sello 'L'escargot'.

Intento de auto-retrato, su perfil va apareciendo a través de las ocho canciones cuya letra y música le pertenecen y de las otras tres de diferentes autores porque en todas hay algo que Isabel es o no es.

Obligada a abandonar el país, Chabela es posiblemente uno de los cantantes a la que más duele la ausencia de nuestra patria, así lo ha expresado en todo momento y en todos los ritmos: desde el triste lamento hasta la cueca alegre. Isabel no sólo se ha referido a su dolor personal sino que ha visto y dicho el dolor colectivo del desterrado cuya vida no se detiene porque sigue amando y sigue luchando para cambiar la dolorosa situación presente que vive Chile.

Porque le duele el exilio, porque lo siente, trata de comprenderlo en su complejidad: ¿cuántos miles de niños chilenos están fuera?: muchos ya no recuerdan su país, otros han nacido en el extranjero, algunos ni siquiera hablan castellano. En 'Ronda para un niño chileno: Matías', Chabela conversa con los niños y cariñosamente les habla de sus quehaceres infantiles contándoles, también, de su país ausente y lejano. Porque sabe del exilio, Isabel Parra le susurra comprensiva e impotente a Beatriz Allende que su dolor nos pertenece. En 'Un nombre, un apellido' reclama para Beatriz el derecho a ser algo más que un símbolo: un ser humano con todas sus preguntas.

Como siente el desarraigo, la naturaleza extraña, la tierra ajena, como siente distintos los pájaros, las flores, los astros, les canta pidiendo que la unan con su tierra:

*'Lucerito, lucerito
despacito entre la hierba
ya me voy, ya me voy
ya me voy, ya me voy yendo,
corazón y raíz
es lo que vivo sintiendo' (De 'Cardenales o gardenias')*

Pero a Chabela el dolor no se la gana. A pesar que recientemente la junta le negó el derecho a vivir en Chile, de esta injusticia ha sacado aún más fuerza:

*'Manos toquen instrumentos
instrumentos sin lamentos
y echar abajo la puerta
si se nos niega la vuelta.' (De 'Corazón canta y no llores')*

Y quiere seguir cantando porque reconoce:

*'...el dolor se me alivia
solamente cuando canto.'*

En la canción 'Acerca de quien soy y no soy', Isabel muestra más íntimamente sus sentimientos, sus 'maneras' en una tentativa difícil que teme que traicione lo que ella es:

*'una mujer ansiosa que da pasos
unos nublados, otros llenos de sol.'*

'Voy a olvidar que un día tuve un sueño' y 'Como un rayo de sol' son canciones de amor, de amor perdido que puede volverse a reanudar, de amor y tiempo que quieren rescatarse. Estas son las canciones de Chabela, una música variada y apropiada las acompaña. La incorporación de instrumentos como el bandoneón, el piano, el oboe y el cello resulta novedosa y muestra que Isabel Parra se enriquece innovando y luchando con su canción.

SEGUNDO TALLER DE LITERATURA HISPANOAMERICANA Y REALIDAD POLITICA EN CANADA

Durante los días 11 y 12 de mayo se realizó en la ciudad de Montreal (Canadá), el segundo Taller de Literatura Hispanoamericana y Realidad Política, con el esfuerzo fundamental de chilenos residentes en las provincias de Ontario y Quebec, en este país. El Primer Taller fue realizado en Toronto en el año 1977 con la participación de Fernando Alegría y otros intelectuales chilenos residentes en Estados Unidos.

En este Segundo Taller se entabló un amplio debate entre los participantes y el público asistente acerca de temas que tuvieron como centro de discusión el problema de la producción artística como compromiso cultural y político, la contracultura en los países imperialistas y bajo las dictaduras militares, el análisis de la literatura-testimonio, el trabajo cultural en el exilio, la importancia de la ideología y los medios de comunicación, etc.

Inició el debate el escritor Leandro Urbina con un estudio que se centró en las teorías marxistas del hecho cultural y las polémicas acerca del papel que debe cumplir el escritor según sea el carácter de la formación social correspondiente. Juan Carlos García de la Universidad de Toronto hizo un detallado análisis de la Literatura Testimonio y sus posibilidades dentro y fuera de la literatura, tratando de definir el tipo de escritura al que pertenece. Nain Nómez también de la Universidad de Toronto, hizo una amplia crítica del uso imperial de las comunicaciones de masas y su conexión ideológica con la cultura dominante en Latinoamérica. Jorge Etcheverry de la Universidad de Carleton, Ottawa, analizó las relaciones entre Literatura y Dependencia con referencia específica a los marcos de las diversas culturas y los modos de utilizar la subcultura en una perspectiva creadora. Manuel Aranguiz de Montreal, analizó la problemática cultural en el exilio subrayando la importancia de la labor cultural como trabajo político. Gonzalo Millán, poeta chileno, finalizó el Taller con un recuento de la literatura de la resistencia y su importancia para la supervivencia de las instancias humanas totales.

El Taller fue dirigido por el Profesor de la Universidad de York, Manuel Jofré y pensamos que la mejor característica del evento fue la participación colectiva del público, que contribuyó con sus ideas a afinar la perspectiva crítica del escritor y su compromiso social. La continuidad de la labor cultural en el exilio es uno de los aspectos fundamentales de la lucha que los chilenos y los latinoamericanos estamos dando día a día contra las dictaduras militares de nuestro continente.

Se aprovechó el trabajo del Taller para crear un Frente de Trabajadores Chilenos de la Cultura en Canadá que reúne a todos los artistas e intelectuales chilenos radicados en Canadá que luchan por la democracia en Chile.

LA BICICLETA *Cartas del Director*

Amigos: Un grupo de jóvenes hemos dado vida a 'LA BICICLETA', Revista chilena de la actividad artística; que es fruto del compromiso que como equipo asumimos con nuestro arte y con el desarrollo de nuestra cultura.

Estamos conscientes, y así lo hemos explicitado, que existe hoy en Chile un joven y vasto movimiento artístico que cada día aventura crear y recrear una cultura nuestra, que busca una identidad sustentada en nuestra realidad y en la comprensión de nuestras actuales circunstancias.

Este movimiento necesita grandemente de un medio de expresión como el que hemos entregado.

Sin embargo nuestra revista, por su misma naturaleza, no reúne las condiciones —desde una perspectiva exclusivamente comercial— que motivarían a un avisador a comprar espacios publicitarios; y los ingresos por venta no resultan suficientes para asegurar nuestra permanencia.

Estamos ciertos que no sólo a nosotros nos concierne y preocupa el futuro de nuestra vida cultural.

Es así que precisamos del aporte de quienes, sintiéndose hermanados con nuestra artesanal confianza, nos refuercen con un par de pedaleos. Les brindamos desde ya nuestro saludo afectuoso, Revista 'la Bicicleta', Matías Cousiño 199, Of. 908, Santiago, Chile. Eduardo Yentzen Peric, Director.

DESDE NUEVA YORK *Actividades Culturales*

Ultimamente, la Organización de Académicos Chilenos en Nueva York ha realizado un interesante programa artístico conocido en el ambiente literario de los hispanoparlantes como *Veladas en el Taller de Broadway*. La Velada inaugural estuvo a cargo del poeta ex-Embajador ante la ONU y Premio Nacional de Literatura (1971), Humberto Díaz Casanueva; leyó poemas de su impresionante libro, aún inédito, *El Hilo y el Hierro*, título que alude a la vida y la muerte, la donación y el despojo, la libertad y el poder de las armas. Lo presentó el profesor José Olivio Jiménez, quien destacó el desgarramiento dramático de su poesía y carga ética de su personalidad ejemplar.

En la Velada siguiente, el narrador Luis Domínguez, leyó el fragmento inicial de su novela *Oh Capitán mi Capitán* (en prensa en Monteávil); la acción comienza cuando una mañana 'mi Coronel' llama al Capitán Guzmán para encomendarle el interrogatorio de Lilian Arnais, con quien habría tenido una aventura amorosa diez años atrás cuando pasaba un verano en Cartagena. El público que escuchó a Domínguez quedó ansioso por leer el final de esta novela por aparecer en Caracas. Esta Velada concluyó con la participación de los folkloristas Héctor Salgado y Fernando Torres, que interpretaron música latinoamericana acompañados de zampoña, quena, rondador, charango, cuatro venezolano y guitarra.

En la última Velada de los Académicos Chilenos en Nueva York, el cuentista y ensayista Claudio Giacóni, que fuera elocuentemente presentado por Jaime Concha, leyó su cuento inédito titulado 'F', en el que un chileno recorre los tugurios 'porno' de la calle 14, en medio de una carnavalada de Pinks y Panks, anotando en su diario: 'La historia se acerca a su fin; he sido un testigo y nada más, pero testigo de una astracanada deplorable, montada a todo escenario. En esta ciudad, el poder es excesivo, el espíritu se desintegra, no hay antídoto alguno que no sea escarbar en el propio ensimismamiento. La historia se acerca a su fin, y pobre del que se cruza en el camino. La lucidez es una enfermedad, una enfermedad en toda la regla.' Después de la lectura de Giacóni, el cineasta chileno Jorge Fajardo presentó su película *Steel Blues*, en 16 mm., producción del National Film Board of Canada. En español e inglés (a veces también en francés y portugués), presenta a un intelectual en el exilio y sus dificultades dentro del nuevo ambiente en que se encuentra.

La Organización de Académicos Chilenos en Nueva York ya ha anunciado para el mes de septiembre su nuevo programa que incluye lecturas a cargo de Gonzalo Rojas, Antonio Skarmeta y Pedro Lastra, entre otros.

EXILIO Y ACTIVIDADES ARTÍSTICAS:

Con el patrocinio del Comité de Literatura Comparada, se efectuó en la Universidad de Carleton de Ottawa, un congreso de literatura y actividades artísticas que tuvo un nutrido programa.

Textos poéticos fueron leídos por sus autores, los poetas Jorge Etcheverry, Luis Lama, Erik Martínez, Gonzalo Millán y Nain Nómez.

Alberto Kurapel interpretó canciones de su creación y se exhibió además la película presentada por Jorge Fajardo, su director, 'Días de Hierro'.

La Mesa Redonda con ponencias y discusión abierta sobre temas relativos al exilio constó de tres partes.

(1) Exilio y situación. Exilio: Hecho y suposición. Problema del contacto entre culturas.

(2) Exilio y producción. Condiciones materiales. Exilio y compromiso. La reflexión artística: posibilidad de visión a distancia y extrañamiento. Problemática de los temas del exilio: El golpe - El exilio. Problemática de las formas de expresión.

(3) Exilio y difusión. Pérdida del público natural. Creación de un nuevo público. Organización de la difusión: Editoriales, revistas, etc. La traducción.

Participaron en esta Mesa Redonda los poetas ya nombrados anteriormente más C. M. Shantz, J. L. Urbina y actuó como moderador H. G. Ruprecht.

EN DISTRIBUCION POR EDICIONES DE LA FRONTERA, P.O.BOX 3013, HOLLYWOOD, CA. 90028

EL PUBLICO Y COMEDIA SIN TITULO de Federico García Lorca (2 obras de teatro póstumas) (302 paginas)..... \$8.00
CONFIESO QUE HE VIVIDO de Pablo Neruda..... \$9.00
LOS CONVIDADOS DE PIEDRA, novela de Jorge Edwards (364 páginas).....\$7.00
LAS NOCHES Y UN DIA de Mercedes Valdivieso..... \$5.00
EL QUE A HIERRO MATA de Hernán Lavín..... \$5.50
HOMENAJE A NERUDA (Edición bilingüe) poemas de Alegría, Barquero, Hahn, Rodríguez, Lara, Macías, y Moreno (74 pag.) Ediciones Puelche..... \$3.50
LOS POETAS CHILENOS LUCHAN CONTRA EL FASCISMO. Antología poética. Selección de Sergio Macías. 36 poetas y poemas anónimos de los campos de concentración. Editado en Rep. Dem. Alemana.... \$4.00
EL DESTERRADO ANTISCIO poemas de Manuel Segundo Garrido con ilustraciones J. de Rokha..... \$2.50
LOS TRABAJOS Y LOS DIAS DE RECABARREN de Alejandro Witker (166 páginas)..... \$3.50
EL TEATRO HISPANOAMERICANO DE CRITICA SOCIAL, ensayo de Pedro Bravo-Elizondo..... \$3.50
CONVERSACIONES CON ALLENDE. Regis Debray \$3.50
GRANDES ESCRITORAS HISPANOAMERICANAS de Victor M. Valenzuela..... \$4.00
ENSAYO SOBRE LITERATURA HISPANO-AMERICANA de Victor M. Valenzuela \$3.00
ESCRIBO SOBRE EL DOLOR Y LA ESPERANZA DE MIS HERMANOS de Luis Alberto Corvalán \$4.00
PROBLEMAS ESTRATEGICOS EN LA LUCHA DEL PUEBLO CHILENO de Antonio Cortés Terzi.... \$4.00
INFORME DE AMNISTIA INTERNACIONAL sobre Argentina con la lista de los desaparecidos..... \$2.75

RELATO EN EL FRENTE CHILENO. Ilario Da \$5.00
SWEET COUNTRY, A novel by Caroline Richards (Primera novela en inglés sobre el golpe de estado) (372 pág.) \$9.95
GABRIELA MISTRAL EN EL 'REPERTORIO AMERICANO' Selección de Mario Céspedes. (308 pág.) \$7.50
PASADO, PRESENTE Y FUTURO DE AMERICA LATINA de Cesar Godoy Urrutia. (Selección de 55 artículos en formato tabloide) \$2.00

LITERATURA CHILENA EN EL EXILIO
P.O.Box 3013, Hollywood, Ca. 90028

SUBSCRIPCIONES

ANUAL, INDIVIDUAL \$ 10 • DOS AÑOS, \$ 17
INSTITUCIONES, (ANUAL) \$ 16
NUMERO SUELTO, \$ 3
PUBLICACION CADA TRES MESES
CUATRO VECES AL AÑO
ENERO • ABRIL • JULIO Y OCTUBRE

Rogamos a nuestros suscriptores avisar oportunamente su cambio de dirección.
Como así mismo renovar sus suscripciones antes de su vencimiento.

CHILE - AMERICA

Revista del
Centro de Estudios y Documentación
Via di Torre Argentina, 18-3
00186 Roma, Italia.

Suscripción por 12 números (anual) \$ 24.-
Suscripción por 6 números (semestral) 12.-

ARAUCARIA

DE CHILE

Dirigida por
VOLODIA TEITELBOIM
Secretario de Redacción
CARLOS ORELLANA

La Correspondencia, pedidos,
envío de valores dirigidos a nombre de
Revista Araucaria
Apartado de Correos 37062, Madrid 17, España
Valor de 4 números US\$ 16.-

LITERATURA CHILENA EN EL EXILIO

*Cuando la victoria,
no mi victoria,
sino la gran victoria
llegue
aunque esté mudo debo hablar:
yo la veré llegar aunque esté ciego.*

Pablo NERUDA